



A Contraluz

FERNANDO LALANA

© de esta edición Metaforic Club de Lectura, 2016

www.metaforic.es

© Fernando Lalana

CAPÍTULO PRIMERO

7 DE JULIO

EL NOVIO DE LA MUERTE

La noche anterior se había prolongado más de la cuenta.

Hacía un par de meses que, a través del Messenger, habíamos contactado varios excompañeros legionarios; y el brigada Marmolejo, que seguía siendo más pesado que su propio apellido, se empeñó en que teníamos que quedar todos a cenar para recordar las antiguas batallitas comunes del Tercio y ponernos al día de las actuales batallitas de la vida de cada cual, que sin duda habían de ser las más apasionantes. Después de dos semanas de insistir a todas horas, consiguió que ocho incautos le dijéramos que sí.

Fuimos al restaurante de un cuñado del sargento donde nos soplaron a cada uno veinte pavos por una cena que en nuestro cuartel de Melilla habría merecido un parte de denuncia. Sin embargo, las batallitas estuvieron bien; se contaron con cierta gracia y no excesivo mal gusto, cosa que yo agradecí, y después nos fuimos a tomar unas copas y jugar unas partidas de billar al Green, un lugar de ambiente tan cargado y pegajoso que impide a las bolas rodar como Dios manda sobre el tapete. Aun así, lo intentamos. Fue un fracaso. Lo que sí conseguimos fue emborracharnos estupendamente y terminar la noche huyendo de los municipales. Por lo visto, a los vecinos de la calle del Green no les gustó la versión que cantamos a todo pulmón, hacia las tres de la mañana, de «El novio de la muerte». Es verdad que ya ninguno de nosotros se acordaba bien de la letra y la tuvimos que empezar diez o doce veces. Y cuando, por fin, nos habíamos puesto de acuerdo en el estribillo final...

...por ir a tu lado a verte
mi más leal compañera,
me hice novio de la muerte,
la estreché con lazo fuerte

y su amor fue mi bandera...

...algún impaciente llamó al cero noventa y dos, aparecieron dos patrullas y tuvimos que salir por piernas.

Por eso, y pese a lo mucho que escasea el trabajo, al día siguiente habría preferido que ningún nuevo cliente se acercase por mi oficina y así poder dormir a pierna suelta en el sofá hasta la hora de comer. No me parecía mucho pedir, habida cuenta de que llevaba seis semanas sin un solo caso que llevarme a la boca.

Y sin embargo, esa mañana, a las diez y veintiséis en punto, GMT+1, horario europeo de verano, sonó el timbre de la puerta.

Con el corazón desbocado por el susto y la boca más seca que un kilo de mojava, me arrojé del sofá, repté como una salamanquesa hasta mi mesa de trabajo y, con una maniobra no muy elegante, trepé al sillón y me desplomé sobre el asiento. Cuando el mundo dejó de bambolearse conmigo a bordo, apreté el botoncito que liberaba el cerrojo de la puerta.

EL PADRE DEL OSO

—¿Hola? ¿Buenos días? —me saludó un hombre atractivo, de pelo entrecano, asomando la cabeza a través de la puerta entornada—. Disculpe, voy buscando la agencia de detectives Villalba. ¿Es aquí?

—Sí, señor. Pase, pase —respondí conteniendo un bostezo—. Pero no es Villalba sino Villalta. Villalta, como Nicanor Villalta, el famoso torero.

—Ah, disculpe. Como no hay ningún rótulo que lo indique...

—¿Qué me dice? ¿Que me han robado el rótulo? Maldito barrio...

El tipo, en torno a los cincuenta, sobrado de mundo y bien vestido, entró y lanzó una mirada cauta y circular sobre mi despacho.

—¿Y... dónde están los detectives? —preguntó después.

Abrí los brazos de par en par, al tiempo que sonreía.

—Reconozco que, cuando inauguré la agencia, soñaba con crear una gran empresa, con varios empleados que trabajasen para mí y por eso le puse la denominación en plural. Pero lo único que he llegado a tener ha sido una secretaria rubia oxigenada a la que tuve que despedir porque me distraía en exceso a los clientes.

—Ah, caramba. Entonces, usted es...

–Edurne Villalta, detective privada. Detective, detective privada, quiero decir. Para servirle. Pero pase, pase y siéntese, señor...

–Hidalgo. Gonzalo Hidalgo.

Me alargó una tarjeta en la que no ponía Gonzalo Hidalgo sino algo muchísimo más largo y aristocrático. Casi indescifrable para mí en aquellas resacasas circunstancias.

–¡Bueno...! ¿De veras se llama usted todo esto? –pregunté, asombrada–. Caray, amigo, tiene que gastar en tarjetas de visita más que yo en bragas. ¡Ja! ¡Ejem...! Es broma. La típica broma de detectives. Disculpe... ¡ah! tenga cuidado al sentarse. No se apoye en el respaldo, que está roto y podría usted desnucarse. O sea que... Gonzalo–Antonio Hidalgo de Amezcoaga y Gil de Cuenca –silabeé, como una parvulita.

–El Antonio puede ahorrárselo. No lo utilizo nunca.

–Y aquí debajo, muy chiquitín, pone... Disculpe: ¿qué es lo que pone?

–Escritor. Pone «Escritor».

Inmediatamente, entre las tinieblas generadas por los vapores de la ginebra de garrafón, se abrió paso hasta mi córtex cerebral un rayo de lucidez. Un rayo de color azul, por más señas.

–¡Oiga! ¡No me diga que es usted Gonzalo Hidalgo, el escritor de cuentos infantiles!

El hombre sonrió, rebosante de falsa modestia.

–No pensaba que alguien de su oficio pudiera conocerme.

–¡Cómo no! ¡Pero si es el creador de las aventuras del Oso Mantecoso!

–Efectivamente. Efectivamente... Aunque he escrito veinte libros más, para mayores...

–¡Todo un best seller! –le interrumpí, entusiasmada-. Dígame: ¿cuántos millones de ejemplares ha vendido hasta ahora? Leí una vez un reportaje sobre usted en el dominical de El País y se hablaba de unas cifras casi obscenas.

–¿De los cuentos del oso? Pues no sé... varios millones, sí. Bastantes.

–¡Qué tremendo! Me firmará un autógrafo, ¿verdad?

–Mejor aún: le regalaré un ejemplar dedicado de «El oso Mantecoso se hace detective». Y alguna de mis veinte novelas para mayores. ¿Le parece?

–¡Me parece de perlas! ¡Qué ilusión! Las colocaré aquí mismo, encima de la mesa, junto a esa copa que gané jugando al voleibol cuando era niña.

–Todo un honor para mí.

–¡El padre del oso Mantecoso en mi despacho! ¡No me lo puedo creer!

–Del Oso Mantecoso y de muchos otros personajes para adultos, ya le digo.

–Vale, vale... ¿Y... cómo ha dado conmigo? ¿Por la recomendación de algún otro cliente mío? ¿O por recomendación directa del oso Mantecoso? ¡Ja!

–No, no. En realidad, la encontré en las páginas amarillas.

–¿En Páginas Amarillas? ¡Qué raro! Creo que solo me anuncié en ellas una vez, hace cuatro años. Luego, me di cuenta de que era carísimo y no servía para nada.

–Pues... sí, ahora que lo dice, creo que eran unas páginas amarillas ya bastante antiguas. ¡Qué casualidad! ¿No?

–Desde luego. A veces, el destino efectúa cabriolas asombrosas.

–Cabriolas asombrosas –repitió Hidalgo, ahuecando la voz–. Habla usted como una escritora más que como una detective.

De inmediato, me puse hueca como un coco.

–Bueno, bueno... también puedo decir palabrotas, si me lo propongo: «Desenfunda y alégrame el día, capullo». ¡Je! ¿Qué le parece?

Gonzalo Hidalgo parpadeó, ligeramente desconcertado, creo yo.

–Me parece que el destino ha sido muy amable conmigo al traerme hoy hasta aquí.

Huy...

–Estupendo. Estupendo, sí. Bravo por el destino. Bien y... en fin, ahora que ya nos hemos presentado, dígame: ¿qué se le ofrece, señor Hidalgo? ¿O debo llamarle «señor Mantecoso»? ¡Ja, ja!

–Ni lo uno ni lo otro: llámeme simplemente Gonzalo. ¿Puedo llamarla Edurne?

Huy, huy...

–Puede llamarme como usted quiera, señor Hidalgo. Pero empiece de una vez a contarme qué le ha traído hasta mi despacho porque me estoy hartando de decir tonterías intentando parecer ingeniosa.

–Vale. Será mejor que vaya directamente al grano, entonces.

–Se lo agradecería.

El escritor se arrellanó en el asiento –cuidando de no apoyarse en el respaldo– sacó del bolsillo de su chaqueta un disco DVD y me lo tendió.

–Me están haciendo chantaje –dijo, sin más.

–¿Con el contenido de este disco? –pregunté, tomándolo por el borde con la mano izquierda, mientras con la derecha encendía mi ordenador de sobremesa.

–Por lo visto, es solo una pequeña muestra. El chantajista dice tener mucho más.

–¿Quiere un café? Tenemos tiempo de sobra mientras se carga el sistema

operativo. Uso Windows Vista.

–No, gracias. No tomo café.

–¿Un escritor que no toma café? ¡Qué raro!

–Ya ve.

–¿Le apetece otra cosa? Un... ¿un vaso de agua del grifo?

–Eso, sí.

–¡Ajá! ¡Marchando!

Por fin se inició el ordenador y pudimos reproducir el DVD. Después de un par de minutos de silencioso visionado, el contenido parecía más que claro.

–Es una fiesta de jóvenes. Y se lo están pasando en grande, por lo que veo. ¿Dónde se ha grabado todo esto?

–Es... mi casa. Mi casa de verano, la de aquí. Hace una semana. Mi mujer y yo se la prestamos a mis hijos para que invitasen a sus amigos.

–Algunos podrían ser menores de edad.

Hidalgo suspiró.

–No podría decírselo con seguridad. La mayoría deberían ser mayores de dieciocho. Chicos y chicas de la edad de mis hijos. Bueno, de la edad de mi hija mayor, más bien.

–Y... perdone la pregunta, a lo mejor es algo muy obvio y yo no acabo de entenderlo, pero... ¡ejem! ¿por qué van todos desnudos?

Hidalgo volvió a suspirar, ahora más fuerte.

–Ahí está el tema: les debió de parecer más divertido así. De ese detalle concreto yo no sabía nada, claro.

Había diversos planos de chicos y chicas correteando en pelotas por un inmenso jardín en torno a una piscina gigantesca. Jugaban a los bolos, al fútbolín, al minigolf, nadaban. Al fondo, se veía un karaoke. Vamos, como cualquier fiesta de verano en la casa de alguien con mucha pasta, con la particularidad de que todos iban en cueros. Algunos de los invitados acudían a una carpa de donde tomaban bebidas y platitos con lo que parecían croquetas y canapés. En conjunto, era un bonito espectáculo, no se podía negar.

–¿Alguien pirateó la señal de su equipo de seguridad?

–¿Cómo? Ah, no, no... yo no tengo cámaras de seguridad en mi casa. Solo la del portero automático.

–Entiendo. Entonces... las cámaras para grabar todo esto se instalaron en algún momento y sin su permiso, deduzco.

–En efecto. Examinando el contenido del DVD he podido localizar cuatro de esas cámaras, guiándome por los encuadres de las tomas. Las cuatro son

del mismo modelo. Le he traído una de ellas.

Me entregó un objeto no mayor que una pila de nueve voltios.

Era una buena cámara, hasta donde alcanzaban mis conocimientos. Pequeña, pero con una buena lente y conectividad por radiofrecuencia. Sofisticada.

–Esto es una buena pista, sin duda. Estoy segura de que una cámara como esta no se encuentra en el Media Markt. Y si las instalaron sin su permiso... yo creo que tuvieron que contar con la ayuda de alguien de dentro. ¿Tiene usted servicio doméstico?

–Solamente una mujer peruana que lleva con nosotros muchos años. Rosalinda Atacama, se llama. La tengo por una persona de mi absoluta confianza.

Me permití una sonrisa

–Huy... no sabe usted cuántas veces he oído esa frase refiriéndose a alguien que, finalmente, resultó ser un maldito traidor.

Hidalgo negó con la cabeza, serio.

–Estoy convencido de que no será el caso de Rosalinda.

–Ojalá. De todas formas, señor Hidalgo, tampoco veo excesivo problema, si el material de la grabación se limita a lo que hemos visto hasta ahora. Usted no aparece en ninguna de las imágenes.

–No, no, ya le digo que mi mujer y yo les dejamos la casa a los chicos toda la noche y nos fuimos a dormir a un hotel.

–Así que para ustedes también fue una noche especial, ¿eh, pillín?

–¡Ejem...! Sí. Bueno... sí.

Me miró con cara de estar a punto de llamarme idiota. Yo noto esas cosas. Decidí que sería mejor dejar a un lado el rollo colega y colocarme en modo profesional. Para ello, carraspeé largamente antes de volver a hablar.

–Pues, como le digo: no aparecen en las imágenes ni usted ni su esposa ni ningún adulto; se trata de una fiesta privada, todo el mundo se lo está pasando en grande y no veo alcohol ni drogas pasando de mano en mano... De hecho, ni siquiera veo a nadie fumando. Todo lo cual me parece asombroso, por cierto.

–Esas fueron las condiciones que les puse a mis hijos para organizar la fiesta: ni alcohol ni porros ni tabaco ni pastillas. Y sabía que las cumplirían.

–Ya. Lo que no se le ocurrió fue recordarles que tenían que llevar algo de ropa, ¿eh?

–Pues... no.

Me eché a reír sin ganas.

–Venga, hombre, no se culpe por eso. Yo tampoco habría caído en la cuenta.

A partir de cierta edad, damos por sentado que hay que taparse las partes pudendas, pero hay una época en la vida en la que da cierta sensación de euforia ir con el culo al aire, ¿no le parece? Pero, de todos modos, insisto, yo no veo aquí nada ilegal, así que no sé de qué forma podría nadie extorsionarle con este material.

Hidalgo suspiró. Estuvo a punto de echarse hacia atrás en la silla pero lo detuve a tiempo con un gesto de las manos.

—¡Quieto!

—¿Eh? Ah, sí, lo del respaldo. Lo había olvidado.

Para haberse matado. El escritor se reacomodó.

—La cuestión es que...en mi caso, sí puede darse una notable extorsión a partir de este material.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Verá, Edurne: que en mi propia casa de verano se celebren fiestas con adolescentes de ambos sexos completamente desnudos... en fin, no es lo más adecuado para mi imagen de escritor de literatura infantil. No sé si me explico...

No pude evitar una sonrisa.

—Entiendo, entiendo. Pero, aun así...

—Y no solo es eso: quizá usted no lo sepa, pero buena parte de las grandes editoriales infantiles de este país... están en manos de órdenes religiosas.

—¡Anda! No me diga...

—Y, entre ellas, la editorial que publica las aventuras del oso Mantecoso. Ya sabe cómo son los curas con estas cosas del... del sexto mandamiento. Si este asunto se hiciera público... estoy seguro de que buscarían la manera de romper nuestro contrato editorial. O, peor aún, directamente dejarían de vender los libros de Mantecoso. Se limitarían a liquidarme el mínimo de ejemplares anual para mantener vivo el contrato y eso, para mí, supondría... la ruina. Directamente y sin paliativos.

—¿En serio? ¿A pesar de sus veinte novelas para mayores?

Noté cómo apretaba las mandíbulas antes de contestarme. Incluso, cómo se le movían las aletas de la nariz.

—Entre nosotros, Edurne: con las novelas no saco ni para pipas. Es el maldito oso el que paga las facturas en casa. Todas las facturas. ¿Comprende lo que le quiero decir?

—Lo comprendo, lo comprendo... ¿Y qué es exactamente lo que quiere que yo haga?

–Naturalmente, quiero que descubra quién está detrás de todo este asunto. Quiero saber quién ha entrado en mi casa, ha colocado cámaras, ha hecho esas grabaciones y me está chantajeando con ellas.

–Ajá. Dígame: ¿le han pedido dinero?

El escritor sacó de otro bolsillo una bolsa de plástico transparente en cuyo interior podía verse un sobre de burbujas de color marrón, ya rasgado. En el lugar del destinatario figuraba el nombre de Gonzalo Hidalgo y una dirección del paseo marítimo que supuse sería la del chalet de la grabación.

–En el interior del sobre está la carta que me hizo llegar junto con el disco. Me pide diez mil euros.

–Eso son... casi tres millones de pesetas.

–No. Son alrededor de un millón setecientos mil.

–¿Eh? No... ¡Ah, sí! Sí, sí, disculpe, es que me sigo haciendo un lío monumental con esto del euro. Y dígame: ¿Podría usted afrontar el pago de ese dinero?

El escritor sonrió.

–Mujer, claro que podría. Sin problemas. Pero no quiero hacerlo. Escribo novelas de suspense, aunque no vendan un clavel. Sé cómo piensan los chantajistas. Si le pago diez, pronto me pedirá treinta y luego, cien. Estaré siempre en sus manos. Tarde o temprano tendría que encontrar una solución definitiva para mi problema. Prefiero hacerlo ahora sin esperar más.

Había subrayado con la entonación la palabra «definitiva». Me produjo una cierta incomodidad.

–¿Y por qué no acude a la policía? –le propuse.

–Fue lo primero que pensé. Pero me temo que yendo a la policía aumenten las posibilidades de que el asunto salga a la luz, que es lo último que deseo. En torno a la policía, siempre hay periodistas esperando conseguir una exclusiva.

–¿Eso también lo sabe por su experiencia como escritor de novelas de suspense?

Gonzalo Hidalgo afiló su mirada cinematográfica en mi rostro, como si fuera una piedra de silicio. Luego, volvió a sonreír, aunque esta vez sonrió poco.

–Mire, Edurne, llegado el momento, ya decidiré si me interesa acudir a la policía o qué otra cosa hacer. De momento, quiero saber quién es ese chantajista. Averígüelo y le pagaré bien.

–De acuerdo –dije, abriendo los brazos, tras fingir que me lo pensaba

durante unos segundos—. ¿Algo más?

El autor suspiró profundamente. Había algo más, por supuesto.

– Sí –dijo, mientras soltaba el aire—. Avance al siguiente corte del DVD.

Tomé el ratón e hice clic en la doble flechita que apuntaba hacia la derecha.

Cambió entonces la decoración de la escena. El nuevo escenario ya no eran los jardines de la casa sino el interior de una habitación; uno de los dormitorios de la casa, supuse. Ya no eran un puñado de adolescentes disfrutando de una fiesta un tanto inusual sino una pareja joven disfrutando el uno del otro de un modo bastante habitual. O sea, practicando sexo. Ella era una chica rubia, alta, delgada y lánguida. Él era un tipo raro, anguloso, muy alto, peinado como Hitler, con un bigote como el de Hitler y con diversos tatuajes repartidos por el cuerpo. Varios años mayor que ella, sin duda.

–¡Vaya...! Esto ya no es lo mismo –comenté—. Acabamos de pasar de un salto del erotismo a la pornografía. Aparte de eso, no comprendo qué sentido tiene que el chantajista le haya enviado esto.

–El mismo sentido que lo anterior, supongo.

–No, no... esta secuencia entra en el campo de lo íntimo y personal. Ningún medio de comunicación lo compraría ni se arriesgaría a hacerlo público porque se metería en un buen lío. Además, o mucho me equivoco o se trata de dos personas anónimas, ambas por encima de la edad de consentimiento, así que no hay ningún interés mediático ni informativo...

A Gonzalo Hidalgo se le había alargado la cara. De pronto, alzó la mano.

–Cállese y pare la imagen, Edurne –me cortó, señalando la pantalla—. Justo ahora.

Obedecí. La imagen congelada mostraba al émulo de Adolfo Hitler con los brazos en alto y un gesto de placer. Se lo estaba pasando en grande, sin duda. Hidalgo golpeó repetidamente la pantalla de mi ordenador a la altura de la cara del chico.

–También quiero que se entere de quién es este tipo. ¿Podrá hacerlo?

Me alcé de hombros.

–Supongo que sí. Tiene pinta de ser un sujeto bastante peculiar, a juzgar por su aspecto. No creo que resulte difícil obtener información sobre él.

–Entonces, hágalo.

–¿Quiere que me entere también de quién es la chica?

–Ya sé quien es la chica –masculló el escritor, como si fuera algo evidente—. Se trata de mi hija.

Reconozco que esas actitudes me ponen un pelín nerviosa. Y que ello me ha

hecho perder más de un buen cliente. Pero no me puedo aguantar. Tras un silencio largo e incómodo como la cama de un faquir muy alto, decidí enfrentarme al novelista.

–Oiga, Hidalgo... ¿No cree que sería mejor que le preguntase directamente a su hija con quién se acuesta? Le saldría gratis la información y no correría el riesgo de quedar como un padre desconfiado.

La mirada que me lanzó Gonzalo Hidalgo no es la que nadie esperaría de un escritor de cuentos infantiles.

–Ya lo he hecho. ¿Qué se piensa? ¡Claro que hablé con ella en cuanto vi la grabación! Dice que el tipo se llama Adolfo, que ha tenido una infancia muy dura y que está enamoradísima de él. Aunque yo creo que no es del todo cierto y lo dice para fastidiarme.

–¿Fastidiarle? ¿De qué modo?

–¡Caray, Villalta! –exclamó Hidalgo, alzando la voz–. Ese Hitler de pacotilla es lo último que un padre como yo desearía como pareja de una hija como la mía. Lo que yo quiero que usted averigüe es lo que ella no me va a decir, porque posiblemente ni ella misma lo sabe: quién es realmente ese tal Adolfo. Si es que se llama así, claro.

Comprendí que, con esto, habíamos llegado al final. Me puse en pie y, al hacerlo, me crujieron las rodillas de un modo escandaloso. También Gonzalo Hidalgo se incorporó. Sin ruido, en su caso. Ahora comprobé que era un tipo alto, además de bien parecido.

–Muy bien. Haré lo que pueda, señor Hidalgo. Sinceramente, creo que no será un caso difícil. Espero poder darle noticias muy pronto. Me pongo a ello de inmediato.

–Necesitará un adelanto de sus honorarios, supongo.

–Supone bien. Suelo cobrar quinientos por adelantado.

El creador del oso Mantecoso sacó su billetera y extrajo cinco billetes de color amarillo.

–Es mucho. Le he dicho quinientos, no mil.

–Oh, no se preocupe, Edurne –dijo, mientras me daba la espalda y enfilaba la salida de mi despacho–. Ya haremos cuentas al final. Lo importante son los resultados. Los resultados y la rapidez.

Caramba con Mantecoso, fue lo que pensé.

SIGÜENZA ESTÁ EN GALICIA

No tardé ni un minuto en ponerme manos a la obra. Los cinco pálidos billetes me estaban diciendo a gritos que tenía que ganármelos lo antes posible.

En la pantalla de mi ordenador permanecía la imagen congelada de aquellos dos jovenzanos haciendo el amor. Era realmente llamativa la diferencia entre ambos. Formaban una de esas parejas que no pegan ni con Araldit. Ella, tan blanca de piel, tan delicada, tan frágil. Tan inmaculada. Él, igualmente pálido, pero de un blanco sucio, roto, salpicado de viejas cicatrices y de tatuajes diversos, algunos de calidad; otros, de aspecto claramente carcelario.

Lo de los tatuajes me dio una idea. Tomé papel y lápiz y comencé a tomar nota de todos ellos: posición y motivo. Ratón en mano, fui haciendo avanzar y retroceder la grabación. Se trataba de una pareja bastante imaginativa en lo relacionado con las posturas sexuales, de modo que, en muy pocos minutos, yo había tenido ya a la vista todos y cada uno de los recovecos del cuerpo del muchacho. También de ella, claro está, pero la hija de Hidalgo mantenía la piel impoluta. Ni un tatuaje, ni un piercing... Ni siquiera agujeros en los lóbulos de las orejas para llevar pendientes.

Terminada la exploración, levanté el auricular del teléfono y marqué el número de la comisaría y, cuando me contestó la chica de la centralita, le pedí que me pasara con el despacho del inspector Sigüenza.

–Dígame.

De inmediato, me percaté de que aquella voz grave, de resonancias teatrales no era la de Sigüenza.

–Eeh... disculpe, preguntaba por el inspector Aurelio Sigüenza pero en centralita han debido de equivocarse...

–No, no se han equivocado. Le han pasado con su despacho, pero Sigüenza está de vacaciones. Harto del odioso sol mediterráneo ha huido a Galicia en busca de nieblas, chubascos y borrascas. Yo acabo de incorporarme y le estoy sustituyendo. Soy el inspector Julián Baretta. ¿En qué puedo ayudarla?

Me quedé un tanto descolocada. Dudé si poner una excusa y buscar otra fuente de información pero debo reconocer que sentí una inexplicable oleada de buenas vibraciones hacia el propietario de aquella voz tan bien modulada. Me pregunté qué aspecto tendría. Y me dije: ¿por qué no?

–Buenos días, inspector. Verá: me llamo Edurne Villalta, soy detective privada y contaba con que el inspector Sigüenza me ayudase con una investigación que tengo entre manos. No sé si usted podría...

Baretta gruñó en re menor.

–Mire, señora, yo soy de la opinión de que la policía es un servicio público, está para atender al ciudadano y no para colaborar con detectives privados, que ya bastante nos están privatizando el país los que mandan. Perdone que sea tan franco, pero sepa que no la pienso ayudar. ¡Búsquese la vida!

Me di cuenta de que tendría que utilizar mi tono más seductor si quería sacar algo de aquel cavernícola.

–Hombre, mire, inspector, en principio yo estoy totalmente de acuerdo con usted. Soy defensora a ultranza de lo público, se lo aseguro. Sin embargo... el bueno de Sigüenza parecía satisfecho con nuestras colaboraciones que, por supuesto, han sido esporádicas y en beneficio mutuo. Ya sabe: hoy por ti, mañana por mí. En ocasiones, mi ayuda le ha servido para mejorar su servicio al ciudadano. Siendo usted un recién llegado, piense que le puede venir bien contar con la ayuda de alguien como yo, que conoce bien la ciudad, inspector Vareta.

–No es Vareta. Es Baretta, con be alta.

–Ah, disculpe. Entonces... ¿qué? ¿Le parece que iniciemos una relación de colaboración?

–Lo siento –respondió Baretta, tras pensárselo cinco segundos– pero creo que voy a declinar su invitación, señora Villalba.

–No es Villalba, es Villalta. Como Nicanor Villalta, el famoso matador de toros aragonés.

Lo dije así con toda la intención.

Había sido un palo de ciego, pero resultó certero. Algo en el acento de Baretta, pese a su tono neutro, despedía un tufillo baturro. Aunque no podía ver su cara, intuí cómo Baretta fruncía el ceño en medio del silencio telefónico que se estableció entre nosotros. Casi de inmediato, me llegaba la pregunta de mi triunfo.

–¿No será también usted aragonesa, por un casual?

–De Zaragoza –respondí, acentuando todas las sílabas.

–¡Mujer, haber empezado por ahí! –exclamó él, alborozado–. ¡Yo también soy maño! Cuando no estoy de refuerzo veraniego en cualquier lugar perdido de la costa Dorada, tengo mi puesto en la comisaría de centro de la capital.

–La de la calle de Ponzano.

Me llegó por el cable telefónico una risa sofocada.

–La de la calle de Ponciano Ponzano, en efecto; que hay que tenerlos cuadrados para ponerle a tu hijo semejante nombre y que, encima, se haga

famoso.

–¡Y tanto!

Lo oí toser tras atragantarse.

–Está bien –dijo un rato después, recobrada la compostura–. Dime lo que necesitas, paisana.

–Tan solo que me haga una consulta en el programa Tattoong. Es una base de datos donde se almacenan perfiles de delincuentes por sus marcas corporales.

–Sé lo que es el Tattoong. Venga, dime, dime.

–Un tipo de entre veinte y veinticinco años. Posible nombre de pila: Adolfo. Tatuaje con rostro de Hitler en el hombro derecho y otro de Stalin en el izquierdo. Dos cruces gamadas sobre el exterior de ambos tobillos. Un yugo y cinco flechas en el centro de la parte superior de la espalda. El emblema de las SS en la cadera derecha y el que yo creo es el emblema de la NKVD, en la izquierda.

–Vaya mezcla...

–Además, aunque esto no es permanente, usa bigotito Hitler, y el pelo negro y lacio con raya a la derecha.

–Estilo Hitler, también. Vaya elemento... Espero que no sea tu novio.

–No, no lo es. Se trata de mi hijo.

–¡No fastidies!

–Claro que no. Es broma, inspector.

–Ah, bueno... ¿Algo más?

–Sí, hay más: una Marilyn Monroe desnuda de cuerpo entero en el pectoral izquierdo.

–¡Hombre, por fin un detalle de buen gusto!

–Un corazón grande y borroso en el dorso de la mano izquierda. En el interior del antebrazo izquierdo, otro que creo dice «El Dueso, dulce hogar». Y juraría que lleva tatuado algo en el pito, pero en la imagen que tengo no se puede precisar.

–Bien. Añadiré un tatuaje genérico en el pene. Vale. Mira, he tomado nota de todo. Ahora iré metiendo los datos en el ordenador. Llámame dentro de media hora, a ver si he obtenido algún resultado, ¿vale?

–Muy amable, inspector. Pero estaba pensando... ¿Qué le parece si me paso por comisaría en persona dentro de esa media hora o tres cuartos?

–Mejor todavía, Villalta. Así nos conocemos en vivo y en directo y me será más fácil decidir si puedo fiarme de ti.

Colgué muy satisfecha. La cosa había salido bien de pura chiripa. Como a

mí me gusta. Me encanta improvisar. Por desgracia, se me estaba poniendo un dolor de cabeza digno de un capitán de artillería. Y es que acercarse a los cuarenta tiene un montón de inconvenientes. Entre ellos, lo mucho que tarda en disiparse la resaca tras una noche más larga de lo normal. Como no encontré dos malditas aspirinas en todo mi despacho, decidí bajar al bar Barroja, de mi amigo Dioscórides, para pedirselas a él.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando me fijé una vez más en la imagen que había quedado congelada en la pantalla. Y, de repente, me dio mala espina. Tardé unos segundos en averiguar por qué pero, enseguida, lo vi clarísimo. En la escena capturada, la chica se hallaba tendida sobre la cama, boca abajo, con la cara hundida en el colchón. Él estaba sobre ella, la pelvis contra su trasero, pero alzaba la cara hacia arriba, curvando la espalda. Sonreía, claro está. Pero sonreía mirando al objetivo. Directamente al objetivo. Podía tratarse de una casualidad, desde luego. Pero tengo una tendencia natural a desconfiar de las casualidades.

—Oh, mierda... —susurré, para mí—. A este tipo no lo han pillado en plena faena. Sabe que la cámara está ahí. Sabe que los están grabando.

NAPOLEÓN SOLO

Cuando bajé por fin al bar, le pedí a Dioscórides un café con cocacola y dos aspirinas y, mientras me bebía el brebaje, decidí mi siguiente paso. Lo hice, además, examinando la camarita que Gonzalo Hidalgo me había dejado. Era realmente pequeña. Tenía un aspecto muy profesional; muy japonés. Si alguien podía indicarme de dónde había salido, ese era mi amigo Napoleón.

José Alberto Centrunio, alias Napoleón Solo en honor al televisivo agente de CIPOL, era el dueño de «La tienda del Superagente». Pese a lo estrafalario del nombre, y a la decoración del establecimiento, compuesta por grandes ampliaciones fotográficas de José Alberto vestido de smoking posando junto a todos los actores que han encarnado en el cine al agente 007, el material que se vendía en su tienda era de lo mejor. Yo le había comprado algunos artículos en los últimos años y tengo que reconocer que me habían proporcionado siempre un rendimiento superior. Guardaba especial buen recuerdo de una minicámara de fotos alojada en el botón de un abrigo que me había permitido averiguar que uno de mis clientes no tenía intención de pagarme mis honorarios, por lo que pude actuar en consecuencia. Y también de unos

prismáticos para visión nocturna de una nitidez espectacular, que adquiriré a precio de ganga.

Me encaminé a la Tienda del Superagente, en la calle de Pau Casals. Fue una agradable caminata de quince minutos bajo la sofocante chicharrina estival. Cuando atravesé la puerta, empapada en sudor, Centrunio se estaba probando unas gafas térmicas.

–Buenos días –saludé desde el umbral.

Se volvió hacia mí y me señaló con el dedo.

–¡Noventa y ocho, coma, seis!

–¿Cómo?

–Es tu temperatura corporal en grados Fahrenheit en este instante. ¡Lo sé solo con mirarte! ¿A que resulta pasmoso? Lo malo es que no sé es quién eres porque las condenadas gafas vienen sin graduar. Y tampoco consigo cambiar la escala a grados Celsius. Una puñeta.

–Soy Edurne, Napoleón. Edurne Villalta.

–¡Edurnita! –exclamó él entonces, quitándose las térmicas y comenzando a buscar sus propias gafas al tentón por encima del mostrador–. ¿Qué te trae por aquí, cariño mío?

–Necesito un poco de información.

–Vaya. ¿Así que no quieres comprar nada? Acabo de recibir unas plantillas que las pegas en la suela de los zapatos y haces al caminar menos ruido que un gato persa. Eso sí: resbalan como si estuviesen hechas de piel de plátano, las condenadas. ¿Quieres probarlas?

–No, gracias –dije, poniendo a su alcance sus gafas con cristales de culo de vaso, viendo que jamás llegaría a encontrarlas por sí mismo–. Quiero que me digas de dónde ha podido salir esta cámara espía.

La tomó en la mano y le dio un par de vueltas entre los dedos.

–Caramba, es de las buenas. Vamos a ver...

Pasó detrás del mostrador y colocó el minúsculo código de barras de la camarita bajo el lector láser.

–¡Lo que me figuraba! Esta la hemos vendido nosotros mismos.

–¿Sí? ¡Estupendo! ¿No sabrás quién fue el comprador, por casualidad?

–Depende: si pagó en metálico, no; pero si utilizó tarjeta... Vamos a ver –tocó tres veces la pantalla táctil de la caja registradora y sonrió enseguida–. ¡Mecachis la mar, la suerte que tienes! El pago se hizo con una Visa. El día veintiséis del mes pasado. El comprador fue un tal Gonzalo Hidalgo de Amezoaga. Que, con semejante nombre, tiene que ser marqués, por lo menos.

Sentí una sombra tenebrosa invadiendo mi ánimo.

—¿Estás seguro de eso?

—¿De que es marqués? No, mujer, igual es solo conde.

—Digo, si estás seguro de que él fue el comprador. ¿No podía tratarse de una tarjeta robada?

—¡Qué dices! Na, na, na... A mí no me la cuela nadie. Soy de lo más escrupuloso. Pido el DNI, compruebo la fotografía y el nombre letra por letra... Si teniendo este negocio me la dieran con queso, quedaría como un cochero. No, no, seguro que el que usó esa tarjeta era el titular. Y el sistema de Visa me habría alertado si la tarjeta estuviese denunciada. Además... estoy viendo en el albarán, que ese cliente compró nada menos que seis cámaras como esta, a la vez. O sea, que se dejó una buena pasta. Más de mil euros.

Mal asunto, pensé de inmediato.

Si Centrunio tenía razón, y no tenía motivos para dudarlo, el tema se complicaba de esa manera que a ningún detective le gusta: cuando tu propio cliente deja de ser trigo limpio y descubres que te miente. ¿Por qué Hidalgo me había ocultado que él mismo había comprado esas cámaras? Y, por otro lado, lo había hecho dejando un rastro facilísimo de seguir, al utilizar su propia tarjeta Visa. ¿Era tan ingenuo como para esperar que yo no lo descubriese... o quizá todo lo contrario?

Salía ya de La tienda del Superagente más confusa que las instrucciones de la Thermomix, cuando me detuvo la cascada voz de *Napoleón Centrunio*.

—¡Espera, Edurnita! Vuelve acá. Creo que acabo de recordar a ese cliente. La verdad, no sé cómo había podido olvidarlo. Cosas de la edad, supongo. Pero me acaba de venir a la memoria con toda certeza. Una venta importante, hace unos doce o trece días... tiene que tratarse de él, a la fuerza: un muchacho muy joven. Pelirrojo o rubio oscuro.

Fruncí el ceño sin poder evitarlo.

—¿Un... muchacho? ¿De qué edad?

—De unos... no sé... quince o dieciséis años.

—No puede ser...

—Te lo aseguro. Recuerdo que, después de comprar las cámaras, me preguntó si podíamos instalarlas en su domicilio. Yo le dije que sí, pero siempre con el consentimiento del dueño de la casa. Y el dueño, desde luego, no podía ser él, ya que ni siquiera era mayor de edad. Mi negativa lo desanimó. Llegó a preguntarme si conocía a otro instalador menos escrupuloso que yo. Así, tal cual. Le dije que no, por supuesto. Yo soy un tipo legal, ya

sabes.

–Ya sé, ya...

EXPEDIENTE

Cuando alzó el rostro hacia mí, tras golpear yo con los nudillos en el cristal de la puerta de su despacho, el inspector Julián Baretta me causó una primera impresión mucho mejor, incluso, de la que esperaba. Lo reconozco: fue amor a primera vista.

En torno a la cincuentena, bien conservado y, sobre todo, con una mirada que destilaba sinceridad, muy poco habitual en su profesión. Solo le sobraba el bigote estilo Carlos Herrera.

–Soy Edurne Villalta, inspector.

Sonrió de cortesía y me hizo un gesto para que pasara, al tiempo que se levantaba de su silla y rodeaba la mesa para darme dos besos.

–Mucho gusto, paisana. ¿Te apetece un café?

–No, gracias. Demasiado pronto para mí. Pero si tiene un whisky...

–Pues... no. Whisky, no.

–Es broma, inspector. Se lo agradezco, pero no quiero nada. ¿Ha localizado a mi chico?

–¿Te refieres a Adolfo Hitler júnior? Pues claro –me entregó una carpetilla de cartón con más de una docena de folios escritos a una cara–. Se llama Adolfo Cascallana Expósito, veinticuatro años y una ficha policial del tamaño de la biblia de san Judas. Anduvo de reformatorio en reformatorio hasta los dieciséis y después de eso, y tras varios arrestos y tres condenas, cumplió seis meses y un día en El Dueso por estafa. En total, ha sido detenido innumerables veces.

–Innumerables. No será para tanto.

Baretta me lanzó una mirada cargada de desesperanza antes de proseguir, como si nada.

–Aunque, eso sí, nunca por delitos violentos: robos con fuerza, hurtos, estafas, contrabando, trapicheo de estupefacientes, conducción temeraria.... la lista es más larga que la de los números primos. Pero no parece haber herido a nadie. Al menos, todavía.

Revisé por encima los catorce folios llenos de denuncias, detenciones y condenas menores.

–¿Esta es su última detención? –dije, señalando una diligencia.

–Eso parece, sí.

–Es de hace quince meses. Para él, todo un récord. Nunca había estado tanto tiempo sin meterse en líos.

–Quizá está aprendiendo a esquivar a la poli.

–O tal vez se ha reformado tras encontrar el amor de su vida en una joven rubia y de buena familia.

Bareta afiló la mirada.

–Me da en la nariz que eso no lo dices por hacer una broma.

En efecto, había hablado más de la cuenta. Traté de arreglarlo.

–No me haga caso, inspector. He tenido un cliente que me ha pagado por adelantado y todavía no me he repuesto de la impresión. Quizá hasta digo cosas sin mucho sentido.

–No es para menos.

–En fin, Bareta, muchas gracias por su ayuda. Estoy encantada de conocerle. En serio, no es un mero cumplido. Si cree que puedo agradecerle el favor de cualquier manera, no dude en decírmelo.

Bareta tardó en pensárselo lo que me costó llegar hasta la puerta de su despacho.

–¿Qué tal si te dejas invitar a cenar?

La propuesta de Bareta me pilló por sorpresa, pero me produjo un agradable cosquilleo en el bajo vientre, no lo puedo negar. Sobre todo, no pensaba que me iba a resultar tan fácil.

–¿Me está tirando los tejos, inspector? –le pregunté, tras volverme hacia él, lentamente, mientras practicaba una caída de ojos que sé que me sale muy bien-. ¿Y si le dijera que estoy casada?

–Algo me dice que no lo estás. Y no es solo que no lleves alianza. En todo caso, no hay nada misterioso en mi proposición: una cena informal y una copa después, si te apetece. Pero solo tienes que decir que no. No insistiré.

–No he dicho que no. Simplemente, estoy... sorprendida.

–Ya lo imagino. Pero mi atrevimiento está justificado: llevo solo unos días en la ciudad. No conozco a nadie. Los compañeros de esta comisaría son unos aburridos o tienen niños pequeños, que viene a ser lo mismo. Eres, con diferencia, la persona más agradable que he conocido en las últimas semanas. ¿Tirarte los tejos? No voy a negar que me encantaría ligar contigo pero, si no lo consigo, me conformo con que me enseñes un par de locales donde pueda intentar ligar con otras.

No me esperaba semejante discurso y, además, me resultó curioso el tono en que lo dijo. Aparentemente banal y recitado de carrerilla, como si lo hubiera preparado de antemano. Como si la soledad que acababa de confesarme no tuviera importancia. Mirándome solo de soslayo.

Si le hubiese respondido no gracias, estoy segura de que se habría echado a reír para afirmar después que era una broma. Pero me di cuenta al instante de que no era una broma. Me di cuenta de que Bareta se encontraba en las últimas y estaba pidiéndome socorro. Y lo hacía con esa voz tan parecida a la del actor que dobla a Morgan Freeman... Imposible resistirse.

–De acuerdo –dije, fiándome de mi intuición.

Entonces sí me miró directamente, con el gesto sorprendido y las cejas como arcos de medio punto.

–¿En serio? ¿Aceptas?

–Pero solo a cenar. La copa prefiero dejarla para otro día. Ayer ya tuve una noche larga con unos excompañeros del Tercio y no me conviene abusar ni de la noche ni del alcohol.

–¡Vaya! De modo, que también has sido dama legionaria. Eres una caja de sorpresas, detective.

–Cuatro años en el Tercio Gran Capitán, primero de la Legión.

–¡En Melilla! Vaya, vaya... El cuartel estaba en Cabrerizas Altas, si no recuerdo mal.

–¡Exacto! No me diga que usted también fue novio de la muerte.

–No, no... Yo, simplemente, hice la mili en los regulares y tenía algunos amigos legionarios. En aquel tiempo no había mujeres en el Tercio. Bueno, ni en el Tercio ni en ninguna otra parte del Ejército, que yo recuerde.

–¿De veras hizo la mili obligatoria, inspector? No parece usted tan mayor como para eso. Tómesele como un cumplido, ¿eh?

Bareta sonrió y se alzó de hombros.

–Quizá es que los disgustos me mantienen en forma.

UN APELLIDO DEMASIADO LARGO

Podía haber esperado un par de días, para dar la sensación de que conseguir la información me había supuesto más trabajo y esfuerzo; que me había ganado el sueldo, vaya. Pero no: preferí ser honesta y llamar a mi cliente esa misma tarde, después de comer, para indicarle que ya tenía algunos resultados. Se

alegró mucho y me dijo que se ponía camino de mi despacho inmediatamente.

–Sin apoyarme en el respaldo, ¿verdad? –preguntó, cuando le indiqué que se sentase en la misma silla de confidente que había ocupado esa mañana.

–En primer lugar, aquí tiene el informe sobre el... acompañante de su hija. Adolfo Cascallana, se llama.

–Un indeseable, seguro.

–Bueno... Lo cierto es que ha incumplido la mitad de los artículos del código penal pero, por otro lado, en cambio, no parece un muchacho especialmente agresivo.

–¿Cómo que no es agresivo? –exclamó Hidalgo–. ¡Pero si aquí dice que fue condenado por robo con fuerza! ¿Qué tiene que hacer para que lo considere agresivo? ¿Matar al Papa?

–Fue condenado por robo con fuerza en las cosas, no en las personas.

–Ya. Aun con eso... es un auténtico delincuente.

–Hombre, eso no se puede negar. Como ve, ya ha pasado por la cárcel.

–¡Y un facha, sin duda! ¡Qué vergüenza para nosotros, que siempre hemos sido una familia de progres, a pesar de nuestro largo apellido!

–Bueno... los tatuajes que exhibe el chico son un tanto ambiguos. Por un lado Hitler, por el otro Stalin...

–Sí, vaya dos patas para un banco. En fin, dejémoslo, que me estoy poniendo de mal genio. ¿Y con respecto al chantajista?

Aquí deslicé un carraspeo de los míos, largo y profesional.

–Ese es un tema más delicado, señor Hidalgo. Creo que estoy muy cerca de confirmar su identidad. Pero antes, me interesaría hablar con su hijo.

–¿Mi... hijo?

–Usted tiene un hijo que también se llama Gonzalo. ¿No es así? De unos quince años, rubio...

El escritor arqueó las cejas de modo hartó literario.

–¿Cómo lo sabe? ¿Acaso me ha estado investigando, Villalta?

–Desde luego que no. Es mucho más sencillo, ya verá. Pero dígame: ¿su hijo dispone de una tarjeta de crédito? Del banco Sabadell, concretamente.

–¡Desde luego que no! –respondió él, sin pensárselo–. La única tarjeta que usa mi hijo es la SIM de su teléfono móvil. No tiene tarjetas bancarias a su nombre.

–Es lo que imaginaba. Pero usted, sí.

–¿En el Banco Sabadell? N... no. Me parece que no.

–Haga memoria, por favor.

Lo vi a punto de replicarme pero quedé quieto, con la boca entreabierta, antes de recoger velas.

–Bueno... lo cierto es que, a veces, los bancos te envían tarjetas a casa sin que las hayas solicitado, esperando que las utilices. Ahora que lo dice... sí, es posible que el Banco Sabadell me enviase una Visa hace algún tiempo, pero no la uso. Ni siquiera la he activado.

–¿Qué hizo con ella? ¿La guardó en un cajón de su despacho junto con la carta del banco en la que figuraba el código de activación, quizá?

Procuré que sonase suficientemente irónico e Hidalgo lo entendió a la primera. Tragó saliva y palideció.

–Tal vez. ¿Qué está intentando decirme?

–Si su hijo la encontró, pudo activar la tarjeta sin dificultad y utilizarla después para efectuar ciertas compras.

–¡Ah, no, no...! Quizá pudo activarla, pero le sería imposible comprar nada con ella puesto que él no es el titular.

Sonreí.

–No lo es, pero casi.

–¿Qué es eso de «casi titular»? No la entiendo, detective.

–Verá: al tener ustedes un apellido tan largo, en el frente de la tarjeta no aparece su segundo apellido, simplemente porque no cabe. Solo figura su nombre y el primero, Gonzalo Hidalgo de Amezcoaga, que coinciden plenamente con los de su hijo. De este modo, él no tuvo ningún problema para hacerse pasar por el titular de la tarjeta. Y con ella compró las cámaras que realizaron todas esas grabaciones el día de la fiesta.

–¿Mi propio hijo compró esas cámaras?

–Tengo copia del recibo.

Hidalgo se pasó la lengua lentamente por los labios, mientras asimilaba la información.

–Pero... yo tendría que haber recibido notificación del cargo.

–Todavía no. La compra se efectuó el día veintiséis de junio. Para entonces, ya se ha cerrado el periodo mensual que se carga en cuenta el primero de julio. El cargo de esa compra le llegará el día primero de agosto. Ya sabe: procure que haya fondos para entonces.

El conocimiento de estos hechos pareció dejar a Gonzalo Hidalgo como fulminado por un rayo. Durante unos segundos boqueó como un pez fuera del agua.

–Un momento, detective... ¡Un momento! No iré a decirme que el

chantajista... ¡es mi propio hijo!

–No, no, tranquilícese. No lo veo probable. Yo me inclino más por sospechar de la persona que hizo la instalación de las cámaras. Pero, para proseguir con la investigación y averiguar quién fue ese técnico instalador... tendremos que interrogar a su hijo. Es lo que pretendía decirle desde el principio.

Hidalgo me miró fijamente y, luego, bajó la vista.

–Entiendo.

–¿Le parece que vayamos ahora mismo a hablar con él?

Se pasó las dos manos por la cara antes de responder.

–Sí, claro, claro... no tengo inconveniente.

De inmediato, bajamos a la calle, tomamos un taxi que pagó él y acompañé a mi cliente a su casa.

Al llegar no usó la llave sino que llamó al timbre para que nos abriese la puerta Rosalinda Atacama, la diminuta sirvienta peruana, que me miró como si yo en persona hubiera ejecutado a Atahualpa.

Hidalgo le pidió que avisase de inmediato a su hijo Gonzalito. Mientras, nosotros nos dirigimos a una sala mitad despacho, mitad biblioteca, cuya decoración habría parecido demasiado recargada incluso para la Nunciatura Apostólica.

El chico apareció unos minutos después.

Tenía cara de comadreja culpable y se sentó ante nosotros sabiendo que, como mínimo, le iba a caer una bronca de órdago. Yo procuré que pensara que iba a ser algo más.

Su padre hizo las presentaciones y yo carraspeé largamente antes de empezar.

–Gonzalo... sabemos que compraste varias cámaras de vídeo con una tarjeta de crédito que tu padre no utilizaba –le solté a bocajarro.

–¿Qué...?

–Ya sabes de lo que hablo: las cámaras con las que se grabó la fiesta que organizó tu hermana.

–Yo no he sido...

–¡Cállate! –le espetó su padre, haciéndole dar un respingo en el asiento—. Y habla solo cuando se te pregunte.

Gonzalito no replicó. Me di cuenta de que no sabía dónde meterse. Seguro que habría dado por bueno que un terremoto se nos tragase a todos en ese mismo instante.

–Sabemos que intentaste que instalasen las cámaras los de La Tienda del Superagente, pero el dueño se negó. ¿A quién acudiste entonces?

El chico tal vez trató de inventar una excusa pero se veía a la legua que estaba bloqueado por completo. Como una mala mentira siempre es la peor opción, se decidió por la verdad. No era tonto del todo, a fin de cuentas.

–Hablé con Adolfo.

El escritor y yo nos miramos de soslayo.

–¿Te refieres a Adolfo Cascallana, el novio de Mireia?

Tardó una eternidad en confirmarlo. Seguro que estaba intentando medir el tamaño del lío en el que se estaba metiendo.

–Sí, ese. Conoce a mucha gente. Contactos, los llama él. Me acompañó a hablar con un amigo suyo que se ocupó de instalar las cámaras por cien euros.

–¿Cómo le pagaste esos cien euros? ¿También con la tarjeta de tu padre?

–No. Esos los tenía ahorrados. Ya no he vuelto a usar la tarjeta.

–Vaya, menos mal. ¿Y se puede saber con qué propósito instalaste todas esas cámaras? –le preguntó su padre, entonces.

Gonzalito abrió los brazos, como si fuera la cosa más evidente del mundo.

–Jolín, papá... Mireia iba a montar una nude-party. Todas sus amigas iban a estar paseando desnudas por nuestra casa y nuestro jardín. No podía perder la oportunidad de grabarlas. La mayoría están buenísimas.

–¿Y qué pensabas hacer después con las grabaciones?

–Nada, lo juro. Quedármelas para mí. Para poder volver a verlas cuando quisiera.

–Quizá también para enseñárselas a tus amigos –dije.

–Bueno... no sé. No lo había pensado. Quizá. ¡No lo sé!

Hidalgo lanzó un bufido.

–¡Eres un insensato y un...! –evitó terminar la frase con la palabra «pervertido». Creo yo.

–La cuestión es que con todo esto –intervine– le has ocasionado a tu padre y a tu familia un grave problema.

Gonzalo júnior había enrojecido ostensiblemente.

–¿Vais a ir todos a la cárcel por mi culpa?

–No, no se trata de nada de eso –respondió su padre–. Pero sí nos has causado un trastorno muy importante. Muy importante.

–Para tratar de arreglar las cosas cuanto antes, necesitamos saber quién instaló las cámaras, Gonzalo –insistí–. Ese amigo de Adolfo al que le pagaste cien euros.

Aún movió la cabeza de un lado a otro durante unos segundos. Pero accedió por fin a contestar.

–Trabaja en una tienda de electrónica, cerca del puerto deportivo. Adolfo me llevó hasta allí pero él no quiso entrar. Me dijo que lo hiciera yo y que preguntase por Mario. Cuando me preguntasen qué Mario, yo tenía que decir: Supermario.

–¿Seguro?

–Sí, seguro. Recuerdo que le dije que Supermario era fontanero y no electricista. Me refería al personaje del videojuego.

–Ya, ya... lo he pillado.

–Él se rio y me dijo que su amigo era otro Supermario.

–Vale. ¿El nombre de esa tienda?

–Murillo. Electrónica Murillo.

Me levanté de inmediato.

–Sé dónde es –dije–. Voy a averiguar quién es ese Supermario. Con casi toda probabilidad, se trata de nuestro hombre. Le llamo en cuanto sepa algo.

Intenté abandonar el despacho, pero me encontré con los brazos alzados de Gonzalo Hidalgo, padre, que se había levantado de la mesa y se interponía en mi camino.

–Espere, espere, Villalta... Verá... Llegados a este punto, creo que puedo ya prescindir de su excelente colaboración. Reconozco que ha sido usted efficacísima. Ni doce horas ha tardado en encontrar un camino directo hacia la resolución del caso. Me resulta asombroso.

–Ya le dije que pensaba que se trataba de un asunto muy fácil, y así está resultando; pero... el caso no está cerrado, ni mucho menos. Hay que averiguar si ese Supermario es realmente el chantajista; y si Adolfo Cascallana está metido también en el asunto. Personalmente, estoy convencida de que es así.

–Sí, yo también me inclino a creerlo.

El silencio que siguió a aquella frase me indicó que Hidalgo no pensaba darme más explicaciones.

–Así que no cree que yo pueda seguir siéndole de ayuda.

–De momento, no.

Me parecieron extraños el tono y las maneras empleados por Hidalgo para dar por finalizada mi colaboración; pero supongo que los escritores son así de raros. No he tenido ocasión de conocer a muchos, esa es la verdad.

–Bien, usted manda, por supuesto –acepté–. Tendré que devolverle parte del adelanto que me dio esta mañana. Resulta excesivo a todas luces para el

trabajo que he realizado.

–¡En absoluto, detective! –exclamó él, jovialmente–. Ese dinero se lo ha ganado sobradamente. Ha sido rápida y eficazísima y eso también tiene gran mérito. No se le ocurra intentar devolverme ni un céntimo. Es más: tal como le prometí, aquí tiene un ejemplar dedicado de una de mis mejores novelas: «Disparos al atardecer». De los cuentos de Mantecoso no tengo ahora mismo ejemplares de muestra disponibles. Lo siento de veras.

Mantuve un protocolario silencio de cinco segundos, tras el cual asentí, con fingido fastidio.

–De acuerdo, por supuesto. Al fin y al cabo, usted es el cliente. Pero si finalmente decide volver a contar con mis servicios, aplicaré el exceso de estos honorarios al nuevo trabajo.

–Me parece correcto. Ningún problema, entonces. Y es una actitud que le honra, Villalta.

–Y... muchas gracias por el libro y por la dedicatoria.

–No las merece.

Y con eso y una sonrisa más falsa que un Ferrari de gasoil, el creador del Oso Mantecoso me acompañó hasta la puerta de su despacho y me dejó en manos de la descendiente de los incas, quien, a su vez, me condujo hasta la puerta de salida.

Fin de la historia. Fin del caso más corto de mi carrera.

Cuando me vi en la acera del paseo marítimo, me pareció que aquel día había sido una simple ensoñación. Me había despertado entre brumas etílicas que se habían condensado en un cliente de pasta y prestigio que me había entregado un adelanto astronómico por resolver un caso que seguramente habría solucionado un niño de primaria. Y, sin embargo, antes de poder rematarlo, me había puesto muy amablemente de patitas en la calle. Quizás ahora me despertase de verdad y nada de todo eso hubiese ocurrido.

Pero no podía ser un sueño porque me pellizqué el brazo y me hice daño.

La tentación de pensar que en todo aquel lío sin pies ni cabeza había gato encerrado era muy intensa. Pero, por otro lado, el tacto crujiente de los cinco dorados billetes entre mis dedos, me susurraba al oído muy convincentemente que me olvidase de sospechas sobre conspiraciones, falsos culpables y cosas similares. La realidad era que tenía mil euros en el bolsillo. Yupi.

Y, de pronto, recordé que tenía algo más que esos mil euros: tenía una cita para cenar con el inspector Baretta. Eso terminó de redondear mi estupendo

estado de mi ánimo.

PAPAGAYO

Claro que se sorprendió al verme; por supuesto. Pero lo disimuló tan bien que casi pareció que esperaba encontrarme allí, en la puerta de la comisaría, comiendo un helado de cucurucho de La Ibense. De limón, para más señas.

–Muy mal –me dijo como saludo–. Con eso se te va a ir el hambre.

–Como se trata de una cena informal, he supuesto que será frugal. De todos modos, voy a invitar yo, que he tenido un buen día. Así, si me dejo la comida en el plato, el problema será exclusivamente mío.

–De eso, nada, maja –replicó él, al momento–. Lo de cenar juntos ha sido idea mía, así que invito yo. Punto final.

Estaba atardecendo y el tono ambarino de la luz natural le favorecía. Aparecía más joven y saludable que iluminado por la luz de fluorescentes de su despacho en la comisaría. O quizá era que me encontraba de un humor excelente y eso mejoraba mi visión del mundo y de sus habitantes, no sé. El caso es que se me antojó mucho más atractivo que en nuestro anterior encuentro.

Pasando por alto su edad de maduro-maduro, objetivamente Baretta era un guaperas. Alto, ancho de espaldas, con buen culo todavía y los ojos marrones, pero de un marrón claro, como el de los caramelos de café con leche de la Viuda de Solano. Uno de esos tipos de cuyo brazo da gusto ir colgada por la calle.

Me pidió que escogiera el sitio y le propuse un restaurante americano tipo Hollywood que me gusta bastante y no es demasiado caro. Con su sueldo de policía yo sabía que no se podía permitir lujos excesivos.

Todos los demás clientes del local eran infinitamente más jóvenes que nosotros; por no hablar de las camareras, que habrían podido ser nuestras hijas, pero a él no pareció importarle. Y a mí, menos.

Pedimos, para compartir, una ensalada muy rara, con nombre húngaro, creo; y costillas de esas pringosas y un batido fresa para cada uno... y lo cierto es que en este segundo examen, que suele ser el importante, Baretta aprobó con nota. Hablaba poco, escuchaba mucho y sonreía bastante y de modo franco. Inspiraba confianza, aunque quizá eso fuera una trabajada habilidad profesional. Parecía siempre sincero, nada pedante, ingenioso, atento y

divertido sin pasarse. De vez en cuando, decía cosas con mucho sentido común, algo que siempre he echado a faltar en los hombres con los que he tratado, incluidos mis dos exmaridos. Y, sobre todo, parecía sentirse cómodo conmigo y eso me permitía sentirme yo cómoda con él. En definitiva: que mediado el segundo plato, ya estaba en condiciones de admitir que Julián Baretta era un cielo.

Y, al ser consciente de ello, me asusté y empecé a ponerme nerviosa como una colegiala de treinta y nueve tacos. No tardé en tirar la mostaza y en mancharme los pantalones de salsa de carne. Lo peor llegó a los postres, cuando me atraganté con el pastel de manzana y estuve a punto de morir asfixiada allí mismo. Cuando logré abrir la glotis y aspirar una agónica bocanada de aire, allí estaba él con un pañuelo –de tela, no un miserable kleenex– para limpiarme el rímel que me resbalaba por las mejillas como un alud alpino en negativo.

–Por Dios, qué mal rato he pasado... –gemí–. Estaba ya vislumbrando una luz blanca al final de un túnel. Menos mal que el túnel era largo.

–Al ver que te ponías azul he estado tentado de hacerte el boca a boca pero he creído que te lo tomarías a mal. Si llego a darme cuenta de que estabas tan apurada, no me lo pienso.

–Desde luego, si me vuelvo a atragantar de esta manera, no lo dudes ni por un instante.

–¿Te pido otra ración de tarta, entonces?

Mientras me reía, no puede evitar empezar a preocuparme seriamente. ¿En verdad era un tipo tan encantador o solo me lo parecía? Podía ser que me sintiera trastornada por algún motivo que no alcanzaba a ver. Sea como fuere, y partiendo de la premisa de que no hay hombre perfecto ni de lejos, la siguiente conclusión resultaba clara e inmediata: tenía que estar casado. Seguro, seguro. Los tipos así no andan solos por la vida. Siempre hay una maldita lagarta que le echó el lazo en los años del instituto, cuando ellos aún carecen de criterio, y se lo quedó para siempre.

La prueba incontestable de que mis sospechas estaban en lo cierto era el hecho de que Baretta no había dicho ni mu en toda la cena sobre su situación personal, vulgo estado civil.

Qué lástima...

No me dejó invitarle, pese a que le expliqué que había cobrado un dineral por resolver en un día un caso que hasta él habría logrado solucionar en un par de semanas.

Al salir del restaurante al filo de la medianoche, apenas había refrescado. De manera inconsciente nos plantamos sobre la acera y nos pusimos hombro con hombro, de cara a la brisa. El primer minuto fue de silencio.

–Me dijiste esta mañana que nada de copas.

–Y así es, lo siento. Mi hígado ya se ha echado de dormir.

–Pero no escuché nada acerca de no ir a bailar boleros.

Me separé de él y lo miré con cara de pasmo absoluto.

–¿Cómo demonios sabes que me gustan los boleros?

Él rio por lo bajo.

–Mujer... no me digas que eres de las que piensan que la policía es tonta. Pues no es así. He llamado al inspector Sigüenza a Galicia y le he preguntado si eras de fiar... y unas cuantas cosas más. Él me ha contado lo de los boleros. ¿Qué? ¿Te apetece?

–¿Tú bailas?

–Me defiendo.

–Entonces... de acuerdo, sí.

Fuimos al Papagayo, una sala de fiestas de lo más decadente, con música en vivo, a la que yo acudía con alguna frecuencia, siempre sola, y me dejaba sacar a bailar por los clientes habituales del local, ninguno de los cuales bajaría de los ciento once años.

Cuando aquella noche entré del brazo de Baretta, todos ellos se volvieron hacia nosotros como un solo hombre. Solo dos o tres me sonrieron. El resto, muertos de celos, me miraron con odio; como si los hubiese traicionado.

Pedí una cocacola; Baretta, una cerveza. Antes de que el camarero nos las sirviera, ya estábamos en la pista de baile.

Me enlazó por la cintura. El cantante estaba terminando de destrozar «No serás de mí».

Fue tu amor una mentira
Todo fue un engaño
y mi pobre vida se inundó de llanto
porque jamás tú
serás para mí.

–Vaya... –comenté, mientras aplaudíamos a la orquesta–. Espero que no fuera una premonición sobre nosotros.

–No hagas ni caso –me dijo él–. Yo no creo en premoniciones y, mucho

menos, en boleros. Ya sabes: todos los boleros mienten, decía Joaquín Sabina.

–Todo el mundo miente, decía el doctor House.

La orquesta se arrancó ahora con un clásico: «La mentira»

Se te olvida
que me quieres a pesar de lo que dices
pues llevamos en el alma cicatrices
imposibles de borrar...

Este lo bailamos entero y en silencio. Solo al final, a punto del aplauso, Baretta me habló al oído.

–Bailas bien –me sonrió.

–¡Qué va! Me dejo llevar bien. Eso es todo.

–¿Que te dejas llevar? Pues será solo en esto, maja.

Así me di cuenta de que me había calado.

Con la siguiente pieza, decidí apretarme más contra él y apoyar descaradamente la barbilla en su hombro. Esta vez, el cantante comenzó a desgranar sin mucho entusiasmo «Después de un beso»:

Tus labios tentadores me enardecen
y tanto tu sonrisa me provoca
que yo no sé, mujer, lo que daría,
por recibir un beso de tu boca.

–No puedo estar más de acuerdo –comentó Baretta.

Yo decidí no replicar e ir a lo mío, así que pronto estábamos bailando mejilla contra mejilla. Hacía mil años que no bailaba así con nadie. Sin embargo, a él lo notaba incómodo. Mediada la segunda estrofa, decidí hacer la prueba del algodón y, como quien no quiere la cosa, buscar sus labios con los míos. Su inquieta reacción pareció confirmar mis peores sospechas, así que decidí dejarme de rodeos y suspenses.

–Julián...

–¡Ejem...! Dime.

–Respóndeme a una pregunta, ¿quieres?

–Claro.

–Pero no me mientas, por favor.

–No lo haré.

–¿Estás casado?

Él se separó un poco de mí, para poder mirarme a los ojos. Lo hizo con una expresión tan culpable que casi me espachurró el corazón.

–No, no estoy casado.

–Has dicho que no me mentirías.

–No te miento. No estoy casado. Es peor.

–¿Peor? ¿Eres bígamo?

–¿Eh...? No, no. Lo que ocurre es que estoy... separado. Recién separado. Hace apenas tres meses, después de veintidós años de matrimonio.

Reconozco que sentí un agradable caracoleo en el diafragma al escuchar aquello.

–Ah. Bueno. ¿Qué tiene eso de malo?

–Pues, mujer, que... todavía estoy hecho un lío. Llevo tres meses más solo que el café solo. Dedicado en exclusiva al trabajo. Y de repente, apareces tú, una exlegionaria la mar de guapa, diez o doce años más joven que yo, te dejas invitar a cenar y, después, me traes aquí a bailar boleros. ¿Cómo no voy a pensar que eres maravillosa? Pero... ¿eres de verdad o se trata solo de un espejismo?

Era la primera tontería gorda que le escuchaba en toda la noche y no estaba dispuesta a dejarle seguir por ahí.

–A ver, Julián... ¿eso de ahí es una mesa o solo lo parece? A lo mejor se trata de otra cosa, pero si tiene forma de mesa y sirve para apoyar los vasos... ¿qué más da?

Bareta me miró y asintió. Y después dijo:

–Me he perdido. ¿Podrías repetir...?

–Si tú estás a gusto conmigo y haces que yo me sienta bien... ¿qué importa lo demás, los motivos o las circunstancias? No les des tantas vueltas a las cosas y aprovecha el momento. Carpe diem.

–¿Eh?

–Nada...

El suave terciopelo de tu cara
quisiera acariciar con embeleso
y viéndome en las niñas de tus ojos
y morirme de placer después de un beso.

Y entonces, inesperadamente, me besó por primera vez como Dios manda. Y me surgió el problema de tener que decidir si bailaba mejor que besaba o besaba mejor que bailaba. Dudé al principio. Enseguida, me decidí por lo segundo.

EL MAR EN LA VENTANA

—¿Aquí vives?

—Sí. Aquí vivo y trabajo —respondí, mirando hacia lo alto y señalando el último piso del edificio de tres plantas—. Una de las habitaciones es mi despacho y el resto, la vivienda.

—¿Y se ve el mar desde la terraza?

—De día, sí. Ahora solo se escucha.

Bareta rio.

—Yo creo que es un privilegio indispensable. Viviendo en una ciudad como esta, debería ser obligatorio por ley que se viera el mar desde la ventana de todas las viviendas. Siempre.

Colocándome un dedo bajo la barbilla, Bareta me levantó ligeramente el rostro y me besó de nuevo. Esta vez, fue lo bastante largo como para dejarme sin respiración y lo bastante intenso como para hacer que me temblasen las piernas.

—¿Nos veremos mañana, detective? —me preguntó a continuación—. Dime que sí, anda. Por favor.

—Eso nunca se sabe, inspector.

Sin dejar de sonreír, me dio la espalda y echó a andar acera adelante. Yo conté hasta quince.

—¡Bareta!

Giró sobre sus talones y deshizo el camino recorrido. No se detuvo hasta que la punta de su nariz estuvo a cuatro dedos de la mía.

—Qué —dijo, no preguntó.

—Me preguntaba si... si te gustaría subir un rato a... escuchar el mar.

Hizo como que se lo pensaba antes de responder.

—Lo cierto es que sí.

A la mañana siguiente, amanecí cruzada en la cama y con los pies en la almohada, desnuda y feliz. Me desperecé muy poco a poco.

Solo con hacer memoria de las últimas horas, se me debió de dibujar en la cara la expresión de boba felicidad de la abeja Maya.

Tendemos a pensar que la vida es básicamente ingrata, que lo bueno cuesta y duele, que no pueden ocurrir cosas maravillosas inesperadamente sin que nos las hayamos ganado previamente con mucho esfuerzo, sangre, sudor y lágrimas, que decía Churchill. Pero hay veces en que sí ocurre. En ocasiones, hay fuegos artificiales de los que se disfruta sin tener que pagar. La felicidad gratuita también existe. Lo sé.

Dicen los que juegan a la lotería que sí, que es muy difícil ganar, que las probabilidades son minúsculas; pero no es menos cierto que todas las semanas hay alguien a quien le toca el premio gordo. La vida, en cierto modo es eso: una lotería constante. Un bombo lleno de bolitas de madera, que somos los hombres y las mujeres, girando apelotonados de un lado a otro al vaivén de los acontecimientos. Chocando entre nosotros, a la espera de que te llegue el turno. Puedes pasar tu existencia abonado a un número, jugarlo cada sorteo y que jamás te toque; o puedes comprar un décimo una vez, porque has tenido un palpito, solo porque te ha parecido bonito. Y ganar.

El día anterior me había tocado premio al conocer a Julián Baretta. Al conocerlo, además, en el único momento en los últimos veintidós años en que se encontraba libre sentimentalmente. Sí, es verdad: me sentía como una de esas malditas lagartas oportunistas de instituto de las que tantas veces había despotricado. Y era una maravillosa sensación. Había llegado a su vida en el instante preciso para echarle el lazo. O quizá era él quien me lo había echado a mí, no sé. Me daba igual. Me sentía fetén.

Desde luego, Baretta era el policía más insólito que yo había conocido jamás y eso que, desde que me dedicaba a la investigación privada, había tenido ocasión de tratar a unos cuantos.

Para empezar, no usaba pistola.

Tumbada sobre la cama, antes siquiera de abrir los ojos, rememoré nuestra cita del día anterior, desde el principio. La cena, tan agradable, tan diferente de otras primeras cenas donde la incomodidad y los nervios te cierran el cardias y no hay forma de empujarse al estómago ni una mala hamburguesa triple con queso. Esta vez no. Esta vez, comí con apetito.

Luego, todos aquellos boleros. El tipo de la orquesta cantaba de pena, cierto, pero, en cambio, parecía que los elegía para nosotros. Que los cantaba solo para nosotros. Eso, por no hablar de la maravillosa sensación de despertar la envidia general entre los asiduos al Papagayo, algo que yo jamás

había vivido en primera persona pero a lo que creo que podría acostumbrarme con facilidad.

Y, por último, la noche.

Mira, con eso sí que no contaba. ¿Cómo imaginar que te vas a meter en la cama con un tipo al que has conocido unas horas antes y te vas a sentir tan cómoda, tan libre y tan confiada como si se tratase de tu novio de toda la vida? Jamás lo habría creído posible.

Pues lo fue. Una delicia.

Julián Baretta resultó ser en la cama ese tipo entre dulce y apasionado, imaginativo e ingenuo, atento y divertido, sin que nada de todo ello parezca suponerle el menor esfuerzo, que toda mujer en sus cabales sueña con enredar un día entre sus sábanas pero que sabe que difícilmente encontrará porque escasean más que las angulas de Aguinaga.

Me descubrió rincones de mi cuerpo que yo misma desconocía; y creo que llegó a besarme cada centímetro cuadrado de la piel.

Hubo un momento en que no podía creerlo; en que me pareció que todo era mentira, que despertaría de un momento a otro sobre la mesa de un quirófano y un tipo con mascarilla azul me diría que me habían operado de urgencia de apendicitis y la anestesia me había sentado mal.

Pero no fue así. No hubo pesadilla alguna. Julián Baretta era real. Lo supe, porque a mí ya me habían quitado el apéndice años atrás y de eso solo te operan una vez.

Al despertar, lo repito, lo repito, lo repito: me sentía feliz. Exultante.

Solo un detalle empañaba la euforia: Julián no estaba allí, a mi lado. Donde yo esperaba encontrarlo había un hueco y estaba frío.

Pensé que quizá se había levantado para mirar el mar al amanecer, así que salté de la cama y corrí hasta la terraza; pero allí solo estaba el Mediterráneo, tan azul y tan contaminado como siempre. No voy a decir que me angustiase pero sí me invadió una cierta desazón. Como si tuviera caracoles vivos en el estómago.

Entonces, escuché pasos en el rellano de la escalera, alguien que hurgaba con la llave en la cerradura y, por fin, la puerta del piso, que se abría.

Y entró él, con una jícara de plástico en una mano y un cucurucho de papel de estraza con manchas de aceite, en la otra. Se detuvo al verme y se me quedó mirando, con la boca entreabierta; muy serio y durante mucho rato, hasta hacerme recordar que me hallaba completamente desnuda.

Por fin, habló.

–Definitivamente, estás aún más hermosa con luz de día. He traído churros y chocolate para desayunar. No sé tú, pero yo necesito recuperarme de lo de anoche antes de ir a la comisaría.

Me acerqué a él, le obligué a dejar los churros y el chocolate sobre la mesa y, luego, le eché los brazos al cuello y traté de imitar su inimitable manera de besarme.

–Te lo diré en cuatro palabras, Baretta –le susurré después–: creo que te quiero.

–Te lo diré en solo tres, Villalta: creo que también.

CAPÍTULO SEGUNDO

8 DE AGOSTO

UN GUIÓN IMPECABLE

Lorena Gómez-Córdoba detuvo el coche frente a la entrada del hotel Europa y descendió de su Jaguar XR color tabaco dejando las llaves puestas. Su marido bajó por la puerta derecha y el asiento del conductor lo ocupó un botones, que se encargaría de aparcarlo en el garaje.

La mujer le lanzó al aire una moneda de dos euros, que el chico cazó al vuelo.

–¡Muchas gracias, señora!

La recepcionista sonrió al ver llegar al matrimonio con una gran bolsa de viaje de Escada, que el marido llevaba colgada del hombro, como único equipaje.

–Bienvenidos. Señor Hidalgo, señora Hidalgo... veo que tienen reserva para solo una noche con nosotros. Como la última vez.

–Les hemos dejado la casa a nuestros hijos para que organicen otra fiesta – aclaró ella– no para que instalen un campamento beduino, así que con una noche tienen más que suficiente.

–Por supuesto, señora. Les he guardado la suite Amsterdam, en la sexta planta, como en la pasada ocasión. Creo que fue de su agrado.

–Perfectamente. Gracias.

–Firme aquí y aquí, si es tan amable. El chico los acompañará.

En cuanto el botones salió de la habitación –más contento que dos docenas de castañuelas, con sus cinco euros de propina– los Hidalgo abrieron la bolsa de viaje y, sin necesidad de cruzar palabra con su marido, ella comenzó su transformación. Los zapatos, el vestido y sobre todo, la peluca cobriza, que le proporcionó un aspecto completamente diferente. Modificó su maquillaje, se puso lentillas de color marrón y se pintó los ojos de un modo diferente. Con

unas grandes gafas de sol, distintas de las que usaba habitualmente, el cambio respecto de su imagen habitual resultaba más que notable.

–Estoy lista –afirmó, cuando aún no habían pasado veinte minutos desde su llegada.

Él la miró con detenimiento, serio, y le dio su aprobación con un gesto de la cabeza.

–Estás perfecta, cariño.

Mientras ella llevaba a cabo su metamorfosis, él había montado una maletita de ruedas que habían transportado plegada en la bolsa de Escada. Pertrechado con guantes de látex, la puso en orden de marcha y fue introduciendo en ella todos los elementos previstos: un sugestivo conjunto de ropa interior femenina, dos sandalias de tacón muy alto, un cuchillo de cocina de grandes dimensiones, un paquete que contenía una pequeña tarta envasada. Dos vasos de cristal y las dos ampollas de anestésico...

Ella se miró al espejo y asintió, satisfecha tanto por su aspecto como por la profundidad del cambio experimentado.

–Lista.

–¿Nerviosa? –le preguntó su marido.

–Excitada, diría yo, más bien. Ya sabes que el riesgo... me pone a mil.

–Bien. Eso me gusta. Pero ni te vuelvas loca ni te preocupes en exceso. El peligro es mínimo. El plan es perfecto. Recuerda que lo he diseñado yo.

Lorena estuvo a punto de confesarle a su marido que era eso precisamente lo que le producía sensación de mariposas en el duodeno. Pero prefirió callar y besarlo.

Ni siquiera le dijo adiós. Tomó la maleta, abrió la puerta de la habitación, lanzó una mirada de ciento ochenta grados izquierda-derecha, para controlar ambos lados del pasillo, y salió.

Justo enfrente, vio la puerta antiincendios que conducía a la escalera interior del edificio. Casi ningún cliente la usaba, pues era un tanto lóbrega y, en cambio, los ascensores resultaban muy eficaces. Lorena sí lo hizo. Bajó por ella dos plantas, hasta la cuarta, sin encontrarse con nadie, volvió a salir al pasillo y buscó el ascensor de servicio, cuya puerta de la planta calle no se abría al hall principal, sino que quedaba dentro del corredor que conducía al salón de convenciones. Aun así, no resultaba difícil que alguien la viera salir de allí y se fijase en ella, sobre todo con el aspecto que ahora lucía. Pero eso le resultaba indiferente. Lo importante era que nadie la asociase con su verdadero yo. Durante las siguientes dos horas, Lorena Gómez-Córdoba debía

permanecer oficialmente en el interior de la suite Amsterdam, junto a su marido.

Cruzó el vestíbulo principal del hotel siguiendo una trayectoria que la mantuvo siempre lejos del mostrador de recepción y salió a la calle sin saludar al ujier.

Tomó un taxi de la parada cercana al hotel y le indicó al chófer que la llevase a la estación de autobuses. Una vez allí, cruzó al otro lado de la avenida de las palmeras y paró otro taxi que la condujo al Mediterráneo, el otro gran hotel de la ciudad.

Al llegar, se dirigió a la recepción.

–Buenas tardes. Tengo una reserva a nombre de Francisca Aguilar.

–¿Se ha alojado ya con nosotros alguna otra vez, señora Aguilar?

–No.

–¿Me permite entonces su carné de identidad?

–Por supuesto –dijo, entregándole el documento.

El recepcionista no se molestó en comparar la foto del documento con la de la recién llegada pero, aunque lo hubiese hecho, habría dado por bueno el parecido.

Tras copiar él los datos y firmar ella la ficha de viajero, el chico le devolvió el carné y le entregó una tarjeta-llave.

–Será la habitación quinientos siete, quinta planta. Bienvenida, señora Aguilar.

–Gracias.

Lorena subió sola en el ascensor y, una vez en la cinco-cero-siete, comenzó a prepararlo todo. Si el muchacho era puntual –confiaba en que así fuera– le quedaban aún más de veinte minutos.

Una vez que se calzó unos guantes de látex, puso en marcha el aire acondicionado y sacó de la maleta la tarta envasada, que tenía forma rectangular y aspecto decididamente industrial. La colocó en el centro de la mesita auxiliar, situada entre la cama y el enorme televisor de plasma. Después, sacó las dos ampollas con anestésico líquido de uso veterinario. Tras abrirlas, fue empapando con su contenido el bizcocho de uno de los extremos del pastel. A continuación, colocó también sobre la mesa los dos vasos de cristal y el cuchillo de cocinero.

Después, controlando el tiempo de cuando en cuando, comenzó a prepararse ella misma. Se despojó de la peluca pero no de las lentillas de color marrón, que siempre había usado en presencia del joven. Se desnudó por completo,

colgando cuidadosamente la ropa en el armario y se puso el conjunto de ropa interior de color blanco que traía en la maleta: un sujetador push-up, una braguita tanga, medias, liguero y las sandalias de tacón alto.

Con el teléfono desechable que había comprado días atrás, le envió un SMS a su móvil con tan solo las tres cifras del número de la habitación. Cuando él le contestó con un escueto OK, apagó el móvil, le sacó la batería y lo guardó todo en la maleta.

Calculó que él tardaría aún de cinco a diez minutos y decidió aprovecharlos contemplándose en el espejo de cuerpo entero del armario.

Le gustó lo que vio.

Vestida con aquellas prendas tan sugerentes, se sintió espléndida para haber cumplido ya los cuarenta y cinco. Quizá su punto más flojo habían sido siempre una delantera poco goleadora, que era el eufemismo que utilizaba su marido para referirse a sus pechos demasiado breves. Pero con aquel invento de sujetador, la verdad es que parecía que se las hubiesen puesto nuevas. Por primera vez en su vida, se contempló el busto dotado de un sugerente canalillo central. ¡Qué cosas, a sus años...! Allí, además, se escondía la que siempre había sido su principal arma de seducción. Gonzalo ya nunca la mencionaba pero, como tantos otros, había caído embelesado al contemplarla por primera vez. Estaba segura de que seguiría funcionando.

Deslizó luego una mirada atenta por sus piernas. Le seguían gustando como cuando era mucho más joven; y esos tacones de vértigo contribuían a que aparecieran firmes, torneadas e interminables como las columnas de San Juan de Letrán o la crisis de valores de la sociedad occidental.

Y el resto, bien. Apenas había engordado un par de kilos en los últimos años y aun estos se le habían repartido uniformemente por el cuerpo. Algo se iba descolgando ligeramente aquí y allá, y le habían aparecido unas patas de gallo inmunes incluso a la coenzima Q-10 pero, pese a eso, seguía sintiéndose una mujer muy atractiva. Eso sí: cada vez con más frecuencia tenía que recurrir al condicionante: hay que ver, Lorena, lo buena que estás... para tener la edad que tienes.

Por supuesto, mantenía la autoestima por las nubes, lo que resulta importantísimo. Una cosa lleva a la otra. Sobre todo, después de comprobar en las últimas dos semanas que aún era capaz de encandilar con tres frases, dos mohínes y una sonrisa pícara a aquel chantajista veinteañero, hasta el punto de convencerlo, con solo una cita previa, para encontrarse con ella esa tarde en un hotel, como dos amantes secretos de película francesa.

Todo formaba parte del plan de su marido para acabar de una vez por todas con aquella extorsión infame que amenazaba con provocarles graves perjuicios «económicos y morales». Ella, incondicionalmente a su lado, lo estaba viviendo como una aventura de innegables connotaciones eróticas: de un hotel a otro, igual que una espía de novela, cambiando de aspecto y de personalidad, interpretando un papel de mujer fatal, lo que le producía un morbo considerable.

Se sentía Mata-Hari.

De hecho, había fantaseado durante los días previos con la posibilidad de ir más allá de lo que requería su papel y –sin decirle ni palabra a su marido, claro está– regalarse un revolcón en toda regla con el muchacho al que tenía que seducir. Por desgracia, el plan de Gonzalo estaba tan ajustado en el tiempo que no dejaba mucho lugar para diversiones improvisadas. Lástima.

Llamaron a la puerta.

–¿Sí?

–Mario.

Lorena tomó aire, alzó el pecho y abrió, exhibiendo palmito y sonrisa deslumbrante.

Al verla con toda aquella lencería, el joven se quedó cuajado.

–¿Te ha visto alguien? –preguntó ella, en voz baja, tras hacerle entrar en la habitación.

–¿Eh?

–Que si te ha visto alguien por el pasillo.

–No, no...

–¿Has procurado esquivar las cámaras de seguridad?

–Sí, claro. Me ha sido fácil. Me dedico a eso y sé dónde las ponen, ¿sabe?

–Muy bien, muy bien. Recuerda hacer lo mismo al salir. No puede quedar ningún rastro de este encuentro. Si mi marido se enterase... mi vida correría serio peligro. Y también la tuya.

–¿Peligro? ¿Qué clase de...?

–¿Qué tal me encuentras? Me he comprado todo esto para ti. Me ha costado un dineral.

–Está usted deslumbrante, doña Hortensia.

–¡Chsst...! Sin nombres.

–Ah, perdón...

–Sin nombres y sin formalidades. Tutéame.

Ella comenzó a desabrocharle la camisa y él, tras un titubeo, aprovechó

para palparle el culo con ambas manos. Sin formalidades.

–Hay pocas chicas jóvenes que tengan un culo tan estupendo como el tuyo... tuyo, Hortensia.

–Vaya, gracias. Lo considero todo un cumplido, viniendo de un auténtico experto en culos, al parecer.

Él rio. Y allí mismo, en la penumbra del corto pasillo que desembocaba en el dormitorio, la empujó de espaldas contra la pared y acercó su pelvis a la ella, moviéndose de forma bastante zafia. Ella contraatacó sujetándole la cabeza con las manos y besándolo con cierta furia. Le mordió el labio inferior y apretó los dientes más y más, hasta conseguir que gimiese de dolor. Le habría encantado hacerle sangrar. Casi se asustó un poco de sí misma, al descubrirse en esa faceta casi vampírica, que desconocía. Sin embargo, cuando sintió la mano de él entre sus muslos, se dio cuenta de que estaba a punto de perder el control de la situación. Soltó a su presa al tiempo que le clavaba las uñas en la espalda y con eso logró desasirse y caminar hacia el dormitorio.

Con gran dolor de corazón, se recordó, que era necesario dejarse de mordiscos y retomar el plan.

–¿Qué quieres tomar?

–No, nada, gracias –rechazó Mario, con la voz ronca-. Me conformo contigo.

–¡Ja, qué ingenioso! Pues yo sí, mira por dónde. Es que, si no como antes algo, no puedo hacer el amor.

–¿Hacer qué?

–Follar.

–¡Ah, ya...!

–Por eso he traído una tarta. Confiaba en que me acompañases –dijo la mujer, en un tono falsamente mimoso-. Va, solo un trozo de tarta y un whisky del minibar.

–¿Tarta? Pero si yo lo único que quiero es comerte a ti –dijo Mario, sintiéndose poeta por primera vez en su vida.

Para demostrarlo, la derribó sobre la cama y simuló morderle la nalga derecha. Lorena gritó entre risas y retozaron hasta caer de la cama al suelo. Pero cuando Mario daba por hecho que la fiesta ya había empezado, ella volvió a ponerse en pie.

–Lo digo en serio: necesito ese trozo de tarta. Me vas a dar ese capricho, ¿verdad? –ronroneó-. Vamos, yo serviré las bebidas. Tú ve cortando la tarta.

En dos trozos iguales, ¿eh?. Yo quiero la parte que tiene la flor de chocolate. Me encanta el chocolate.

El chico suspiró y obedeció a regañadientes mientras la mujer abría el minibar y cogía dos botellines de whisky escocés.

–Tu vaso, cariño.

Mario alzó en la mano uno de los dos vasos y ella le vació completo el contenido del botellín. Luego, repitió la operación con el suyo.

–Salud.

Brindaron. Lorena tomó su parte de la tarta. Este era un punto crucial en el plan de su marido. Los nervios le habían hecho un nudo en el estómago, pero se obligó a dar un buen bocado.

–Pero come, hombre, come –lo animó–. Te aseguro que lo vas a necesitar. Si no quieres quedar en mal lugar, tienes que estar bien alimentado. Carbohidratos de utilización inmediata, como los ciclistas antes de subir el Tourmalet. Hazme caso, anda.

–Es que no tengo hambre.

–¡Que comas, te digo!

La exclamación resultó algo destemplada. Mario dio un respingo y bajó la vista. Le había sonado como las órdenes de su madre cuando él era pequeño.

–Bueno, voy...

Dio un primer mordisco a la tarta, pero la mirada de madrastra que le dedicó Lorena le impulsó a dar otro mayor casi al momento.

–Está... muy buena –concedió–. El bizcocho está un poco borracho. Sabe a anís.

–¿A anís? Pero si no tiene... ¡Ah, sí! Anís, claro. Muy rico, sí. Pero no hables con la boca llena, que es de mala educación.

–Perdón...

–Venga, come otro poquito y ya está –Mario obedeció sin rechistar–. Estupendo, Ahora, ya podemos empezar.

Él se había sentado en el borde de la cama, que era inmensa. Ella se acercó desde el extremo opuesto gateando sobre el colchón hasta plantarle el canalillo generado por el push-up a cinco centímetros de los ojos.

–¿Te gusta lo que ves? –le susurró, lentamente, con la voz tan grave como pudo.

Mario sonrió. Por fin parecía que la cosa se ponía en marcha.

–Me encanta. ¿Puedo? –preguntó él, tras una pausa.

Ella sonrió.

–Eso, ni se pregunta...

Se dio la vuelta, ofreciéndole el enganche del sujetador. Él comenzó a manipularlo, pero el somnífero ya empezaba a surtir sus efectos y tras medio minuto de esfuerzos aún no había conseguido liberarlo. Resopló impaciente.

–Pero ¿cómo demonios va esto? –farfulló.

Se sentía torpe, muy torpe, aunque finalmente logró su propósito y el sujetador aterrizó sobre el colchón. Ella, entonces, se dio la vuelta alzando los brazos como si se estuviera desperezando y se dejó caer boca arriba sobre la cama. Ese era siempre el mejor momento.

Por algún capricho genético, tenía las aréolas de los pezones en forma de trébol de cuatro hojas, algo que había fascinado a cuantos habían tenido la ocasión de contemplarlas. Lorena era consciente del poderoso efecto que ese detalle producía en los hombres. Mario no iba a ser una excepción. Con la boca entreabierta, la mente espesa y la mirada ya turbia, se acercó para verlos de cerca. Los acarició lentamente con la yema del índice. Luego, los probó con la punta de la lengua.

–Qué bonitos... –farfulló.

Se sentía como hipnotizado. Sin ser muy consciente de lo que hacía, funcionando en modo automático, comenzó a desabrocharse el pantalón.

–Ahora sabrás por qué mis amigos me llaman Supermario –declaró, con la voz pastosa por el narcótico.

Trató de incorporarse, pero los pantalones le cayeron sobre los tobillos, se trabó con ellos y cayó de bruces al suelo con gran estrépito, derribando una lámpara.

–¡Huy! Vaya viaje... ¿Te has hecho daño, cariño?

–¿Eh? ¡No! No, no... estoy perfes... prefectra... mente. ¡Ay...!

Por medio de hercúleos esfuerzos y contorsiones circenses, Mario logró despojarse al fin de los pantalones y de los calzoncillos. Conservaba solo los calcetines cuando saltó de nuevo sobre la cama. Entre risas nerviosas, ambos rodaron abrazados sobre aquella cama del tamaño de una pista de paddle.

Lorena pasó de estar debajo a estar arriba y luego, debajo de nuevo. Y cuando se situó encima de él por segunda vez, sujetándole las muñecas con sus manos, se percató de que el muchacho acababa de quedarse dormido. Anestesiado, más bien. Un pequeño ronquido le sirvió de confirmación.

–Bueno... –susurró Lorena para sí, con cierta amargura– parece que ya está. Se acabó la diversión.

Se situó a horcajadas sobre su estómago y lo abofeteó dos veces con todas

sus fuerzas sin obtener ninguna reacción. Luego, le acarició el torso con la punta de las uñas. El plan de su marido estaba funcionando a la perfección, pero no pudo evitar sentirse un poquitín defraudada. No le habría importado nada tener que prolongar unos minutos más aquella parte. El chico no estaba mal. No había visitado un gimnasio en toda su vida pero tampoco le hacía falta. A los veintitantos, la inmensa mayoría de los hombres poseen las condiciones naturales para un buen revolcón. Y eso que, según comprobó Lorena con un vistazo, el apodo de Supermario no pasaba de ser una fanfarronada.

De nuevo, se calzó guantes de látex.

Tomó con cuidado el cuchillo con el que el joven había partido la tarta, limpió el filo cuidadosamente con agua y jabón procurando no tocar en absoluto el mango y lo introdujo en una bolsa de plástico con cierre hermético. Hizo lo mismo con los vasos de whisky, tras vaciar su contenido en el váter y tirar de la cadena. El vaso que Mario había utilizado y sus calzoncillos, fueron también a parar a sendas bolsas herméticas.

También tiró los restos de la tarta por el inodoro, asegurándose con la escobilla de no dejar rastro de ello en el interior de la taza.

Sacó de la maleta un paño de microfibra y limpió cuidadosamente todas las superficies que había tocado con las manos desnudas. Se vistió y guardó todas las cosas en la maletita, incluidos los botellines de whisky vacíos, asegurándose por tres veces de que no olvidaba nada. Se puso de nuevo aquel sujetador que cada vez le gustaba más, se vistió, se colocó la peluca de color cobrizo, salió de la habitación y colgó por fuera el cartelito de «no molestar».

Mientras tanto, en el hotel Europa, Gonzalo Hidalgo confeccionaba la coartada de su mujer, tras llamar al servicio de habitaciones y pedir una botella de champagne «Veuve de Clicquot».

Poco antes de que apareciera el camarero, el escritor abrió los grifos de la ducha y colocó una pequeña grabadora de casete junto al lavabo, preparada para reproducir.

—¿Quién es?

—Servicio de habitaciones, señor. Su encargo.

Gonzalo acudió a abrir la puerta, sonrió al camarero y le indicó dónde dejar el cubo de hielo, las copas y la botella de *champagne*. De inmediato, se palpó los bolsillos y frunció el ceño.

—Espera un momento.

–Oh, no es necesario, señor...

–Pues claro que sí. Quieto ahí –le ordenó.

Entró en el cuarto de baño y simuló hablar con su esposa por encima del rumor de la ducha.

–Cariño, ¿dónde tienes el monedero para darle algo al chico del servicio de habitaciones?

Oprimió el botoncito del Play y del aparato surgió la voz previamente grabada de Lorena.

«En mi bolso, que está sobre el sillón».

Quizá, sin más, habría sonado rara, excesivamente metálica, pero enmascarada por el sonido del agua cayendo sobre el plato de ducha, resultó plenamente convincente.

En caso necesario, el camarero afirmarí­a sin asomo de duda que la señora se estaba duchando en el momento en que él entró en la habitación. Y para que lo recordase todo con mayor nitidez, Gonzalo Hidalgo sacó del bolso de su mujer un billete de veinte euros y se lo tendió al chico.

–Toma. Para ti.

Los ojos del camarero casi se salieron de las órbitas.

–Muchas gracias, señor. Es muy amable, señor. Muchísimas gracias –repitió, mientras salía del cuarto, entre reverencias versallescas–. Si necesita cualquier otra cosa no tiene más que marcar el treinta y tres. A cualquier hora.

–Muy bien, Lo tendré en cuenta.

En cuanto se vio solo de nuevo, Hidalgo cerró los grifos de la ducha y se sentó a esperar el regreso de su mujer. Si todo iba como estaba planeado, este se produciría en un plazo de entre diez y quince minutos.

Finalmente, fue algo mayor: dieciocho minutos, tras recorrer a la inversa el camino que la había llevado antes del Europa al Mediterráneo, incluido el paso intermedio por la estación de autobuses donde cambió de taxi.

–¿Todo bien? –preguntó Gonzalo, al verla entrar.

–De maravilla –confirmó ella, sonriente, echándose en sus brazos.

Se sentían como dos actores de cine interpretando a un matrimonio de espías.

–¿Seguro que ha ido todo bien? –insistió él, después de un beso de minuto y medio durante el que su mujer le mordió el labio inferior hasta casi hacerle sangrar.

Ella afirmó de nuevo, con la respiración amplia y los ojos brillantes.

Mirándola, Gonzalo llegó a pensar por un instante si no habría tomado cocaína o alguna otra droga similar. Pero eso era algo absolutamente impensable en alguien como Lorena.

–Entonces, vamos a cambiarnos ya –indicó él–. Tenemos que estar en el cine dentro de cincuenta minutos.

Lorena se despojó de la peluca y las lentillas de color y ambos se vistieron con la misma ropa que habían traído. Después, bajaron a recepción y pidieron que les trajeran su automóvil. Cuando el aparcacoches estacionó el Jaguar ante la puerta principal, ella se puso al volante mientras él, que no tenía carné de conducir, ocupó el asiento del acompañante.

Se dirigieron al Astrolabio, un centro comercial de reciente apertura situado a las afueras de la ciudad, al que llegaron veinte minutos después. Aparcaron en el parking subterráneo, de pago, que muy poca gente utilizaba fuera de los fines de semana, únicos días en que los aparcamientos gratuitos se llenaban hasta los topes. Ahora se hallaba casi vacío y estacionaron en una plaza amplia, muy cerca de la puerta de acceso a la zona de multicines.

Aunque había ascensor directo, subieron por las escaleras mecánicas. Compraron dos entradas para ver Piratas del Caribe, un reestreno de la pasada temporada que ya conocían y cuyo argumento, llegado el caso, resultaba fácil de contar. Además, habían comprobado de antemano que se trataba del pase cuyo horario y duración mejor encajaba con sus planes.

Compraron en el ambigú el envase de palomitas más grande que se ofrecía, una cocacola igualmente enorme y un Toblerone. Ella conservó en su bolso el tique de caja.

No había mucha gente en la sala seis. Quince, veinte personas, a lo sumo. Se sentaron en la última fila, la de los mancos.

–Apaga el móvil –le indicó Gonzalo a su mujer, mientras él hacía lo propio.

Lorena se comió con avidez un triángulo del Toblerone y dio un trago enorme a la cocacola mientras lanzaba sobre su marido una mirada incendiaria.

–Casi me das miedo –susurró él.

EY no era para menos. En cuanto se apagó la luz, ella se subió la falda y obligó a su marido a meterle la mano entre los muslos.

–¿Qué haces?

–Aprovecha.

–¿Qué?

–Que subas la mano –le ordenó ella–. Hay sorpresa.

La sorpresa consistía en que no se había puesto bragas.

–Pero Lorena... esto es un disparate. Sabes que tenemos que marcharnos de aquí en diez minutos.

–Tiempo más que suficiente. Siempre he sido muy rápida. ¿O es que ya no te acuerdas de cuando éramos novios?

A los diez minutos de iniciada la proyección, tras recomponerse la ropa entre risas sofocadas, los esposos Hidalgo se levantaron y se marcharon, sin que nadie los viera, por la salida que desembocaba directamente en uno de los pasillos de la galería comercial. En una enorme papelera arrojaron las palomitas, la cocaola y la chocolatina triangular. Abandonaron el edificio por la primera puerta que encontraron y, rodeándolo, se dirigieron al aparcamiento exterior, donde esa misma mañana, en una zona alejada de las cámaras de vigilancia, Lorena había dejado aparcado un anodino Ford Focus de alquiler. Lo había retirado de la estación de Renfe, en el mostrador de una empresa de alquiler de medio pelo, en la que le habían permitido pagar la fianza en metálico, tras utilizar la misma documentación, a nombre de Francisca Aguilar, que le había servido para registrarse en el hotel Mediterráneo.

A bordo del Ford, regresaron los dos a la ciudad y se dirigieron al garaje de su propia casa, al que se accedía por la calle trasera, casi siempre solitaria. No tenían cámaras ni ningún tipo de control sobre el acceso. Aparcaron el Focus en el hueco que habitualmente utilizaban para el Jaguar.

Cuando se cerró tras ellos la puerta de compás y Lorena apagó el motor del coche, sus corazones latían tan fuerte que casi podían escucharse en medio del silencio.

–Ha llegado el momento –murmuró Gonzalo, tras respirar hondo un par de veces y apoyarse la mano en el pecho, como si con eso pudiera calmar aquel galope desenfrenado de su víscera cardiaca.

Se apeó del auto.

En el garaje habían preparado el día anterior una bolsa grande de basura que contenía un mono de trabajo negro, pasamontañas, guantes, zapatillas de deporte y una especie de chanclos negros para cubrirlas.

Mientras él cambiaba su ropa por estas prendas negras, ella fue metiendo, en una pequeña mochila también negra, la bolsa con el cuchillo que Mario había utilizado para cortar la tarta y, además, otro cuchillo idéntico, aunque con el mango de diferente color, para no confundirlos. Luego, metió también en ella las dos bolsas que contenían el vaso de whisky con las huellas de Mario;

y los calzoncillos del chico.

Una vez listo, Gonzalo se echó la mochila a la espalda y comprobó la hora en su reloj.

–Debería estar de vuelta en una hora, como máximo –le dijo a su mujer.

Se besaron de nuevo, como dos agentes secretos.

Antes de dirigirse a la puerta que comunicaba el garaje con la casa, le recordó a su mujer que tenía algo más que hacer.

–No te preocupes –respondió ella–. Lo haré ahora mismo.

Salió él.

Ella sacó de su bolsillo un juego de ganzúas que habían comprado el pasado sábado en un mercadillo de segunda mano que se celebraba cada semana cerca de la lonja de pescadores. Eligió una de las «espadas» y la introdujo seis o siete veces con fuerza en la cerradura de la puerta que comunicaba el garaje con la calle. Se preocupó de que la operación dejase marcas claras en el exterior del bombillo.

Luego, depositó las ganzúas en la bolsa de basura. En ella se desharian de todo aquello que pudiera incriminarles. Desde la maletita que había usado para verse con Supermario, los guantes de látex, la ropa que ahora vestía Gonzalo, las ampollas vacías de anestésico... Lo que más duelo le hacía era deshacerse del sujetador, el tanga, el ligero, las medias y los zapatos de tacón. Verse vestida con ese conjunto le había supuesto un subidón de autoestima. Pero los planes minuciosos están para seguirlos al pie de la letra.

Por la información que le había facilitado su hijo sobre la fiesta de esa tarde, cuando accedió a la casa Gonzalo calculó que el juego de asesinos y vampiresas ya tenía que haber comenzado hacía un buen rato.

Para subir a la buhardilla decidió evitar las escaleras, en las que podría cruzarse con algunos invitados, y utilizar un montaplatos que partía de la cocina y que casi nunca se usaba. La semana pasada había comprobado que funcionaba perfectamente y que era lo bastante amplio como para acomodarse dentro, si se acurrucaba en él con las piernas cruzadas.

Mientras ascendía, encogido como un caracol en el interior del montaplatos, pensaba que el corazón le iba a estallar. Hasta ahora, todo había salido bien. Mejor que bien: a pedir de boca. Pero en sus novelas policiacas, siempre fallaban los planes. Era eso lo que les daba tanta emoción: que surgían imprevistos que trastocaban las previsiones de los ladrones o de los asesinos. Cuando escribía, le daba igual que los personajes sufriesen toda clase de

percances y descabros. Los personajes de una novela son siempre seres despreciables que tratan de hacer justo lo contrario de lo que desea el escritor. Pero ahora ya no le daba igual. Ahora, él era el personaje y todo tenía que salir bien. Todo iba a salir bien. Esto no era una novela sino la vida. Y en la vida, realmente, hay muy pocos imprevistos. La inmensa mayoría de la gente transita por sus vidas como un enjambre de abejas, cada una con su cometido, siempre haciendo lo que debe, sin sorpresas. Eso es lo que tenía que pasar hoy: que todo discurriese según lo planeado.

El montaplatos se detuvo de golpe y también lo hizo su corazón, durante unos instantes, aunque enseguida se reanudaron los latidos.

Sudaba. Nada más lejos de la vida del escritor que la vida del delincuente.

Una vez en la buhardilla, Gonzalo se dirigió a un pequeño trastero en el que se guardaban útiles de limpieza, algunas alfombras y otros cachivaches, situado el centro del pasillo, entre las habitaciones del ala izquierda y las del ala derecha. Había elegido ese trastero porque la puerta estaba compuesta por tablillas oblicuas de madera, que impedían la visión del interior desde fuera, pero que a él, mientras estuviese dentro, sí le permitían entrever de cintura para abajo a quienes le pasaran por delante. Y con eso le bastaba.

El trastero carecía de cerradura pero, una vez en su interior, sí aseguró la puerta mediante un cerrojillo interior. Y se dispuso a esperar. Había calculado que dispondría de cuarenta y cinco minutos como máximo para localizar a su víctima y completar el plan. La oportunidad tenía que presentarse dentro de ese plazo.

Cuando llevaba veinticinco minutos dentro del trastero sin haber podido cumplir su objetivo, sintió que le flaqueaba el ánimo. Sudaba como un galeote. Los nervios se lo comían vivo.

En esa media hora escasa, había visto pasar por delante de la puerta del trastero no menos de una docena de pares de piernas desnudas, tanto masculinas como femeninas. Había asistido a diversas persecuciones entre chicos y chicas, respiraciones agitadas, risas nerviosas, grititos cercanos a la histeria y algunas frases entre misteriosas y lapidarias de las que se había quedado con dos: «chúpate esta, gilipollas» y «muere, muere y muere, maldita zorra chupasangres». Esta última, le pareció que podría utilizarla en alguna de sus novelas.

Pero el tiempo pasaba. El escritor empezaba a entrever la posibilidad de que todo su meticuloso plan se fuera al traste.

Y, de pronto, la suerte se le puso, por fin de cara. Por fin, localizó a su presa.

En el exterior, hacía ya un rato que el alumbrado público había sustituido la luz natural, así que, por la claraboya que recorría el techo del pasillo, solo el resplandor anaranjado de las farolas de la calle permitía continuar con el juego. Fue entonces cuando vio pasar por delante de su escondite dos piernas enjutas, velludas, con sendas cruces gamadas tatuadas por encima de los tobillos.

Ahí estaba. Era él. Su objetivo. Su víctima.

Se le encogió el estómago al tiempo que el corazón tomaba carrerilla antes de lanzarse al galope. Ahora, de repente, ya no disponía de tiempo para pensar. Tenía que actuar con rapidez. Intentó abrir la puerta para seguir al chico, pero no pudo.

—¿Qué demonios...? —se preguntó justo en el momento en que se percataba de su error.

Había olvidado quitar el cerrojo.

Gonzalo másculló una blasfemia para sus adentros, lamentándose de su torpeza, mientras, con mano temblorosa, buscaba al tentón el pasador metálico, que tintineó al descorrerlo.

Perdió con todo ello unos segundos preciosos y cuando, por fin, logró liberar la puerta y salir al pasillo, Adolfo Cascallana ya no estaba a la vista. Gonzalo se maldijo a sí mismo por haber sido tan lento. Sin embargo, consiguió calmarse. Haber salido del reducido espacio del trastero le proporcionó serenidad. Aún había tiempo sobrado de que todo saliera bien. Lo importante era no perder los nervios.

Consideró improbable que el chico hubiese recorrido el pasillo por completo en los pocos segundos que a él le llevó salir del trastero, de modo que tenía que haberse metido en alguna de las habitaciones. Salió y avanzó en silencio por el corredor, prestando atención a los cuchicheos procedentes del interior de los cuartos.

Descartó las dos primeras puertas de cada lado. Escuchó voces femeninas en la siguiente y la descartó también. Decidió probar a abrir la tercera de su derecha. Cuando lo hizo, de un rápido vistazo comprobó que estaba vacía. Cerró y siguió adelante. En el siguiente cuarto había dos chicos desnudos besándose sobre la cama. Ninguno de ellos era Adolfo y, por suerte, estaban tan entretenidos el uno con el otro que no se percataron de su presencia.

La cosa se ponía fea. Había malgastado como un idiota la oportunidad que

buscaba y quizá ya no tuviese otra. Pensó en regresar al trasterito y seguir esperando, pero supuso que ya era demasiado tarde. Optó por ser más audaz y detenerse allí mismo, en medio del pasillo, la espalda pegada a la pared. Aguardó, inmóvil. Ataviado como iba, de negro de los pies a la cabeza, podía pasar casi desapercibido en medio de aquella penumbra.

Su audacia tuvo recompensa cuando, apenas dos minutos más tarde, vio a Adolfo salir de una de las habitaciones del ala derecha y entrar en la situada justo enfrente. Gonzalo se sintió eufórico. Volvía a estar en el juego. Su plan seguía adelante.

Solo cometió el error de moverse antes de tiempo.

Si se hubiese quedado quieto, Adolfo no lo habría descubierto; pero sí lo hizo, en el último momento. Seguramente, no llegó a ver más allá de una sombra difusa en medio de la oscuridad, pero se puso en guardia.

Gonzalo corrió con sigilo pasillo adelante y trató de abrir la puerta tras la que se ocultaba su presa; pero la encontró cerrada. Adolfo había echado el pestillo. El escritor sonrió, sin embargo. Los cerrojos de todas las puertas de la casa podían abrirse desde fuera utilizando un destornillador de pala ancha o, incluso, una simple moneda de dos euros. Gonzalo la llevaba preparada. La introdujo en la ranura, giró un cuarto de vuelta y accionó de nuevo el picaporte. Siguió sin poder abrir la puerta. Ahora, el chico debía de sujetar el picaporte con la mano mientras bloqueaba la hoja de madera con su cuerpo.

Gonzalo comenzó a sudar a chorros, mitad por los nervios, mitad por el esfuerzo. Forcejeó con Adolfo tratando de no armar mucho escándalo. Intentó abrir la puerta varias veces, empujándola con todas sus fuerzas, pero no lograba vencer la resistencia del chico. En otras dos ocasiones logró girar el cerrojo, pero Adolfo consiguió cerrarlo desde dentro.

Algunos relámpagos se colaron a través de la claraboya, anunciando la feroz tormenta eléctrica que se iba a desatar en apenas unos minutos.

Gonzalo se dio cuenta de que aquello no tenía sentido. No podía con él. Decidió cambiar de estrategia y jugar al despiste. Adolfo no podía sospechar quién era ni lo que pretendía. Seguramente, lo confundía con otro de los jugadores. Así que dejó de forcejear, abrió y cerró con cierta violencia dos de las puertas cercanas, como si su interés se hubiese trasladado de escenario. Dejó que transcurriesen un par de minutos, permaneciendo al acecho. Intentaba tragar saliva pero tenía la boca seca como el esparto.

Tres relámpagos deslumbrantes casi seguidos, como tres fogonazos

eléctricos, intercalados entre tres truenos espeluznantes, parecieron darle la señal para intentarlo de nuevo.

Las farolas de la calle se apagaron al cortarse el fluido eléctrico y con ello la penumbra se convirtió en oscurísima oscuridad.

Entonces probó de nuevo a pillarlo por sorpresa.

Giró con la moneda el cerrojo, muy lentamente y, de inmediato, giró con rapidez el picaporte y empujó la puerta de nuevo con todas sus fuerzas.

Esta vez, lo consiguió.

Gonzalo irrumpió en el cuarto, cerró la puerta tras de sí, intuyó un bulto entre la penumbra y se abalanzó sobre él, iniciando con Adolfo un forcejeo sordo en el que varias veces se golpearon contra las paredes y derribaron adornos y figuritas. Finalmente, trabados uno en el otro, cayeron ambos sobre la cama. Fue esa circunstancia la que aprovechó Gonzalo para clavarle al chico los dos pulgares en la garganta y romperle la tráquea. Le resultó desconcertantemente sencillo.

Un nuevo trueno, como el redoble seco de mil tambores, rubricó la muerte de Adolfo Cascallana.

Tras unos segundos imprescindibles para recobrar el aliento, Gonzalo se levantó y abrió la puerta del cuarto de baño. Luego, cargó con el cadáver hasta arrojarlo sin muchos miramientos dentro de la bañera. Solo se preocupó de que quedase boca arriba.

Sacó entonces de su mochila el cuchillo de cocinero y le rebanó con él la garganta de oreja a oreja. Se extrañó de que no saliera mucha más sangre, hasta que cayó en la cuenta de que el corazón de su víctima había dejado de latir y ya no la impulsaba por las arterias. Pese a eso, una silenciosa marea roja se deslizó por el pecho y el abdomen del chico hasta alcanzar el fondo de la bañera y, luego, siguió su camino lento hacia el desagüe.

El escritor abrió el grifo del lavabo, limpió el arma cuanto pudo bajo el chorro de agua y se la guardó de nuevo en la mochila. Entonces sacó el otro cuchillo, el que tenía las huellas de Mario en el mango. Lo extrajo con cuidado de la bolsa de plástico en que su mujer lo había guardado, impregnó la hoja con la sangre de Adolfo, abrió la ventana y lo arrojó por ella al jardín, donde cayó entre unos arbustos. La policía lo encontraría fácilmente.

A continuación sacó de la mochila el vaso de whisky, que dejó sobre el lavabo, y el calzoncillo de Mario, inevitablemente lleno de restos de ADN de su dueño. Pensaba frotarlo por el cuerpo de la víctima pero, en el último momento, le pareció una acción poco determinante y decidió improvisar.

Abrió la boca del cadáver y le metió la prenda dentro.

Sabía que trataba de un gesto estrafalario, que dejaría perplejos a los investigadores de la policía que, sin duda, buscarían explicaciones rarísimas para aquella fetichista conducta del asesino.

Le divirtió pensar en los quebraderos de cabeza que les iba a producir una decisión tan injustificada como sobrevenida. Quizá incluso llegasen a pensar que se trataba de un loco. ¿No había un sanatorio mental cerca de allí, a la orilla del mar?

Por fin, echó un último vistazo al falso escenario del crimen y, satisfecho, lo abandonó. El fluido eléctrico seguía cortado y la oscuridad era casi completa, pero conocía al detalle su propia casa y no tuvo dificultades para moverse por ella con seguridad y sigilo.

En un primer momento se dirigió hacia el montaplatos pero cayó en la cuenta de que no funcionaría sin electricidad, así que tuvo que cambiar de planes y descender por la escalera de caracol. Finalmente, bajó al garaje, donde su mujer lo esperaba al volante del coche de alquiler.

–¿Todo bien? –le preguntó ahora ella a él.

–Todo bien –le respondió él, aunque con una voz que no parecía la suya.

Gonzalo volvió a cambiarse de ropa. Las prendas usadas y la mochila fueron a parar a la bolsa de basura.

Justo cuando concluía la operación, regresó la luz. En el momento oportuno.

Al parecer, hasta FECSA se ponía de su parte. Todo salía a pedir de boca.

Metió la bolsa de basura en el maletero del Ford, bajó el portón y se sentó en el asiento delantero derecho.

–Vámonos, cariño –dijo, abrochándose el cinturón de seguridad.

Salieron del garaje en medio de una tormenta espectacular, con truenos, rayos, centellas, un vendaval tremendo y solo algo de lluvia.

Aunque su destino final era de nuevo el centro comercial Astrolabio, no recorrieron el mismo camino que a la ida. Deliberadamente, dieron un considerable rodeo para arrojar a un contenedor del barrio de La Salina la bolsa de basura negra con todo su contenido.

De vuelta en el centro comercial, aparcaron exactamente en la misma plaza del parking exterior de la que habían salido noventa y cinco minutos antes.

Cuando Lorena Gómez-Córdoba apagó el motor del Ford Focus y quitó la llave de contacto, la tormenta se alejaba y su marido mantenía la mirada clavada en la punta de sus zapatos.

De pronto, el escritor consultó su reloj.

–Queda aún casi media hora para que acabe la película –dijo, programando la alarma de su Longines para que sonase veinticinco minutos después.

Se les hizo larga la espera, en la que no cruzaron palabra.

El pitido que emitió el reloj los pilló desprevenidos y les hizo dar un respingo.

–Vamos.

–Estoy agotada –confesó la mujer.

–Ánimo. Casi lo hemos conseguido.

Salieron del coche. Las tiendas habían cerrado y tan solo los restaurantes y los cines del Astrolabio permanecían abiertos. Apenas se veía a nadie caminando por el centro comercial. La tormenta había espantado a los clientes.

Cuando Gonzalo y Lorena se acercaban a la zona de los multicines, divisaron un grupo de unas veinte personas que se dirigían a la salida y supusieron que serían sus compañeros de sesión.

Ellos se encaminaron hacia el parking de pago.

Abonaron la tarifa del aparcamiento con una tarjeta de crédito y Gonzalo le solicitó recibo a la máquina.

Cuando montaron en el Jaguar, Gonzalo le recordó a su esposa que encendiera de nuevo su teléfono móvil. Él hizo lo propio y en cuanto los dos terminales se conectaron con la red, comenzaron a emitir sonidos electrónicos, dando cuenta de varias llamadas perdidas y mensajes recibidos durante la última media hora.

Los esposos intercambiaron una mirada inquieta.

–Ya está. Lo han descubierto. Tiene que ser la policía. ¿Devolvemos la llamada?

–Por supuesto –dijo él, oprimiendo el botón verde.

La señal sonó solo tres veces antes de que descolgasen.

–¿Señor... Hidalgo de Amezcoaga?

–Al aparato, sí. He visto que tenía varias llamadas perdidas desde su número...

–Así es. Soy el inspector de policía Julián Baretta. Estoy en su casa del paseo marítimo y... no tengo buenas noticias.

El escritor contuvo un escalofrío. Comenzaba la comedia.

–Dios mío... ¿qué ha ocurrido? ¿Mis hijos están bien?

–Sí, sí, no se preocupe por eso. ¿Está usted con su esposa?

–Así es. Acabamos de salir del cine, en el Astrolabio, por eso habíamos apagado los teléfonos...

–¿Pueden venir a su domicilio lo antes posible, por favor?

–Por supuesto. Pero... ¿qué ha pasado? Por favor...

–Se lo explicaré cuando lleguen. Tranquilícense porque, ya le digo, sus hijos están bien. Conduzcan con cuidado.

–Podemos estar allí en... diez minutos, calculo.

–Que sean quince. Les espero.

Gonzalo colgó, miró a su mujer y ambos se cogieron de la mano.

–Espero que no hayamos pasado nada por alto –dijo él.

–Seguro que no, cariño, pierde cuidado. El guion era impecable. Como el de cualquiera de tus novelas. Eres el mejor.

CAPÍTULO TERCERO

8 DE AGOSTO

ELISA

La primera vez que vi a Elisa fue a contraluz.

Un precioso contraluz mediterráneo, blancodorado de arena; azul de cielo y mar. Era como... como un cuadro de Sorolla pintado por Modigliani. Más o menos.

Y, de pronto, entre el Sorolla y mis pupilas, se interpuso una silueta que lo invadió todo y me dejó a oscuras la vista y el corazón. Hasta estuvo a punto de darme un calambre.

Aquella silueta era la de Elisa, claro, aunque en ese momento yo aún lo ignoraba.

Fue también el instante en que caí en la cuenta de que las guitarras españolas tienen forma de mujer. Seguramente es algo archisabido pero yo, hasta entonces, en mi inocencia de bachiller, pensaba que las guitarras tenían forma de guitarra; que alguien, en algún siglo remoto y musical, había descubierto que esas curvas que todos asociamos al instrumento son las adecuadas, suficientes y necesarias para conseguir su sonido preciso y característico. O que resultaban ideales para apoyarlo en el muslo y tocarlo sentado con comodidad. En fin, esas tonterías pensaba yo de las guitarras hasta que, en esa mañana playera, se me hizo evidente, como una revelación, como un relámpago de sabiduría, que las guitarras de todo el mundo tenían forma de Elisa.

Y eso, que yo aún no sabía que Elisa se llamaba Elisa. Lo iba a descubrir unos segundos más tarde.

Lo que sí intuí desde el primer instante fue que aquella silueta aún anónima no había irrumpido en mi campo visual para pasar de largo y hacerme reflexionar sobre los orígenes de la guitarra española sino para quedarse.

De entrada, me ocasionó un verdadero terremoto fisiológico; y no lo digo

solo por el amago de calambre. Además, me aceleró a fondo el ritmo cardíaco, multiplicó por tres mi nivel de sudoración y me dejó la boca seca como un esparto.

Este último síntoma quizá fue el más significativo, si tenemos en cuenta que, quince segundos antes, se me estaba cayendo la baba. Como suena.

Llevaba media hora en la tumbona. Dado que la noche anterior Nicolás y yo habíamos vuelto a casa muy tarde –o muy pronto, como decía mi padre, con retintín– cuando abrí los ojos a causa de una pesadilla espantosa en la que José Luis Moreno me obligaba a conversar sobre balonmano con el cuervo Rockefeller en uno de sus programas televisivos, el resto de mi familia ya había desaparecido de casa, así que desayuné solo.

Tras zamparme mis habituales seis magdalenas con colacao, estuve tentado de volver a la cama, pero hacía tanto calor en nuestro apartamento, escrupulosamente orientado al sureste, que me pareció mucho más razonable intentar seguir durmiendo a la orilla del mar, acariciado por la brisa y arrullado por el chapoteo de las birriosas olitas del Mediterráneo.

En treinta segundos y seis décimas me puse el bañador, me calé mis Ray-Ban de imitación, cogí mi toalla de «The Matrix» y me lancé a la calle, camino de la playa, dos manzanas urbanas y un paseo marítimo más allá.

Desde el pretil del paseo localicé enseguida a mi madre y mis hermanos que, cuando bajaban a la playa, se colocaban siempre exactamente en el mismo lugar, como si el libre albedrío no existiera o aquellos diez metros cuadrados de arena les pertenecieran por derecho de sangre. Y viendo que una de las tumbonas alquiladas estaba libre, me lancé sobre ella como un jaguar hambriento. Cinco olas más tarde, estaba ya durmiendo; y, como pude comprobar después, lo hacía con la boca abierta y la saliva fluyendo por la comisura derecha de mis labios hasta depositarse como un charquito pringoso sobre la tela de la tumbona. Qué vergüenza, Dios mío.

–Ernesto... chico... ¡Ernesto!

–¡Uaaah...! –grité, dando un respingo–. ¿Gué? ¿Gué basa?

Abrí los ojos. A pesar de las Ray-Ban apócrifas, me sentí deslumbrado y confuso.

–Mira, Ernesto, esta chica tan mona es Elisa, la hija de mi amiga Paqui. Digo, que como tenéis la misma edad, igual podíais quedar alguna tarde para ir a tomar un helado a La Ibense.

Aunque en un primer momento me había parecido la voz de Matías Prats, enseguida comprendí que era la voz de mi madre diciendo cosas inconexas sobre hijas, amigas, tardes y helados. Me senté en la tumbona desorientadísimo, secándome la barbilla con el antebrazo, y ese fue el preciso momento en que se situó ante mí, como un enorme eclipse total de guitarra, la silueta perfecta de Elisa.

Creo que nunca lo olvidaré. No tenía el cuello tan largo como el mástil de una guitarra, pero casi, casi; en cambio, poseía un par de piernas formidables; las piernas que toda guitarra e incluso alguna bandurria, ha soñado tener alguna vez.

Vestía un bikini que, además de minúsculo, era fino como una segunda piel, de manera que, a primera vista, tuve la sofocante sensación de que Elisa se había plantado desnuda ante mí.

–Hola –dijo ella, con aplomo y envidiable dicción.

–Hola –balbuceé yo, como un idiota.

Intenté levantarme para darle dos besos, que es lo propio en estas situaciones, pero la tumbona se negó en redondo. Debí de aplicar el esfuerzo para incorporarme en un punto indebido y, sin más ni más, el respaldo se plegó sobre mí, al tiempo que las patas delanteras se doblaban hacia delante, de modo que quedé atrapado por el artilugio en una posición ciertamente indigna y, lo que es peor, sin capacidad alguna de maniobra.

–¿Pero qué haces? –oí gritar a mi madre–. ¡Que vas a romper la tumbona! ¡A ver si nos la van a hacer pagar por tu culpa! No me digáis que este chico no parece tonto de remate. ¡Anda, levanta de ahí de una vez y deja de hacer el ridículo!

–Que... no... puedo –gemí, sofocadísimo, mientras me sentía atrapado entre las valvas de la tumbona como un mejillón al vapor.

Menos mal que Elisa parecía tener más sentido común que nuestras respectivas madres, se percató rápidamente de mis apuros y decidió acudir en mi ayuda.

–Quieto, no te muevas... Voy a intentar mover esta pieza... ¡Uuuf...! Nada, que se ha atascado. ¿No puedes plegarte un poco más? Yo creo que si cerramos el respaldo hasta el siguiente clic, conseguiremos abrirlo y liberarte.

–Es que no... ¡Aaah...! No doy más de mí, te lo juro...

–Qué poco elásticos sois los hombres...

Por fin, inesperadamente, el mecanismo de la tumbona cedió y logré escapar de sus fauces cuando ya me veía engullido, digerido y posteriormente

defecado por el malvado artilugio ante los ojos de aquella preciosidad.

–¡Bravo! ¡Conseguido!

Exclamó Elisa, jubilosa, alzando los brazos, mientras yo buscaba recuperarme de la angustiada experiencia vivida y el bochorno padecido. No había durado más de un minuto, pero se me había antojado larga como una misa concelebrada. Luego, ella se volvió hacia mí con una sonrisa... Y eso resultó aún más paralizante que lo de la tumbona. ¡Qué sonrisa, por Dios! Nunca pensé que un ser humano pudiera tener tantos dientes, tan blancos y tan perfectos.

–¿Estás bien? –me dijo, palpándome la espalda–. .Llevas ahí un rosetón...

–Que se convertirá en moretón –dije, completando el pareado–. Pero estoy bien, gracias. No ha sido nada, en realidad. Una tontería. Una torpeza de las mías, ya has oído a mi madre.

–Bueno, las madres... Menos mal que solo tenemos una cada uno. Eso aparte, jamás había visto una tumbona tan feroz como esta. Ha sido impresionante. ¡El famoso número de la tumbona carnívora! Se lo podrías ofrecer al Circo del Sol.

Sonreí de circunstancias, aunque empezaba a darme cuenta de que había hecho el más terrible de los ridículos en el momento en que me presentaban a una de las chicas más despampanantes que había conocido en mi vida, lo que no me hacía ni pizca de gracia. Mi amor propio, convertido en escabeche de verdel, me gritaba al oído: «¡No se puede ser más torpe ni caer más bajo, Ernesto, chaval!»

–Sí, bueno... no ha tenido importancia. En fin, oye, me... me, me, me, me llamo Ernesto.

–Sí, ya lo he oído. Ernesto. Ernesto, ¿verdad?

–Ernesto, sí.

Sonrió. Sonreí.

–Es un nombre curioso. No conozco a ningún otro Ernesto de carne y hueso. Solo a los que salen en los libros.

–¿Qué...? ¿En los libros? ¿En qué libros?

–Hombre, no van a ser los de contabilidad. Gente famosa, quiero decir. Personajes de enciclopedia.

–¡Ah, ya...! Ya, ya. Como... ¿Cómo quiénes?

–Pues como... el Ché Guevara, Hemingway, Borgnine...

–Sí, sí, ya... Eeh... ¿Quién dices? ¿Bornin?

–Borgnine. Ernest Borgnine. Ernest, que es lo mismo que Ernesto. Un actor

de cine americano. ¿No te suena?

–La verdad, así, de pronto... Es que yo, de cine...

–A mí, me encanta.

–¡No, y a mí! A mí también me encanta el cine, te lo juro. Pero ese Borgnine la verdad es que no... ¿es muy famoso?

Elisa me miró ahora alzando las cejas.

–En realidad... no. Al menos, no tanto como para que todo el mundo lo conozca. Pero a Hemingway sí lo conoces.

–¡Huy! A ese, sí. Ya lo creo. Menudo actorazo.

–Escritor.

–Eso. Escritor. Escritor.

Era más alta que yo. Me di perfecta cuenta de ello cuando me miró por encima del hombro. Su sonrisa había perdido brillo.

–Bueno, Ernesto, me ha encantado conocerte –dijo, de pronto, en tono de despedida apresurada.

–Y a mí. A mí, más.

–Ya. Qué bien. Bueno... hasta otra, ¿eh?

Cuando se dio media vuelta, casi me caigo de espaldas. Lo que llevaba no era un tanga, pero tampoco un bikini normal. Digamos que estaba a mitad de camino entre una cosa y otra, de modo que mostraba aproximadamente un cincuenta y cinco por ciento de los músculos glúteos. El culo, en cristiano. Un culo exquisito, dicho sea de paso. Un culo de museo. Pero un culo que se alejaba de mí.

No podía permitirlo.

Todas mis alarmas internas se pusieron a aullar como locas. Tenía que hacer algo para retenerla, aunque no sabía qué. De pronto, se me encendió la luz.

–¿Has leído «Adiós a las armas»?

Elisa se detuvo y, luego, lentamente, se volvió hacia mí con el ceño fruncido. Tardó en contestarme.

–No, pero sí he visto la película.

–¿La de Gary Cooper?

–La de Rock Hudson.

–¡Ah, sí! Pero es mucho mejor la de Gary Cooper, dónde va a parar. Tiene uno de los finales más bonitos de la historia del cine. En todo caso, a mí me gustó más el libro.

–El... libro.

–Sí, ya sabes: el libro de Hemingway, el actor. Digo, el escritor.

Elisa permaneció unos segundos seria. Muy seria. Como perpleja. Y, de pronto, se echó a reír y regresó junto a mí, fingiendo que quería pegarme con el puño cerrado.

–Serás maldito... ¡te estabas haciendo el tonto conmigo!

–No, no, no, te lo aseguro. Lo que pasa es que... no sé, el incidente de la tumbona me ha debido de dejar *groggy* unos instantes y no razonaba con claridad. Pero ya estoy mejor. Incluso recuerdo ya quién es Ernest Borgnine. Solo tenía que ponerle un uniforme de oficial de la Marina o una camisa hawaiana. Es ese tipo que sonreía mucho mientras sacudía unos puñetazos terroríficos, ¿verdad?

–Ese, sí.

Entonces me di cuenta de que, realmente, no era más alta que yo. Es que el sitio donde estábamos, la zona de arena lisa y húmeda que lamían las olas, se hallaba muy inclinada y yo me había situado en la parte baja, la más cercana al mar. De hecho, cuando Elisa se me acercaba, tenía que levantar la vista para no mirarle directamente al escote. Pero si nos colocábamos en el mismo plano, no era más alta que yo. Ni hablar. Aunque, eso sí, con tacones de aguja me ganaba, seguro, seguro.

Me la imaginé un momento, solo un momento, con aquel bikini y tacones de aguja, iluminada como ahora, a contraluz... y casi me da un sofoco.

Mientras, a ella le chispeaban los ojos de un modo sospechosísimo.

–¿Sabes? Eres el primer chico que me sorprende en lo que llevamos de verano.

–¿En serio? Yo estaba seguro de que una chica como tú se pasaría la vida de sorpresa en sorpresa.

–Pues no, mira. Y por eso estaba pensando... ¿Te apetece venir esta tarde a una fiesta?

Aunque estuve a punto de dar un salto, me encogí de hombros, aparentando cierta indiferencia.

–Pues claro. ¿Qué clase de fiesta?

–Una especial. La organiza una amiga mía en su chalet del paseo marítimo. Sus padres están fuera y tenemos toda la casa para nosotros –segúa mirándome de un modo eléctrico. Electromagnético, más bien–. Será una fiesta-nube.

Me miró. La miré.

–Sabes lo que es, ¿verdad?

Una fiesta-nube. No tenía ni la menor idea.

–Por supuesto. Sí, sí... ¿Cuánta gente irá?

–Bueno... eso nunca se sabe. Veinte, treinta personas... tal vez más. Solo gente de nuestra edad, ¿eh? Ni niños ni viejos de veintitantos.

–Pues... vale. Oye... ¿puedo llevar a un amigo? De nuestra edad, por supuesto.

Se me acercó mucho. Me apoyó las manos en las caderas y me susurró al oído.

–Solo si es tan guapo como tú.

¡Vaya! Con aquello empecé a darme cuenta de cómo era Elisa: una descarada, que diría mi abuela. Al menos, en verano. Claro está, que los calores del verano alteran un tanto el comportamiento de las personas. O eso creo yo.

Sonreí antes de replicar.

–Lo siento. No tengo amigos tan guapos como yo.

–Lo sospechaba –dijo ella, propinándome un pellizco en mi futuro michelín. Ni tan modestos tampoco, seguro.

Rió. Reí. La cosa pintaba bien.

–Naturalmente que puedes llevar a tu amigo –concluyó-. Faltaría más. Le diré a mi amiga Mireia que os apunte en la lista de invitados.

–Estupendo. ¿Quedamos un poco antes y acudimos juntos a esa fiesta?

Elisa frunció los labios de un modo encantador y misterioso.

–No. Mejor nos vemos allí. ¿Te parece?

–Sí, claro. Lo que tú digas. ¿Dónde es?

Me cogió por la muñeca izquierda y me dibujó sobre la piel del antebrazo un enorme «16», rasgando con la uña mi primoroso bronceado.

–Paseo marítimo, chalet número dieciséis. Uno, seis. A partir de las ocho.

–Ajá. ¿Hay que llevar algo? Quiero decir: un regalo de cumpleaños o algo de comer u otra cosa.

–No, no. No es una fiesta de cumpleaños ni nada por el estilo. No hay que llevar nada. Nada de nada. De eso se trata, ¿no?

–Sí. De eso se trata –dije, sin entender ni gorda.

–La merienda la pone mi amiga, la dueña de la casa. Su padre tiene mucha pasta. Es escritor.

Sacudí la cabeza.

–¿Su padre es escritor y tiene mucha pasta? Ahí hay algo que no encaja. ¿No será «constructor» en lugar de «escritor»? Como suenan parecido... o a lo mejor resulta que la que tiene dinero es su madre.

Elisa volvió a reír.

–No, seguro que no. Conozco a Mireia porque nuestras madres fueron muy amigas de pequeñas. Pero al terminar los estudios, la mía se casó con un funcionario de Hacienda del que se divorció hace seis años y, en cambio, la madre de Mireia con un aspirante a escritor que entonces no era nadie. Y ahora, mira, le salen los billetes de banco por las orejas.

–Mireia, has dicho.

–Sí. Mireia Hidalgo de Amezcoaga y Gómez-Córdoba.

–¡Caray...! Más le vale tener mucha pasta, porque las tarjetas de visita le tienen que salir carísimas.

–¡Pero qué majo y qué ingenioso eres! –me piropeó, dándome unos cachetitos en las mejillas.

–Nos vemos allí a las ocho, entonces, Elisa.

–Allí a las ocho nos vemos, sí. Ernesto.

Se despidió de mí con dos besos lentos. En las mejillas, pero lentos. No sé si me explico. Un beso lento es más... es más. Más beso. Por cierto, que Elisa olía de maravilla. A cataratas del Caribe o a esencia de raíces de palmera cocotera. Algo así. Tropical, exótico, indefinible.

Cuando se había alejado unos pasos, volví a llamar su atención. Estaba claro que mi subconsciente no quería que se fuera. Ni yo tampoco, en realidad.

–¡Oye! ¿Llevarás a tu novio a la fiesta?

Ella me miró, sonriendo; pero ahora sin enseñar los dientes.

–¿Quién te ha dicho que tengo novio?

–Un... pajarito –respondí, mientras sentía una punzada de decepción.

–Pues dile a tu pajarito que está mal informado. No tengo novio.

–Mis tres palabras preferidas. Aunque... quizá el pajarito quiso decir novia.–Pues tampoco. En estos momentos, ni lo uno ni la otra. Iré sola. *Ciao!*

–*Arrivederci*, Elisa.

Y, silbando el tema de El Padrino, se alejó de mí por vez primera, caminando por la arena con más garbo que un banderillero de la cuadrilla del Viti. Yo me quedé allí, embobado, convertido en sal, como una versión masculina de la mujer de Lot, mirando cómo se alejaba hacia poniente, hasta que su figura se convirtió en un puntito minúsculo en la lejanía. Estoy seguro de que ella sabía que yo la miraba.

Que la miraba a contraluz.

NICOLÁS

Pasé el resto de la mañana intentando dormitar directamente sobre la toalla extendida en la arena. No quería saber nada más de tumbonas, aunque auténticos rebaños de ellas en estado salvaje me perseguían en sueños cada vez que me quedaba frito.

Sin embargo, al despertar, a quien veía, una y otra vez, en una especie de holograma cutre proyectado entre la sombrilla y el horizonte, era a Elisa. Y, una y otra vez, su recuerdo me aceleraba el pulso.

Ese día, comimos arroz de nosequé, como la mitad de los días del verano. La verdad es que la falta de imaginación culinaria de mi madre empezaba a resultarme inquietante. ¿Serían los primeros síntomas de la demencia senil? Cierto es que mi madre aún no había cumplido los cincuenta, pero tanta insistencia con el arroz bomba me empezaba a resultar sospechosa.

Al terminar la comida, llegada la hora del café, me faltó tiempo para despedirme de mi familia y acudir como una flecha comanche a casa de Nicolás, mi colega veraniego, donde acababan de comer macarrones con tomate y filete a la plancha. Otros que tal, Pascual.

Al entrar, le di a su madre dos besos, que es una cosa que yo sé que les gusta mucho a todas las madres de todos los amigos del planeta Tierra. Ella, a cambio, nos hizo solemne entrega a su hijo y a mí de sendos bombones almendrados que sacó del congelador del frigorífico. Con ellos en la mano, salimos a la terraza y nos acodamos en la barandilla de aluminio. Al fondo, se veía el Mediterráneo; pero tan, tan al fondo que parecía el Pacífico.

—¿Cómo tan pronto por aquí? —me preguntó Nico—. Normalmente, sueles esperar a que termine «Saber y ganar».

Sonreí sin poder evitarlo, ante el recuerdo de Elisa y su bikini.

—Es que... hoy ha ocurrido algo extraordinario. Nico, amigo mío... creo que esta mañana he conocido a la chica de mis sueños.

—¿Otra vez?

—¿Cómo que otra vez?

—Hombre, Ernesto, hace tres años que nos conocemos y todos los veranos encuentras al menos dos veces a la chica de tus sueños y otras tantas a la mujer de tu vida. Y supongo que durante el resto del año te seguirá ocurriendo lo mismo de cuando en cuando, ¿no?

Di un mordisco al bombón almendrado y me imaginé mordiéndole la oreja a

Elisa. Debía de tener un sabor parecido, entre dulce y amargo.

–En esta ocasión, es diferente. La he conocido en la playa. Se llama Elisa y es hija de una amiga de mi madre. ¡No me digas que no es casualidad! Con la de millones de mujeres que hay en el mundo, la chica de mis sueños bien podía haber sido una desconocida: una turca, una coreana del norte exiliada en Cincinatti, qué sé yo... Pues no: resulta que es la hija de la Paqui. ¿A que se trata de algo asombroso?

–Y tanto. Una coincidencia astral. Deberíamos llamar a Iker Jiménez a ver si nos lleva a «Cuarto Milenio» para hablar del tema. Y hablando de casualidades: seguro que, por mera casualidad también, la chica de tus sueños llevaba un bikini pequeñísimo.

–Pues... ya que lo dices, sí. Un bikini diminuto, es verdad. No recuerdo de qué color era, pero sí que le sentaba de maravilla.

–Ya, ya...

El tono. Ese tono de listillo que usa Nicolás tan a menudo.

–¡Eh! ¡Eh, eh! ¿Qué insinúas? El bikini no ha tenido nada que ver. ¡Nada! Además, ¿qué es un bikini en la playa? Lágrimas en la lluvia. ¡Si hay más tías en topless que en bikini!

–Pero hay bikinis que valen más que cualquier topless.

–Anda, no te pongas filosófico. Lo que tengo claro es que me habría enamorado de ella instantáneamente aunque hubiese ido vestida de astronauta.

–Eso habría que verlo. ¿Y a qué se dedica, la tal Elisa?

A veces, Nicolás me descoloca.

–¿A qué se dedica? ¿Cómo que a qué se dedica? ¡Y yo qué sé...! Esta mañana, a pasear por la playa. ¿Qué importancia tiene?

–Hombre, a ver... ¿encuentras a la mujer de tu vida y no se te ocurre preguntarle si estudia, trabaja o hace política?

–No es la mujer de mi vida. Es la chica de mis sueños.

–Ah, disculpa. En ese caso...

–Y nos ha invitado a una fiesta.

Nicolás lamió un churretón de helado derretido que le resbalaba por la mano.

–¿A quiénes ha invitado, dices?

–A ti y a mí.

–¿A mí? Si no me conoce de nada.

–Pero he mentido por ti como un bellaco y le he dicho que eras un tipo de fiar y más guapo que yo. La fiesta es esta misma tarde, en uno de los chalets

del paseo marítimo.

Nico dejó caer la mandíbula inferior. Si no la hubiese llevado enganchada al cráneo, habría terminado en el suelo.

–¡Sopla! ¿Vive en uno de los chalés de primera línea? Entonces, ya sé a qué se dedica tu chica: futbolista de primera división.

–No, hombre, que la de la fiesta no es su casa. Me ha dicho que era la casa de una amiga suya que es hija de un escritor famoso. O de un constructor mafioso, no me ha quedado claro.

–¿Y vamos a ir?

–¡La pregunta! ¡Pues claro que vamos a ir, Nico, por Dios! Tengo que intentar ligarme a Elisa por todos los medios a mi alcance. Mi futura felicidad y la perpetuación de mi apellido dependen de ello. Desde que la he conocido no concibo tener descendencia si no es con ella.

–Por descontado, no hay ningún otro miembro de tu familia que pueda conservar el «García».

–De primero, no. Mi padre solo tiene hermanas.

–Me hago cargo: una catástrofe.

–Ahora recuerdo que Elisa me ha dicho que se trataba de una fiesta-nube. ¿Tú sabes lo que es eso?

Nico frunció el entrecejo como un profesional.

–¿Fiesta-nube? Fiesta-nube... Me parece haberlo leído en alguna revista... ¿No será una «fiesta en la nube» o «fiesta en las nubes»?

–Podría ser. ¿Qué es eso?

–No sé. Nada. Lo he dicho a bulto, por si a ti se te ocurría algo.

–Ya te digo que no. En fin... no creo que tenga mucha importancia. En todo caso, esta tarde lo averiguaremos.

–Eh, eh, para el carro, que yo aún no he dicho que vaya a ir a esa fiesta. Para empezar: ¿es gratis?

–Gratis total. Ni siquiera hay que llevar un regalo.

–Entonces, sí. Me apunto.

CON MUCHO MARGEN

Nico y yo acudimos a las inmediaciones del número dieciséis del paseo marítimo con una hora de margen sobre el horario indicado. Hacía el típico calor angustioso, pegajoso y amargo, tan apreciado por los guiris, propio del

mediterráneo occidental.

Nico me miró con disgusto, pasándose la mano por el pescuezo para retirarse el sudor.

–Aún no entiendo qué hacemos aquí con tantísimo adelanto. ¿No me habías dicho que la fiesta empieza a las ocho? –me preguntó.

–A las ocho, sí, a las ocho. Pero... conforme pasaban las horas, me he dado cuenta de que hay algo que no acaba de gustarme en todo este asunto. Tengo una mala sensación.

–Estupendo. ¡Y me lo dices ahora!

–Es que... se trata de algo impreciso, Nico; difícil de expresar. Como si mi intuición masculina me dijese que se trata de una trampa.

–¡No fastidies...!

–O una broma o algo así.

Nico me miró con la boca entreabierta y la mirada turbia.

–Chico... no sé si será el calor o el índice de ozono, pero la verdad es que no te entiendo. ¿De qué diablos me hablas? ¿Qué es eso de una trampa?

–¡No lo sé! No te lo puedo explicar mejor. Ya te digo que es un... un presentimiento.

–Un husmo.

–Yes.

Nos sentamos en la terraza de un bar cercano. Nico pidió un café con hielo y yo una horchata, que resultó ser de botellín y sabía a agua de fregar.

Pero la consumición era lo de menos. Lo importante era que, desde aquel estratégico velador, podíamos vigilar perfectamente la entrada principal de la casa, un chalet imponente, de dos plantas más buhardilla habitable, rodeado por un jardín de tamaño solo un poco menor que el campo de golf de Augusta y con una piscina en la parte posterior que habría podido albergar pruebas olímpicas de no ser porque superaba con creces las medidas reglamentarias.

Tras unos minutos de observación, silencio y pésima horchata, me decidí a hablar de nuevo.

–Yo creo que lo que me da mala espina es que Elisa no haya querido quedar con nosotros antes para venir juntos hasta aquí. Me ha dado por pensar... ¿y si nos hace venir a la fiesta y ella no acude?

–Bueno... –dijo Nico, alzándose de hombros–. Si hay una fiesta con tías y podemos entrar a ese pedazo de chalé, a mí me da igual. Elisa es la chica de tus sueños, no de los míos.

–¿Y si se trata de una broma de mal gusto?

–Salvo las que hace uno mismo, todas las bromas son de mal gusto, te recuerdo –sentenció Nico, que era muy sentencioso cuando se ponía.

–Quiero decir... Imagina, por ejemplo, que no hay ninguna fiesta. Nosotros, como dos pardillos, nos presentamos allí, llamamos al timbre, nos abre un mayordomo con charreteras que nos echa a la calle con cajas destempladas y hacemos el ridículo mientras Elisa y sus amigos, que nos observan desde lejos, se tronchan de risa.

Nico se volvió para mirarme, muy serio.

–¿Sabes? Aún no conozco a esa chica y ya empieza a caerme mal.

–Oye, calma, que yo no digo que vaya a ser así. Es solo una... una posibilidad. Por eso he querido venir antes de hora. Así que vamos a esperar aquí hasta que la veamos entrar. Si ella acude, entramos nosotros también.

–Y si no acude, lo intentamos de todos modos. ¿Vale?

–¿Aun a riesgo de hacer el ridículo?

–Yo he hecho el ridículo tantas veces en mi vida, que estoy vacunado.

Hasta las ocho menos veinte no vimos a nadie entrar en la casa y nos temimos lo peor. Pero, a partir de ese momento, el paseo marítimo se convirtió en un desfile de jóvenes modelos con destino al número 16. A la hora oficial de comienzo, estaba más que claro que lo de la fiesta no era ningún invento: algo más de una treintena de chicos y chicas de nuestra edad, a cual más guapo, elegante y sonriente, habían entrado en la casa en los últimos minutos.

Curiosamente, Elisa no estaba entre ellos.

–¿Dónde se habrá metido? –murmuré, intranquilo.

–A lo mejor no es muy puntual. Lo que está claro es que fiesta sí hay –dijo Nico, frotándose las manos– y aparentemente, coincide con lo que ella te dijo. Incluso más, porque he visto entrar en esa casa a algunas auténticas preciosidades. De esas chicas con las que nunca te cruzas por la acera porque siempre se desplazan en coches descapotables de color rojo. El mejor de los escenarios posibles. Y ahora que lo pienso... ¡vaya fallo!

–¿Qué?

–Tendría que haberme puesto mi Rolex de imitación. ¡Atrae a las chicas como un imán!

–Por favor, Nico, no seas ingenuo. Tu Rolex atrae a las poligoneras con las que sales en Valladolid. A estas de aquí no les das gato por liebre. Mejor que no lo hayas traído.

–¡Ay, qué mala es la envidia...! ¡Qué mala! Lo que te gustaría es tener un

reloj como el mío. Si quieres, te puedo conseguir uno a buen precio.

–Lo que me mosquea es que Elisa siga sin aparecer. No sé qué pensar, porque esta mañana... –de pronto, se me paró el pulso–. ¡Ay! ¡Espera! Espera, espera...

–¿Qué pasa?

–Creo que es aquella... –exclamé, afilando la mirada en el bordillo de la acera contraria–. ¡Sí! Sí, sí, ahí está. Ahí viene. Sí, sí, sí... mírala, mírala: esa es. ¿A que es una chavala impresionante?

–¿Cuál? ¿La de la gorra de béisbol que pone «I love Salou»?

–¡No, memo! La de atrás, la de los pantalones piratas y la camisa azul con flores.

–¿Esa?

–Esa. ¿Qué te parece? ¡Pero no la mires, demonios!

–Si no la miro, ¿cómo voy a decirte lo que me parece?

–Vale, puedes mirarla. ¡Pero con absoluta discreción, por Dios!

–Descuida. Ya sabes que soy más discreto que un espía mudo. Tú, vuélvete de espaldas. A ver... a ver... escaneo completo... Hombre, sí, la chica está francamente bien. Yo me habría interesado más por la de la gorra de béisbol, pero hay que reconocer que es mona, sí.

–¿Mona? ¿Eso es todo lo que se te ocurre? ¡Pareces a mi madre!

–No, bueno, bien... la muchacha es guapa, no se puede negar. Un poco... rellenita, quizá. ¿No?

–¿Rellenita? ¿Pero de qué hablas? Está... maciza. Maciza, que no es lo mismo que gorda.

–Yo no he dicho gorda.

–Has dicho rellenita para no decir gorda, que te lo he notado. Pero no tienes ninguna razón. Está imponente. Lo que pasa es que a ti te gustan escurridas porque tienes el buen gusto en el sobaco.

–¡Ya estamos...! En cuanto no te digo lo que quieres oír, empiezas a meterte conmigo. ¡Pues me da igual! Los amigos están para decirte las cosas claras: la mujer de tus sueños es guapa, no hay duda. Pero tiene mucho culo y pocas tetas.

–¿Pocas tetas? ¡Pero si tiene las justas! ¡Dos! ¿Cuántas quieres que tenga? ¿Nueve?

–Ja, ja, ay, que me troncho. ¡Ya sabes lo que quiero decir, idiota! Que tiene poco pecho.

–No, no, no, no... perdona, pero no. De eso, nada. Te aseguro que tiene unas

tetas estupendas, que las he visto de cerca esta mañana. Con la forma idónea y el tamaño perfecto.

–Y su pezoncito en el centro.

–Natural. Además, ya sabes que las chicas con mucha delantera me, me... me agobian. Se me va la vista adonde no debe y me pongo muy nervioso tratando de evitarlo. Nervioso y bizco.

–Pues, nada, no te preocupes, que esta no te va a poner nervioso en absoluto.

–¿Qué insinúas?

–Nada, pelma. Bueno, ya tienes ahí dentro a tu Julieta Montesco. ¿Qué? ¿Vamos hacia allá?

–Capuleto.

–¿Eh?

–Julieta es Capuleto, no Montesco. Romeo es Montesco.

Nico chasqueó la lengua.

–Ya lo sabía. Era solo para comprobar si estabas atento. Entonces... ¿vamos o qué?

–Espera otros cinco minutos.

–¡Vas a conseguir que me dé una apoplejía, Ernesto! ¿Cinco minutos más? ¿A qué viene eso?

–Si entramos justo ahora, parecerá que estaba esperándola para entrar detrás de ella.

–¡Que es exactamente lo que hacías! Hemos estado esperando a que ella llegase. Como ya ha llegado, ahora entramos nosotros. ¡Mira que es fácil!

–¡Pues no quiero que se note!

Nico gruñó como un perro de aguas.

–Hombre, Ernesto, no es por ponerme pedante, pero hasta donde yo sé, esto de ligar hay que hacerlo de forma patente.

–¿Eh?

–Quiero decir... la chica tiene que darse cuenta de que vas detrás de ella para poder mandarte a freír espárragos. O para darte vía libre, en su caso. Menos probable, pero también posible.

–¡En absoluto! Para ligar con una chica lo mejor es la indiferencia. Es la única forma de que ella se interese por ti.

Nico se me quedó mirando un rato largo, con la mandíbula cruzada y cara de compasión.

–Juraría que hemos tenido esta misma discusión los últimos tres veranos. Y

seguimos discrepando. Con mucha gente como tú, la humanidad se habría extinguido antes que los dinosaurios. A mí me encantaría mostrarme indiferente y que, solo con eso, las tías me persiguiesen por la calle. Pero las cosas no funcionan así, calamidad. Somos nosotros los que tenemos que ir tras ellas, que es lo que se ha hecho desde la edad de piedra, no hay más. Está en nuestro ABS.

–Será en nuestro ADN.

–También.

ROSALINDA

No esperamos cinco minutos sino más de diez. Pero, por fin, ante el impecable argumento de Nico de que estaba dispuesto a romperme en la cabeza el botellín de horchata si no nos levantábamos, orientamos nuestros pasos hacia la casa, atravesamos el jardín delantero y llamamos a la puerta principal.

Nos abrió una criada sudamericana, bajita, con cofia y cara de no habernos perdonado lo de Pizarro y Cortés.

–Buenas tardes –saludé–. Venimos a la fiesta.

–Sus nombres, por favor.

–Ernesto García y Nicolás Molinero.

La mujer tomó una tablilla con un largo listado y lo repasó de arriba abajo.

–No figuran. Lo lamento.

Aunque me esperaba algo así, suspiré fingiendo fastidio.

–Perdone. ¿Cómo se llama usted, señora?

–Rosalinda, para servirle.

–Verá, Rosalinda: mi amigo y yo tenemos que estar en esa lista de un modo u otro. A la fuerza. Nos ha invitado personalmente la señorita Mireia. Mireia... Hidalga de Córdoba. Veníamos acompañando a la señorita Elisa, pero nos hemos demorado buscando estacionamiento para el Ferrari y ella se nos ha adelantado. Ha entrado hace diez minutos.

–¿Elisa qué más?

Suspiré.

–Elisa... nosequé. La hija de la Paqui. Mire en esa lista, haga el favor. No puede haber muchas Elis.

Rosalinda volvió a repasar los nombres del listado y, esta vez, se detuvo en

uno de ellos.

–Elisa Montoya y dos más.

–¡Exacto! Los dos más, somos nosotros. ¿Ve? Uno y dos.

La mujer nos miró con un puntito de desconfianza, pero asintió.

–Adelante, pues.

Nos abrió paso a través de un amplio vestíbulo hasta una puertecita lateral por la que accedimos a un pasillo muuuy largo. Al final del pasillo se abría una habitación interior, con varios sillones, diversos espejos y percheros portátiles, con abundante ropa colgada de los mismos. Mi primera sensación fue la entrar en el trasvestidor de un teatro o en el *backstage* de un desfile de modelos.

La criada nos entregó una percha de madera a cada uno.

–Tengan. Pueden colgar aquí la ropa y todo lo demás. Luego, salgan por aquella puerta de color blanco –nos dijo, señalando al fondo–. Pásenlo bien.

Y, acto seguido, sin haber esbozado ni un amago de sonrisa, Rosalinda nos dejó allí plantados mientras ella se marchaba por donde habíamos venido.

PLAYBOY

Cuando nos quedamos solos, Nico y yo nos miramos, perplejos como lémures, cada uno con nuestra percha de madera en la mano.

–Que colguemos aquí la ropa. Eso ha dicho, ¿verdad?

–Y todo lo demás –confirmé yo–. Y todo lo demás. ¿Qué será lo demás?

–¿La vergüenza, quizá?

–¿Y qué nos ponemos a cambio?

–No sé.

Deslizamos una mirada por los percheros portátiles, de los que colgaba ropa de los chicos que habíamos visto entrar en la casa antes que nosotros.

Nico se aproximó a ellos y echó un vistazo más detenido.

–Aquí han dejado hasta los calzoncillos.

–¡Claro! –exclamé, cayendo en la cuenta–. ¡Tendríamos que haber traído bañador! La fiesta será en la piscina. ¡La fastidiamos!

–Bueno, bueno, no perdamos los nervios –me suplicó Nicolás–. Vamos a buscar a Rosalinda y que nos preste unos bañadores. En una casita de vacaciones como esta tiene que haber docenas de armarios repletos de bañadores de todas las tallas.

–Mira que le pregunté a Elisa: ¿Hay que llevar algo? Y ella: Qué va, no hay que llevar nada. Incluso me dijo: De eso se trata.

Mis últimas cuatro palabras quedaron suspendidas en el aire, sujetas al vacío por un silencio largo y sospechoso tras el que Nico se volvió hacia mí, con el ceño fruncido.

–A ver, a ver... ¿Te dijo: «no hay que llevar nada: de eso se trata»?

–S... sí.

–Huy.

Se produjo un nuevo silencio. De once segundos en esta ocasión y tras el cual levanté las manos para pedirle a mi amigo que se mantuviese quieto y callado mientras yo me dirigía a la puerta que la criada nos había indicado como salida. La abrí muy lentamente apenas un dedo y eché un vistazo al otro lado. Daba directamente al inmenso jardín privado que rodeaba la piscina. Por allí andaban, entre risas, algunos de los invitados a la fiesta. Volví a cerrar, con todo sigilo.

–Están desnudos –anuncié.

–¿Qué...?

–Totalmente desnudos. Todos desnudos. Como si nada. Paseando, correteando como cervatillos, chapoteando y riendo. En pelotas, tú.

A Nico, las cejas le dibujaron dos arcos altísimos y ojivales, como los de una catedral gótica, al tiempo que se llevaba las manos a los huesos temporales. Luego, cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia delante.

–Oh, señor... ¡ya sé lo que pasa!

–¿Sí?

–¿Cómo no he caído antes?

–¿En qué?

–Esto no es una fiesta-nube ni una fiesta en la nube. Lo entendiste mal, inútil. ¡Es una fiesta-nude! ¡Nu-de! Que en inglés británico significa «desnudo».

–¿Qué...? Pero, pero... ¿y eso qué es?

–La propia palabra lo dice: Una *nude-party* es una fiesta en la que todo el mundo va desnudo. Se pusieron de moda en los años setenta, entre los hippies y otras tribus de entonces. ¿Has oído hablar a tus padres de los guateques?

–Hombre, claro.

–Pues las *nudes* eran lo mismo pero con todos en bolas. Hace poco leí en un Playboy que vuelven a estar de moda pero, ahora, entre la gente de mucha pasta.

–¡Anda! ¿Tú lees el Playboy?

–¡No cambies de conversación, demonios!

Me llevé las manos a la nuca y di dos vueltas completas a la habitación.

–¡Madre mía...! Madre mía, qué lío. Ya sabía yo que esa chica no era de fiar. Mira dónde nos ha metido. Esto es un disparate. Un disparate mayúsculo, nunca mejor dicho.

–¿Nunca mejor dicho?

–Mayús-culo.

–¡Ah! Pues no lo había pillado. Chico, es que cuando te pones intelectual...

–¡Pero esto tiene que ser ilegal! Si viene la policía y nos encuentra a todos desnudos, pasaremos la noche en el calabozo. Y mi padre ya me ha advertido que él no paga fianzas.

–¿Qué tontería estás diciendo? ¿Desde cuándo desnudarse en una fiesta privada es un crimen? El robo con escalo es un crimen. Pero esto, no.

–No empieces a liarme con tus opiniones legales. La cuestión es diferente y bien clara: ¿Qué hacemos? Hay que tomar una decisión.

Nicolás se encogió de hombros, como si se tratase de la situación más normal del mundo.

–No perdamos la calma y centremos el tema. Las opciones son solo dos: o nos vamos o nos quedamos.

–¡Vale! En efecto. Analicemos la situación. Hay algo que está muy claro: esto no es lo que esperábamos. Hemos venido aquí pensando que acudíamos a una fiesta y resulta que nos encontramos con algo completamente diferente.

Mi amigo alzó las manos de inmediato.

–Hombre, diferente, diferente, tampoco. Sigue siendo una fiesta. El principal problema es que tienes un oído que parece una oreja y en lugar de «nude», entendiste «nube».

–Es que si hubiese entendido bien, a lo mejor no te habría invitado a venir. Ni habría venido yo.

–Vaya por Dios... Entonces, ¿qué? ¿Nos vamos?

–Yo creo que sí, que deberíamos irnos.

Nico resopló como un cachalote adulto.

–¡Pues, hala, nos vamos!

Nos dirigimos a la puerta de salida. Nicolás echó mano al picaporte. Pero, en lugar de abrir, se quedó quieto.

–¿Qué pasa? –pregunté—. ¿Está cerrada? ¡Nos hemos quedado encerrados! ¡Lo sabía! Esto no es más que una trampa...

Nico, ahora, inspiró con lentitud mientras alzaba la mano enérgicamente para hacerme callar. Habló después, calmadamente.

–Oye, Ernesto... eres un buen amigo, aunque solo nos veamos en verano, y no me gusta discutir contigo pero... escúchame un momento, por tu madre. Por tu madre y por tu padre. Estarás de acuerdo conmigo en que esto es algo que no nos va a volver a pasar en la vida.

–¿El qué?

–¿Qué va a ser? Que, aunque sea de carambola, estamos invitados a una fiesta privada en la mansión más lujosa de la ciudad. Y al otro lado de aquella puerta blanca, algunas de las chavalas más crujientes que yo he visto en mi vida se pasean de aquí para allá como sus madres las trajeron al mundo. Entre ellas, te recuerdo, la futura madre de tus muchos hijos apellidados García. Y nosotros, ante semejante panorama... decidimos que nos vamos a marchar. ¿Es que estamos mal de la cabeza, por Dios? –gritó.

El silencio que siguió a las palabras de mi amigo duró lo que se tarda en recitar un haiku. Bueno, dos. Al final de ese tiempo, se me hizo la luz.

–¡Maldita sea, Nico! ¡Tienes toda la razón! ¡De acuerdo, nos quedamos! –exclamé–. Pero no me dejes pensar. ¡Vamos! ¡Ya! ¡Ya! ¡Una, dos y tres!

En menos de lo que cuesta contarlos, nos despojamos de las camisas, nos quitamos los pantalones, nos sacamos los calzoncillos, nos descalzamos, lo colgamos todo en las perchas de cualquier manera y corrimos ya desnudos hacia la puerta blanca.

–¡Espera! –gritó Nicolás en el último momento.

–¿Qué pasa ahora?

–¡Tengo una última duda! ¿Qué crees que es lo adecuado? Mostrarse tranquilo y... y... y con el material en reposo o... ¡o lo contrario! Ya me entiendes.

–¡Y yo qué sé, Nico, por favor! Es mi primera *partytude* o como se diga. Tú, fíjate en los otros tíos y procura... procura hacer lo que hagan ellos.

–No sé si podré. No sé si podré, porque soy muy mal imitador, te lo advierto.

–Yo, desde luego, estoy tan nervioso que... bueno, ya lo ves, más mustia no la puedo tener, así que no creo que tenga elección. Al menos, de momento.

–NI elección ni erección. ¡Je! ¡Ejem...! Disculpa...

–Hala, venga, vamos allá antes de que me arrepienta... y que sea lo que tenga que ser.

CROQUETAS PARA TODOS

Abrimos la puerta blanca. Un sol carmesí, de final de la tarde, nos deslumbró durante unos instantes, pero ni la mitad de lo que nos deslumbraron los cuerpos esculturales de las primeras invitadas a las que echamos el ojo: una morena y una pelirroja que regresaban trotando en cueros de la barra libre, con sendos vasos de refresco en las manos y que nos saludaron con un gestito de la mano y una sonrisa.

Nico les devolvió el saludo, entusiasmado.

–¿Has visto? –me preguntó en voz baja cuando pasaron de largo, mientras se volvía para mirarlas de reojo–. ¡Esos dos monumentos nos han sonreído! ¡No me lo puedo creer! Por la calle, vestidos, ni nos habrían mirado.

–Cierto.

Mi amigo apretó los puños, en señal de triunfo.

–¡Querido Ernesto! ¡Camarada! Esto es un sueño. ¡La victoria del comunismo!

–¿De qué hablas?

–¿No lo entiendes? –exclamó, exultante–. Este jardín es el verdadero edén igualitario. Aquí ya no cuenta la ropa de marca ni la cadenita de oro ni el tintinear de las llaves del BMW. Aquí, cada cual vale por lo que es y no por lo que posee. ¡La constitución!

–¿Qué tiene que ver la Constitución con esto?

–No la Constitución sino la constitución. La constitución física de cada cual. Las medidas, la sonrisa y el encanto personal: ese es el único patrimonio válido. ¡El paraíso socialista!

–Y, además, se acerca bastante al paraíso de la Biblia. Mira: ¿aquello no es un manzano del bien y del mal? Ah, no, que es un sauce.

– Y encima, por lo que veo, allí hay bebidas gratis. ¡Y croquetas! ¡Y medianoches de fuagrás! ¡Gracias, Dios mío, por haberme dado salud para vivir esta tarde-noche!

–Nico... ¡Nico, espera! –exclamé, cuando él ya se dirigía como un misil de baja cota hacia la carpa de las croquetas.

–¿Qué pasa?

–Verás... ¿te importa que nos separemos? Ya sabes que yo he venido aquí a ver si puedo ligar con Elisa, así que pensaba ir a buscarla. Ya mismo.

Nico se llevó ambas manos al pecho.

–¿Que si me importa...? ¿Que si...? ¡Por favor, claro que no! Para eso

estamos los amigos. Tú ve a por tu chica y no te preocupes por mí. ¡Al ataque! Ya sabes que yo me entretengo con cualquier cosita de nada. Sobre todo, habiendo canapés, cocacola gratis y tías en pelotas. ¡Hala! Ya nos iremos viendo por aquí. ¡Eh, escucha! Para no meter la pata, yo te hablaré solo si tú me saludas. Si no me saludas, ni te conozco. ¿Vale?

–Vale. Pásalo bien.

–Seguro que sí. ¡Pierde cuidado!

Lo vi alejarse, más contento que una fábrica de panderetas. Nico es de piel muy blanca y, sin embargo, estaba muy bronceado aquel año, así que la parte que habitualmente le tapaba el bañador, desde la cintura hasta medio muslo, brillaba con luz propia en la distancia.

Entonces pensé que a mí me debía de ocurrir algo parecido y sentí una punzadita en el estómago. Eché un discreto vistazo a mi alrededor. Me tranquilizó ver que los demás asistentes a la fiesta se hallaban en una situación muy similar a la mía. Exhibiendo zonas no bronceadas de la largura que se llevaba esa temporada en los bañadores. De las chicas, por su parte, algunas solo presentaban la marca de la parte inferior del bikini, por lo que deduje que tomaban habitualmente el sol en topless; pero la mayoría, mostraban en la piel la clara señal de las dos piezas. Solo me llamó la atención una pareja sin marcas, bronceados de la cabeza a los pies. Ella era una rubia lánguida y delgaducha, de esas que le gustan a Nico. Su acompañante, que era muy alto, parecía un tipo bastante estafalario. Con una imagen que no encajaba allí ni con calzador y que, claramente, pretendía evocar a Adolf Hitler, lo que me pareció de muy mal gusto. Llevaba el pelo peinado con raya a la derecha y un bigotito recortado. Y diversos tatuajes repartidos por todo el cuerpo. Pero tatuajes feos, en general. Algunos, de aspecto casi carcelario. Solo una Marilyn de cuerpo entero tatuada sobre el pecho merecía la consideración de obra de arte.

En ese momento, Hitler y la rubia discutían de forma acalorada, casi a gritos, en presencia de un chico bajito, rubio oscuro y de aspecto anodino, que parecía ser, con diferencia, el más joven de los asistentes a la fiesta.

Me dieron mala espina. Otra de mis intuiciones.

A la que no veía por ninguna parte, era a Elisa. Recorrí el inmenso jardín de punta a punta admirando algunos cuerpos espectaculares, tanto de chicos como de chicas, y cruzando con ellas sonrisas de alto voltaje. Al principio, procuraba mirar a todo el mundo a los ojos, porque me parecía lo más correcto. Hasta que me percaté de que los demás, sobre todo las chicas, no se

andaban con tantos remilgos y lanzaban la vista donde más les interesaba con un descaro feroz.

Pasada la primera media hora, prácticamente había desaparecido el pudor. Las chicas, y también algunos chicos, me seguían mirando de cuando en cuando, pero yo ya no me sentía observado. O, mejor dicho, ya no me importaba que me mirasen. Y yo también miraba a los demás de un modo mucho más... científico, digamos.

Pasaba el tiempo y Elisa no aparecía. Empecé a preocuparme.

Otra media hora más tarde, yo había estado escuchando un par de canciones de un grupo de música que tocaban, desnudos por supuesto, en un pequeño escenario situado a espaldas de la casa. Tres chicos y una vocalista bastante mona que hacían versiones de Mecano, los Beatles y La Unión. Perfecto. A mí, mientras no se trate de canciones de Manolo García, todo me parece bien.

También había jugado unas partidas de dominó haciendo pareja con un chaval que, según contó, ya tenía un Lotus Elise guardado en el garaje, aunque él todavía no se había sacado el carné de conducir. Perdimos contra una pareja de chicas que jugaban mejor que mi padre. Al final, les pregunté por Elisa. Ninguno de los tres la conocía ni por su nombre ni por la descripción que les di de ella.

El sol ya se escondía, pero la temperatura seguía siendo más que agradable para pasear sin ropa por el jardín.

ESPRONCEDA Y JENNY GUMP

Al fondo, más allá de la superpiscina, localicé una especie de cenador protegido por una pequeña carpa abierta. En su interior me pareció distinguir un grupo mayoritariamente masculino. Decidí acercarme hasta allí, siguiendo con la búsqueda de Elisa. De camino, me crucé con una chica con la que ya había conversado un rato antes sobre el *quattrocento* italiano. Lo juro. Es que, salvo excepciones, el nivel era de aúpa.

—Hola, guapo. ¿Vas a escuchar al grupo poético? —me preguntó ella.

—¡Ah! ¿Es un grupo poético?

—¡Bueno...! Eso se creen ellos. En realidad, son unos pedantes insoportables. Recitan poesía erótica, según su criterio. Pura basura. A las chicas se nos comen con los ojos, como todos los demás, pero ellos hacen como que no. Como si estuviesen por encima de la chusma. Son unos idiotas.

Escuchamos un corto aplauso procedente del cenador.

–Te agradezco la información. Aun con todo, voy a acercarme. Me pica la curiosidad.

–Te va a durar poco, me temo –me advirtió ella–. ¿Nos vemos luego?

El tono de la pregunta era intrascendente, pero estando ambos desnudos, sonó en mis oídos como una tórrida proposición. Imaginaciones mías, supongo.

–Me... me encantaría, claro que sí.

–También a mí. Por cierto, me llamo Luisa.

–Ernesto.

–No nos conocíamos de antes, ¿verdad, Ernesto? De antes de hoy, quiero decir.

–No. Seguro que no, Luisa. Lo recordaría.

Le dediqué mi mejor sonrisa y ella se despidió de mí con un mohín que habría tumbado a un búfalo adulto.

Al ganar algo de terreno pude ya distinguir bajo el entoldado tres largos sofás de cuero blanco formando una U, con una mesita baja en el centro.

Medio tumbados en los sofás y con aire indolente y algo romano pude observar a cinco tipos, desnudos émulos de Leopoldo Panero, con toda la pinta de pertenecer, en efecto, al famoso grupo poético. Otras siete personas – cinco chicas, dos chicos– aparecían sentadas en los brazos de los sofás o permanecían de pie, a modo de espectadores. Casi todos sostenían un vaso en las manos. Algunos papeles aquí y allá y tres o cuatro libros abiertos, completaban la escenografía.

Yo me aproximé a ellos con sigilo, procurando no interrumpir.

Uno de los componentes del grupo estaba terminando de declamar un poema.

...Mirándola los pechos
que a torno parecía estaban hechos
y el ojal del encanto
en que pecara un santo,
dijo: «¿Se ha de comer esto la tierra
sin más ni más? ¡Ah, calentura perra!
No lleve entre responsos y rosarios
toda la retención de mis monarios.»
Dicho y hecho: de un brinco

montó, enristró y al golpe con ahínco
quedó sin más que quepa,
clavada en su terreno aquella cepa.

El poemita, que luego supe era de Samaniego, fue recitado con muy poca gracia, pero causó exageradas risas y un aplauso rotundo y, a todos luces excesivo para los méritos del rapsoda, un tipo escuchimizado y feo y al que las erres le resbalaban lamentablemente entre los labios.

Tomó entonces el turno otro de los miembros del club. Lo hizo con mejor dicción que el anterior, pero con similar ausencia de gracia y donaire.

Creo inútil decir para consuelo
que, mientras llega tal fatal instante,
si alguna joder quiere, pelo a pelo,
puede en señal de reto echarme el guante;
que yo, que por mirar no me desvelo
lo que ha de suceder en adelante,
quiero morir jodiendo por sorpresa...
¡y que me entierren con la picha tiesa!

Los dos últimos versos provocaron la hilaridad de los espectadores. Yo, a estas alturas, me hallaba ya en un estado cercano a la estupefacción. Sinceramente, lo último que imaginaba encontrar en una fiesta como aquella eran unas justas poéticas de semejante calibre. O lo que quiera que fuese aquello, tan difícil de clasificar. Un nuevo recitador se lanzó al ruedo:

Juana, pues que no dais cabo
al tormento en que me veis
y de ordinario volvéis
a mis lástimas el rabo,
temo que queráis dinero.
Si es cierto lo que refiero,
bien podéis, de aquí adelante,
besarme en el consonante
que tiene el verso primero.

–Esto era de José Lezama Lima –explicó el rapsoda, tras los consiguientes aplausos.

–¿Y qué hay de Espronceda? –preguntó entonces uno de los miembros del grupo–. ¿No quedamos la última vez en que hoy sería nuestro poeta estrella? Alguien, no recuerdo quién, aseguró que había escrito un buen montón de poemitas subidos de tono a lo largo de su vida.

–Yo no me sé más que el de los cien cañones por banda –dijo una de las chicas–. Pero no es erótico. Bueno, salvo que una se imagine en pelota picada al capitán pirata cantando alegre en la popa.

El comentario de la muchacha me pareció lo más ingenioso de la reunión hasta el momento. Sin embargo, todos la miraron con desdén.

–Lo que yo creo –terció otra de las espectadoras– es que todo lo que habéis recitado, más que erótico es machista.

–Bueno... es que en esta ocasión hemos traído cosas antiguas –se excusó el último de los recitadores–. Siglo diecinueve y así. Y el diecinueve fue un siglo muy machista.

–El diecinueve, el veinte y el veintiuno, no te fastidia –sentenció ella, recibiendo unánime apoyo de sus congéneres.

–Venga, Julián –dijo entonces quien parecía comandar la reunión–. Márcate uno de Espronceda. Si lo has mencionado seguro que es porque has traído preparado algo del madrileño.

–Buena deducción, jefe. Voy para allá.

Estuve a punto de interrumpir para aclarar que, como todo el mundo sabe, Espronceda nació en Almendralejo. Pero preferí callarme, cosa rara en mí.

El tal Julián, al menos, se dignó ponerse en pie. Carraspeó y engoló la voz.

¡Cuán necios son los que al pulsar la lira
cantan a la mujer himnos de amores!
¡Cuán necios son si buscan la mentira
por consolar sus ansias y dolores!
Pues la mujer, si llora y si suspira,
es porque en sus histéricos furores
desea a un hombre que la ponga al cabo
pan en la boca y en el coño, un nabo.

Oyendo aquello, no se podía negar la calidad lírica de Espronceda y aquella octava fue, por tanto, recibida con auténtico alborozo. Para mí fue la

confirmación empírica de que los poetas románticos alcanzaban su máximo esplendor cuando se dejaban de alabanzas al amor puro y platónico e iban directos al grano.

Y, entonces, sucedió algo inesperado.

Resultó que una chica realmente preciosa, rubia y de imponente delantera, que se sentaba junto al líder de los poetas, en el brazo de su sofá, le cuchicheó algo al oído y de resultas de ello, ambos se volvieron hacia mí. Y, claro está, acto seguido todos los presentes hicieron lo propio, hasta hacerme recordar lo desnudo que seguía.

Habló el jefe de la banda. Él, al menos, tenía una bonita voz, eso sí.

–Me dicen que tenemos aquí a un espectador que merecería mejor localidad, pero que no se ha ganado el derecho a participar como uno más de esta fiesta poética. Al menos, de momento.

Yo hice el gesto de mirar a mi espalda, como si estuviera comprobando que no se dirigía a otro.

–¿Es a mí? –pregunté después.

–Es a ti, mancebo –dijo él, en una mala imitación de don Vito Corleone. O quizá de Boris Izaguirre, no sé–. Me indica Jennifer que cree conocerte y que ella piensa podrías ser digno de pertenecer a esta tertulia poeticofestiva; y no como mero oyente sino como miembro de pleno derecho. Claro está que, para ello, deberías deleitarnos antes con unos versos que sean de la aprobación de todos. Me pregunto si estarías dispuesto a ello.

Reconozco que me pirra el protagonismo. A mí, me das un micrófono y unos cuántos espectadores y me haces el tipo más feliz del mundo. Aquella vez no había micrófono, pero sí la oportunidad de demostrar que sabía recitar un poema –incluso un poema tan malo como aquellos– bastante mejor que todos los botarates que lo habían hecho antes. Solo necesitaba hacer memoria.

–Tal vez, tal vez –admití, empezando a aceptar el desafío–. ¿Y la pieza tiene que ser de Espronceda, obligatoriamente?

–Hombre, galán, eso sería perfecto. Pero no vamos a ponértelo tan complicado. Te daremos libertad de elección.

En lugar de hacerme el remolón, alcé las manos.

–¡Ah, no, no! No deseo privilegios. Si queréis Espronceda, será Espronceda. ¡Señoras y señores...! ¡Sea! De José de Espronceda, natural de Almendralejo, provincia de Badajoz, una octava dedicada a... ¡la mujer pública!

Las chicas habían ampliado las sonrisas y eso me animó.

Carraspeo suave y terciopelo en la voz. Arranque.

Y vosotras ¡oh, musas! que habéis dado
feliz inspiración a mil poetas
a quienes yo, furioso y enojado,
envié a fornicar y hacer puñetas;
vosotras, que de Olimpo en lo sagrado,
a Apolo le tocáis las castañetas
venid antes que acabe yo esta octava
con vuestros labios... a chuparme el haba.

Debo decir que aquella cosa tan sencilla y tan soez me dio caché de miembro del club poético para el resto de mi vida y que recibí por ella uno de los aplausos más inmerecidos de mi vida.

La rubia que había propiciado mi participación se me acercó entusiasmada y me abrazó sin miramientos ni recato alguno, además de estamparme un sonoro beso en los morros.

–¡Lo sabía! –exclamó después–. ¡Sabía que eras tú!

–Pues sí, soy yo, te lo aseguro –confirmé, un tanto perplejo–. Yo mismo, mismamente. ¿Nos conocemos?

–¡Pues claro! Tú estudiabas en el instituto Agustina de Aragón. ¿A que sí?

–Cierto. ¿Vas a decirme que tú también has sido alumna del «Tina»? No puedo comprender que no me acuerde de ti.

–Ah, no, no. Yo iba al Liceo Astoria, un privado trilingüe. Pero unas amigas mías me invitaban a vuestros festivales de fin de curso. ¡Y siempre los presentabas tú! ¡A todas las chicas nos encantabas! –¡Toma! ¡Y yo sin saberlo!–. Comentaban que los profesores de letras te ponían por las nubes: que si redactabas mejor que nadie, que si llegarías a ser un gran escritor...

–Sí, bueno... en cambio, el de matemáticas me garantizaba que jamás llegaría a apreciar la belleza de la ecuación de segundo grado.

Jenny rio como un cascabel de cincuenta y tres kilos.

–¿Y eso qué más da? ¿Quién quiere ser matemático? A las chicas nos gustan los escritores, no los matemáticos. Por cierto... ¿has venido con alguien a la fiesta?

–Pues... lo cierto es que sí, he venido con un amigo...

–¡Ah, ya entiendo...! Eres gay –me cortó ella, con exagerada desilusión–. Como todos los escritores.

–¿Eh? ¡No! No, no, en absoluto. Yo no... He venido con un amigo, pero solo es un amigo. De hecho, vamos cada uno por nuestro lado y... Oye, oye, ¿qué es eso de que todos los escritores son gays? ¿De dónde te has sacado semejante cosa? Los diseñadores de alta costura son gays, no los escritores. Bueno, supongo que habrá algunos escritores gays, pero no todos. A mí, por ejemplo, me gustan las chicas. Sin ninguna duda.

Jenny abrió mucho la boca y los ojos.

–¡O sea, que eres un escritor hetero! ¡Qué cosa tan rara y tan bonita! Por cierto, me llamo Jennifer. Jenny, para los amigos. Acabado en i griega. Jenny, como la de Forrest Gump. ¿Has visto Forrest Gump?

–¿Eh? Sí, sí la he visto. Dos veces, además. Encantado de conocerte, Jenny. Yo soy... me llamo Ernesto.

–¡Ernesto, claro, ahora me acuerdo! En aquellos festivales de fin de curso todas decíamos: ¡Qué original! Se llama Ernesto. Como Oscar Wilde.

Me eché a reír, hasta que me percaté de que lo decía en serio.

–Pero... no, mujer, Óscar Wilde se llamaba Óscar. Como Óscar de Hollywood.

–¡Anda! Pues ahora que lo dices...

–A lo mejor has hecho una asociación de ideas con «La importancia de llamarse Ernesto», que es una obra de teatro escrita por Óscar Wilde.

–¡Uuuf...! No creo. Yo no soy tan lista –reconoció Jenny, arrugando la nariz de un modo arrebatador.

Desde luego, no parecía muy lista. Pero resultaba encantadora en grado superlativo; de un encantador casi desconcertante. Y eso, incluso sin tener en cuenta sus medidas pluscuamperfectas.

–Estoy seguro de que eres más lista de lo que tú misma piensas, Jenny. Como Forrest Gump.

–Y tú eres muy amable. Oye... estaba pensando que algún día podríamos quedar tú y yo... en fin, quedar normal, ya sabes, con ropa y eso, para... para tomar una horchata.

–Una... horchata.

–¿Sabes lo que es la horchata?

Lo preguntó de forma tan inocente que me hizo dudar. ¿Acaso la palabra «horchata» tenía otras acepciones en el diccionario de la RAE? ¿Quizá poseía un significado en argot que yo desconocía? Hoy ya había metido la pata con lo de la fiesta-nube, así que decidí asegurarme.

–Te refieres a la horchata... de chufas.

Jennifer parpadeó.

–¿Hay otra horchata que no sea la de chufas?

–No lo sé. Por eso te lo pregunto.

–¿La de chufas es la normal? La de beber en vaso, digo.

–Sí, creo que sí.

–¡Pues esa es! A mí, es que me encanta la horchata, ¿sabes? Si quieres ligar conmigo, tienes que invitarme a una horchata. De chufas –hizo una pausa para mirarme a los ojos. Casi me provoca un desprendimiento de retina-. Hala, vaya pista que te acabo de dar, ¿eh?

–¡Uf...! Una pista de aterrizaje, desde luego.

–Pues ya sabes: un día de estos te llamo y me invitas a horchata. Donde tú quieras.

–Hay un bar, justo aquí enfrente, al que seguro que no vamos. Pero a otro sitio, sí. Prometido.

–¡Guay! Oye, ¿tú tienes barco?

–¿Por qué tenía la sensación de que Jenny me hablaba todo el rato en clave, como si fuera una agente secreta?

–¿Barco...?

–¿No sabes lo que es un barco?

–Sí, sí: eso que flota. Pero no, barco no... no tengo barco, no.

–Yo sí. Bueno, mi padre. Estaba pensando que podríamos quedar en mi barco.

–Qué guay. Aunque... tendré que comprar pastillas para el mareo, porque yo me mareo hasta remando en el estanque del Retiro.

–Ah, no te preocupes. En nuestro barco no se marea nadie, porque mi padre nunca lo saca del puerto. Vamos de vez en cuando a comer y a tomar una horchata y tal, pero está siempre ahí, aparcado en el puerto.

–Atracado.

–¿Qué? ¿Que han atracado mi barco? ¿Y tú cómo lo sabes?

–No, mujer, digo que los barcos no se aparcan sino que se atracan. Un coche se aparca pero un barco, se atraca.

–Ah... ¡Caramba, la de cosas curiosas que sabéis los escritores heteros! Entonces, ¿qué? ¿Vendrás a mi barco si te invito?

–Claro que sí, Jenny. Estaré encantado. Y llevaré cinco litros de horchata.

–Pues eso. Luego nos vemos y nos cambiamos el número del móvil. Ahora no, porque no tengo dónde apuntarlo y de memoria ando fatal, fatal. Solo se me quedan las caras. Los números, no. Bueno, ahora tengo que dejarte. Voy a ver

si me arrimo a aquel grupo de allí. Es que me parece que quiero ser actriz y el segundo de la derecha es el hijo de un productor de cine. Un tal Manzano. ¿Te suena?

–Sí, claro. Producciones Enrique Manzano.

–¡Ese mismo! No te dejo muy colgado, ¿verdad, Óscar?

–¡No, qué va! En realidad... estoy buscando a una chica que ha venido a la fiesta, pero no la encuentro por ningún lado.

–¡Oooh...! ¿Y te interesa esa chica?

Miré a Jenny afilando la mirada. Era una verdadera maravilla, de una belleza sideral y supersónica. Colocada junto a Elisa, de cada mil hombres, novecientos noventa y nueve se fijarían antes en Jenny. Pero Elisa se bastaba ella sola para confirmar que yo era un hombre entre mil.

–La verdad es que sí, me interesa. La he conocido esta mañana pero estoy casi seguro de que es la mujer de mi vida. Mejorando lo presente.

–¡Huyyy! ¡Pero qué romántico! –dijo Jenny, poniendo los ojos en blanco–. ¿Y cómo se llama?

–Elisa. Elisa Montoya. ¿Sabes quién es?

–No. Pero si no está por aquí, en el jardín o la piscina... es que está en la casa.

Recitó las últimas seis palabras en un tono cantarín que debería haberme hecho sospechar; pero hablando con Jenny era imposible mantener alta la guardia.

–Ah. Pensaba que en la casa no se podía entrar.

–Sí se puede. Por la puerta lateral. La más cercana a la tapia.

–Bien. Iré a buscarla allí.

–Yo en tu lugar, no lo haría –me dijo, bajando la voz.

–¿Por qué?

–Bueno... los que van a la casa, normalmente es porque andan buscando... intimidad. Ya me entiendes, ¿no?

Y sí. Pasados tres segundos, la entendí perfectamente. La lógica de Jenny era impecable. Como la de un buen matemático gay. Y ser consciente de ello me sentó como un jarro de agua fría. Como un jarro de agua fría en plena cara como método para despertar de una siesta de invierno.

Jenny tenía razón: lo más probable era que, mientras yo me ganaba un puesto vitalicio en el club de los poetas en cueros recitando al peor Espronceda, Elisa estuviese en la casa, haciendo quién sabe qué en brazos de quién sabe quién.

–Bueno... nos vemos. Lo siento, Óscar –me dijo Jenny, a modo de despedida.

Ni siquiera le devolví la sonrisa.

TANNHÄUSER

Cuando Jenny se marchó a la caza del hijo del productor cinematográfico, la cabeza me había empezado a dar vueltas a treinta y tres revoluciones por minuto. Se me aceleró el pulso y la respiración se me hizo dificultosa. Necesitaba algo de sosiego antes de tomar las siguientes decisiones. Eché un vistazo a mi alrededor y opté por intentar serenarme dando un paseo en torno al perímetro de la piscina superolímpica.

Era impresionante. El día ya agonizaba y acababan de encenderse unos focos subacuáticos que iluminaban el agua de verde, rojo y blanco, como la bandera de Italia. Seis o siete de los invitados se bañaban en ese momento y, entre ellos, distinguí a un tipo moreno con el trasero muy blanco que buceaba muy cerca del fondo. Inconfundible culo.

Enseguida, salió chorreando por la escalerilla más cercana.

–¡Eh, Nico...!

Se volvió y, al reconocermelo, alzó los brazos al cielo, como muestra de júbilo, mientras se me acercaba.

–¡Ernesto, muchacho!

–¿Qué tal lo estás pasando?

Sonrió ampliamente y, al llegar junto a mí me cogió por los hombros. Le brillaba la mirada a causa de la dicha. O quizá a causa del cloro.

–¿Que cómo lo estoy pasando? ¡Esto es la bomba, amigo mío! –declaró, entusiasmado, evitando alzar la voz–. ¡La bomba hache! Nunca te estaré lo bastante agradecido por haberme invitado a esta fiesta. Lo digo en serio. A partir de ahora, puedes pedirme lo que quieras: que asesine a tus enemigos, que mienta por ti en un juicio... ¡lo que sea! Incluso puedes pedirme dinero prestado, si algún día llego a tenerlo.

–No será para tanto...

–¿Que no? ¡Para tanto y para más! ¿Te acuerdas de la escena final de Blade Runner, cuando Rutger Hauer le dice a Harrison Ford: «He visto cosas que vosotros no creeríais...»

–Claro que me acuerdo. La hemos visto juntos seis veces.

–¡Pues eso es lo que me ha ocurrido a mí en esta fiesta! Estoy descubriendo un mundo nuevo, un universo de posibilidades con el que ni siquiera había soñado hasta el día de hoy. ¡Rayos cósmicos cruzando la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser! Es para quedarse lelo, te lo juro. ¡Qué nivel! Hace un rato he estado jugando a la petanca con dos chavalas de aúpa y una de ellas llevaba un tatuaje... ¡qué tatuaje...!

–¿Cómo era?

–¡Error! La pregunta no es cómo era, sino dónde lo llevaba.

–Vale. ¿Dónde llevaba el tatuaje?

Nico abrió mucho los ojos y volvió a sonreír.

–Lo siento. No puedo decírtelo porque soy un caballero. Pero, a modo de información te diré que solo era visible cuando ella se agachaba para recoger las bolas del suelo.

–Sopla...

–Y ahora vengo de jugar al fútbolín con Xiomara. Xiomara, con equis. Pero una equis muy suave: Xiomara... –Nico hacía ondas con las manos mientras lo pronunciaba– Como si soplase la brisa marina... Xiomaaraaaa... Xiomara es morena como el azúcar integral y habla con un acento dulce y exótico como la hoja de la *stevia*. Un acento como... como de otro mundo. Tú sabes lo que es un piercing, ¿verdad?

–Sí, hombre. Como un pendiente que se pone en la nariz o en...

–¡En la nariz! –me interrumpió Nico–. ¡Sí, sí, en la nariz...! ¿Sabes dónde lleva Xiomara un piercing? ¡Aquí! –exclamó, señalándose la tetilla.

–Caray...

–¡Y tan caray! Tú me has visto jugar al fútbolín. Sabes lo bien que se me da, que tengo unas muñecas prodigiosas, sobre todo la izquierda. ¡Pues Xiomara me ha metido siete a cero! ¡Siete! Y eso, que solo salían seis bolas; pero es que hasta me ha metido un gol directo desde su portería que ha dicho que valía doble. No conocía yo esa regla del fútbolín, pero cualquiera le lleva la contraria a una tía con un piercing ahí. Claro, imposible concentrarme en el juego. En realidad, no he conseguido ver la pelotita en todo el partido. Yo, lo único que veía era el piercing de Xiomara moviéndose de aquí para allá. Total, que al terminar el encuentro, me ha venido justo para darle la enhorabuena y dos besos y tirarme de punta cabeza a la piscina. ¡Que ya no podía más, Ernesto! No podía más, y se me estaba notando, no sé si me explico...

–Sí, sí. Te explicas como un libro abierto.

–¡Qué tarde, Ernesto! ¡Qué tarde! Con esto, tengo batallitas para contar hasta a mis bisnietos. ¡Me río yo de las historias que cuentan los que han hecho la mili! ¡Qué mili ni qué mili! ¡Esto sí que da para escribir una novela y no el Ardor guerrero de Muñoz Molina, que era más mala que el aceite de hígado de bacalao! Por cierto, a mí no me vuelvas a recomendar leer nada de Muñoz Molina, que no lo trago. Se me hace bola, ya sabes. Antes de llegar a la página treinta, se me hace bola y no me pasa por el cardias. Prefiero a Mendizorroza.

–¿Quién?

–Mendizorroza. El de Sin noticias de Hulk.

–Mendoza. Eduardo Mendoza. Sin noticias de Gurb.

–¡Ese! ¡Ese sí que es la releche en bote!

Se me quedó mirando, con un resto de sonrisa boba colgando de los labios, como si hubiera estado comiendo merengue. Entonces, pareció recordar algo importante.

–Oye, y... ¿a ti qué tal te va? ¿Has encontrado a Elisa?

–Pues... no. Todavía no. Pero tengo una idea bastante clara de dónde puede estar.

–Ajá. Pues, nada, que te vaya muy bien con ella cuando la encuentres. Ya me contarás. Yo me vuelvo a la zona de juegos, que dentro de nada comienza el campeonato de strip-parchís y me he apuntado.

–¿Pero cómo vais a jugar al strip-parchís si ya está todo el mundo en pelotas? ¿Qué más os vais a quitar?

–¡Lo mismo me pregunto yo! Por eso me he apuntado. ¡Anda, que no tengo curiosidad ni nada! Me voy a hacer el tonto para que me coman un par de fichas enseguida. ¡A ver qué pasa!

NAVAJAZO

Mientras Nico se alejaba, decidí que había llegado el momento de dirigirme a la casa. Pero, al plantarme frente a la puerta lateral, volví a poner en duda si entrar allí a por Elisa era una buena idea. Y dudé durante un tiempo larguísimo, cambiando de opinión una y mil veces. Llegué a pensar que lo mejor era pasar de ella y disfrutar de la fiesta y de las muchas posibilidades que me ofrecía. Conocer a Elisa esa mañana me había supuesto un zarandeo emocional, tenía que admitirlo, pero... ¿era para tanto? Desde luego, me había impresionado en la playa como no recordaba que me hubiese ocurrido nunca

con otra chica. Vale, sí, tenía que admitirlo: las circunstancias jugaban a su favor. Un sol deslumbrante, un bikini muy pequeño, un trasero impresionante, unos ojos muy grandes y cuatro frases zalameras dichas con buena dicción. Pero, en realidad, a eso se resumía de momento nuestra relación. Con algunas de las chicas que había conocido esta tarde, ya tenía un historial más largo; y eso, sin mencionar el detalle trivial de que las chicas de la fiesta ni siquiera llevaban bikini. Y la intuición masculina me decía que, con algunas de ellas, si me esforzaba un poco, tenía posibilidades. Luisa, por ejemplo, era sin duda una chica culta, inteligente y con una personalidad arrolladora. Y, objetivamente, estaba como un queso suizo. Y, desde luego, la que se rompía de buena era Jenny, la de Forrest Gump. Tenía la pega de que cumplía a rajatabla con el tópico de la guapa tonta pero, vaya, nadie es perfecto, como le decían a Jack Lemmon al final de Con faldas y a lo loco. Y, a cambio, su padre tenía un barco. Y un barco que nunca navegaba, que son los que a mí me gustan. Estaba convencido de que, si desplegaba mis encantos en ambas direcciones, al menos ligaba seguro con una de las dos.

Pero, al instante siguiente, mi parte irracional, esa que parece proceder directamente de las grutas de Atapuerca, se hacía sitio en mi masa encefálica al grito de: ¿quién se conforma con un ligue de verano, por mucho barco que tenga, pudiendo intentarlo con Elisa?

Por Dios, qué dilema.

Para qué engañarme: desde que esa mañana Elisa había irrumpido a contraluz en mi vida, no me la había podido apartar de la cabeza ni un segundo. Mientras comía el arroz de mi madre, me preguntaba si le gustaría el arroz. Mientras iba a casa de Nico, me preguntaba si ambos se caerían bien. Y mientras hablaba con Jenny o con Luisa, una vocecita impertinente me gritaba al oído que dejase de hablar con ellas y buscase a Elisa desesperadamente.

Elisa.

Elisa tenía algo. Bastante. Mucho. Algo propio, único, terriblemente sexy. No sé qué era, pero yo estaba seguro de no poder intentar el ligue con ninguna otra mujer del mundo hasta que Elisa me hubiera dado calabazas. Hasta que me hubiera dado calabazas tres veces, como San Pedro a Cristo.

Y eso, a pesar de que Nico tenía razón: Elisa tenía mucho culo y poco pecho. O sea que, en conjunto, de forma objetiva y según los cánones de la belleza actual, no tenía nada que hacer en una comparación directa con Luisa o Jenny. Sobre todo, con Jenny.

Pero es que cada vez que reconstruía su rostro en mi memoria, se me

nublaba la vista y sentía que me crecían los incisivos superiores, como al conde Drácula.

¡Y pensar que yo nunca había creído en los flechazos! Claro que aquello, más que un flechazo, parecía un navajazo trapero directo al ventrículo derecho. Tenía que admitirlo: El Dios Cupido, ese niño impresentable, me había dejado el corazón hecho jirones.

Conclusión: posiblemente, Elisa era la chica de mis sueños y la mujer de mi vida, todo en uno. Tenía que ir a por ella y tratar de convencerla de que éramos el uno para el otro o me arrepentiría todos y cada uno de los días del resto de mi miserable existencia.

LA CASA DEL TERROR

En efecto, como Jenny me había dicho, la puerta lateral de la casa estaba abierta. No la puertecita blanca por la que habíamos salido Nico y yo después de desnudarnos sino otra, que comunicaba el jardín con una de las salas de estar de la mansión.

Cuando entré, iba ya dispuesto a todo. O más bien, resignado a cualquier cosa. Resignado a encontrar a Elisa en brazos de otro. O de otra. Resignado incluso a descubrir alguna circunstancia todavía más invalidante para nuestro futuro en común como... como que en realidad éramos hermanos sin saberlo, que ella era una vampira de dos mil años de edad o que quería presentarse a diputada por la Falange.

También había contemplado la posibilidad de que fuese un capo de la droga perseguido por el FBI o incluso un avanzado prototipo de androide Nexus, como en la película Blade Runner, que Nico me había recordado. Esto último me pareció algo más improbable; y, en todo caso, no descartaba llegar a ser feliz junto a una androide con el aspecto de Elisa. Harrison Ford lo hace, al final de la versión comercial que la productora le obligó a rodar a Ridley Scott.

La casa parecía solitaria.

No había nadie en la primera sala de estar ni en las otras dos que recorrí después. Permanecí unos instantes desconcertado, hasta que deduje que lo más lógico era que los usuarios de la casa hubiesen subido a la planta superior. La planta de los dormitorios.

La situación se me hacía cada vez más cuesta arriba. Como a los pasajeros

del Titanic.

Localicé la escalera, me asomé por el hueco, miré hacia lo alto y agucé el oído. Si realmente había gente arriba haciendo rebotar los colchones, resultaban de lo más discretos. Ni un gemido. Ni un aspaviento. Ni un mísero crujir de jergón.

–Esto empieza a resultar un tanto extraño, Óscar. Digo, Ernesto –me dije a mí mismo en voz baja, para disipar en lo posible la inquietud que empezaba a apoderarse de mi paquete intestinal.

Comencé a subir los peldaños uno a uno, lentamente, procurando pesar poco. Me planté en el rellano superior sin haber oído nada. Ni gritos ni susurros.

Ante mi sorpresa, la planta superior aparecía tan desierta y silenciosa como la principal.

–¿Qué... demonios significa esto? –me pregunté, tras abrir las tres primeras puertas que encontré en mi camino, sin haber hallado ni el más leve rastro de vida humana, animal, vegetal, artificial o alienígena.

Seguí avanzando. En las distintas habitaciones, la mayoría de las cortinas estaban echadas y, como el día prácticamente había muerto, la luz era muy escasa. Sombras entre la penumbra.

Justo entonces, escuché un grito largo y lejano, casi un chillido de rata, que me erizó los pelillos de la nuca. De inmediato, un portazo. Y, luego, el corretear de unos pies del treinta y ocho sobre un suelo tapizado de moqueta gorda. Y una risa nerviosa y escalofriante...

Pronto me percaté de que todos esos sonidos, tan propios de una película belga de serie B, procedían de la buhardilla.

A ver, ojo, que al decir «buhardilla» es fácil hacerse una idea equivocada. La única característica común de la última planta del chalé de los Hidalgo de Amezcoba con lo que la mayoría de los mortales entendemos por buhardilla, es que tenía los techos inclinados.

Tan amplia, lógicamente, como los otros dos pisos, se articulaba mediante un larguísimo pasillo que recorría la planta de punta a punta bajo la divisoria de las dos vertientes del tejado. A cada uno de los lados de ese pasillo se abrían ocho puertas con dormitorios de invitados, cuartos de baño, cuartos de plancha, cuartos de juguetes y cuartos sin más, en una imagen que recordaba al hotel de la película El Resplandor.

Sin embargo, la escalera de subida, que partía desde el extremo norte del primer piso, era la típica de caracol. Algo más ancha de lo normal, sí, pero

construida sin ánimo de impresionar.

Al coronar la escalera, la primera visión de aquel corredor larguísimo me produjo una incontenible sensación de vértigo. A partir de ese momento, sí empecé a escuchar un batiburrillo de sonidos de lo más diverso. Sin duda, ahí estaba lo más interesante de la fiesta. Desde gritos, no precisamente de terror, hasta siseos, risas sofocadas o retazos de frases.

El pasillo disponía de claraboyas en el techo, pero la luz del día era ya escasísima y una penumbra mansa y pesada, polvorienta, como de cortinón de terciopelo, lo invadía todo. El resultado era que ver, lo que se dice ver, no se veía un pimiento pero aún se adivinaban los contornos de las cosas con la suficiente nitidez como para avanzar sin miedo a tropezar con un jarrón chino.

De pronto, una figura cruzó con rapidez por el fondo del pasillo, saliendo de una de las habitaciones y entrando en la situada enfrente. En aquellas condiciones resultaba difícil identificarla; me habría resultado casi imposible, de tratarse de cualquier otro. Sin embargo, resultó ser la inconfundible silueta del tipo de los tatuajes. El que se empeñaba en parecerse a Hitler. No tuve ninguna duda.

Deseé que, fuera lo que fuera lo que estuviese haciendo Elisa, no tuviera nada que ver con él.

Proseguí mi avance cauteloso en busca de la hija de la Paqui. Eché un vistazo al interior de todas y cada una de las habitaciones que tenían la puerta entornada y apoyé la oreja con cuidado en las que hallé cerradas. Si hubiese reconocido su voz, estaba dispuesto a entrar sin dudarlo, aun a costa de interrumpirla en plena escabechina íntima con cualquier tipo o tipa, para pedirle explicaciones sobre lo nuestro.

Sé que suena raro: pedirle explicaciones sobre «lo nuestro» a una chica a la que al despertarme esta mañana aún no conocía y con la que apenas había cruzado una docena de frases poco antes de la hora de comer. Su respuesta más probable sería, sin duda: ¿Lo nuestro? ¿De qué coño estás hablando, imbécil?

En un momento dado, me detuve allí, en el centro del pasillo infinito. Me percaté de que no estaba pensando con claridad. Como si pudiese abandonar mi propio cuerpo, me contemplé a mí mismo desde fuera y me di mucha pena: desnudo por completo en casa ajena, buscando a una chica que seguramente se lo estaba pasando en grande en brazos de otro, para intentar convencerla de que su destino era ser la madre de mis hijos y la abuela de mis nietos.

–Patético a más no poder, García –me susurré a mí mismo.

Y, sin embargo, nada podía hacer por evitarlo. Es lo que nos ocurre a todos al enamorarnos: nos volvemos completamente idiotas y cometemos con alegre determinación las mayores estupideces concebibles. Por suerte para la humanidad, el estado de enamoramiento en el *Homo sapiens* no es algo permanente sino esporádico. Si estuviésemos siempre enamorados, el género humano sería una especie inferior, estúpida, dominada por los delfines, los urogallos o los corderos.

Mi obsesión por localizar a Elisa y declararle mi amor a toda costa, lo quisiera reconocer o no, empezaba a rayar en el ridículo. Así que, echando mano del diez por ciento de sensatez que aún me quedaba almacenada entre los pliegues del cerebro, decidí que quizá era momento de recoger velas, abandonar la casa tan sigilosamente como había entrado en ella y probar fortuna con Julia o con Jenny Gump.

Ese podía haber sido el final de esta novela.

Pero, justo entonces, sentí una caricia helada en la espalda.

Estar desnudo y sudoroso me hacía terriblemente sensible a las corrientes de aire. Y en ese momento, me llegó por la espalda una brisa fresca que me puso de gallina la piel del cuerpo entero. De manera instintiva, giré sobre mí mismo en busca del origen de aquel viento frío.

ARTERIA CARÓTIDA

Lo que se me venía encima perfectamente podía haberme ocasionado seis infartos de miocardio simultáneos. Por suerte, todo ocurrió de modo tan rápido que mi corazón no tuvo tiempo de encasquillarse.

Yo apenas logré percibir cómo una sombra felina se abalanzaba sobre mí. Un vampiro negro cortando el aire negro de la negra noche; una figura solo levemente humana que me derribó con contundencia y luego buscó mi cuello con ansia asesina para, inmediatamente, clavarme sin compasión sus incisivos en la yugular.

Me sentí paralizado por el terror y eso evitó que me pusiese a gritar y que tratase de liberarme de mi atacante a mamporro limpio. Bueno, eso y que, de repente, llegó hasta mis fosas nasales un aroma intenso e inconfundible: a cataratas salvajes del Caribe o a esencia de raíces de palmera cocotera.

—¡Elisa! —exclamé, en un susurro apurado, cuando logré recuperar unos hilos de voz—. ¿Eres tú, Elisa? ¿Qué diablos haces? ¡Ay! ¡No me muerdas! ¿Por qué

me muerdes? ¡Ay, ay...!

Ella tardo unos segundos en apartar la boca de mi cuello y entonces me miró a distancia mínima de enfoque con aquellos ojos suyos que parecían un test de Rorschach hecho con tinta china sobre papel de arroz.

–Chupetón marca de la casa –me respondió, por toda explicación.

–¿Cómo? Pero, pero...

Me rodeó la cabeza con las manos y me besó suavemente la punta de la nariz. Eso cortó de raíz todos mis balbuceos. En medio de aquella azarosa penumbra, Elisa me pareció aún muchísimo más hermosa y deseable que por la mañana, a pleno sol. Quizá el hecho banal de que se encontrase sobre mí, desnuda, su piel y la mía en sudoroso contacto, contribuyó a esa favorable impresión. Todo podía ser.

–Hola, guapo –su blanquísima sonrisa recortándose en la oscuridad, como suspendida de la nada–. No sabía si habías venido por fin a la fiesta. Ya veo que sí. Y me alegra que te hayas decidido.

–Hasta ahora, tenía mis dudas –repliqué– pero ya no. En este momento, yo también me alegro de haber venido. Me alegro un montón, te lo juro.

Seguíamos el uno sobre el otro, cuan largos éramos, en mitad del pasillo, cuando Elisa deslizó las yemas de sus dedos desde mi cabeza a mis hombros y luego a lo largo de mis brazos y, por fin, me agarró con fuerza por las muñecas. Manteniendo en todo momento mi arteria carótida al alcance de la boca.

–No te puedes quejar, ¿eh? Ya ves que ha sido verte de lejos y no poder resistirme a saltar sobre ti –murmuró, aparentemente divertida, como única explicación para su agresivo comportamiento.

–Ya, ya lo veo... Por cierto, ¿cómo has sabido que era yo? Porque, además de que no se ve un pito, cuando corrías hacia mí, yo aún estaba de espaldas.

Ella rio como una serpiente pitón, emitiendo un siseo casi imperceptible.

–No me digas que estás celoso.

–Estoy... intrigado. Celoso no, porque no soy celoso.

–Más te vale, García. No soporto a los celosos.

Me sorprendió que supiese mi apellido; pero me sorprendió más que me mordisquease el labio inferior antes de continuar, siempre sonriendo.

–Sabía que eras tú por el moratón de la espalda. ¡Sí, hombre...! –exclamó, tras mi gesto de perplejidad–. El que te ha salido tras pelearte con la tumbona esta mañana, en la playa.

–¡Ah, vaya...! De modo que sí sabías sobre quién te abalanzabas.

–¡Pues claro, memo! Aunque... no te voy a negar que seguramente habría saltado también sobre cualquier otro tío que pasase por aquí. No hay que desperdiciar la ocasión de cobrarse una víctima.

–¿Víctima...? ¿De qué hablas?

–Lo que no habría hecho con otro es seguir aquí encima, todavía. Eso, te lo garantizo.

Tendríais que haber oído el tono que empleó en aquella frase. A veces, aún la recuerdo en sueños y me despierto, agitado. O sea, que en ese momento tuve la seguridad de que la cosa con Elisa pintaba muy, pero que muy bien. No sé si me explico. Tan bien pintaba, que decidí que era el momento de intentar el siguiente paso y traté de besarla. Sin embargo, ella me mantuvo la cabeza contra el suelo, empujándome la frente. Y comenzó a acercar sus labios a los míos. Estaba claro que le gustaba dominar la situación. Y a mí no me importaba en absoluto. La abracé y empecé a deslizar la mano por su espalda, a lo largo de su columna vertebral, hacia abajo, en dirección a...

De repente, un portazo relativamente cercano nos hizo dar un respingo. Ella frunció el ceño y me indicó con un gesto que guardase silencio; luego, rodó sobre sí misma hasta el suelo; se incorporó y me cogió de la mano. Dejar de sentir el cuerpo de Elisa sobre el mío supuso un cierto alivio, claro está. Pero ese era un alivio que yo no deseaba. Al contrario, quería seguir sintiéndola sobre mí durante el resto de los tiempos. Se ve que no podía ser.

–¡Vamos! –me ordenó, tirando de mí.

–¿Qué...?

–¡Chsst...! ¡No discutas, demonios! ¡Levanta y vámonos!

Elisa parecía saber lo que allí ocurría, mientras que yo no tenía ni la menor idea, así que ni se me ocurrió llevarle la contraria. Avanzamos pasillo adelante, silenciosos y cautos como gatos egipcios. Ella abrió una de las puertas, echó un vistazo y la volvió a cerrar de inmediato. Algo de lo que vio no le había gustado. Seguimos hasta alcanzar la siguiente y, esta vez sí, la breve inspección que hizo de la habitación le debió de parecer convincente.

–¡Aquí! –dijo, empujándome dentro—. ¡Entra, deprisa!

A través de la ventana de la habitación penetraba algo de luz, procedente del jardín o quizá de las aún más lejanas farolas de la calle. Luz escasa, anaranjada, ideal para el amor. Luz irreal, propia de las áreas de autopista, que altera los colores y encoge el ánimo; luz de ciencia-ficción, pero que nos permitió distinguir los contornos de las paredes y el mobiliario del cuarto, un dormitorio neutro, una habitación de invitados ni masculina ni femenina,

enmoquetada, presidida por una cama individual aunque de buena anchura, de las de metro veinte. De las que dan mucho juego.

Yo, más contento que unas pascuas, me dirigí precisamente hacia la cama, pero Elisa me lo impidió, sujetándome por el brazo.

–¡No, no! –exclamó– ¡Debajo! ¡Métete debajo de la cama!

–¡Debajo? Pero... ¿qué pretendes? ¿Qué clase de juego es...?

–No me discutas. ¡Rápido, rápido!

Rodamos los dos bajo la cama, ella por delante de mí. Se colocó de lado, sobre su costado izquierdo, y yo la abracé por detrás. De nuevo, mi piel contra su piel, que ahora sentí fría y húmeda como la de un reptil. Suspiró hondo un par de veces, como para recuperar el resuello, y me cogió la mano derecha con la suya.

Yo empezaba a sentirme más confuso que los manuscritos del Mar Muerto.

–¿Qué es todo esto, Elisa? ¿Qué está pasando? –le susurré al oído.

Ella se limitó a pedirme silencio con un chistido y apretarme aún más la mano, entrelazando sus dedos con los míos.

FORCEJEOS

Tras unos segundos de silencio escuchamos, procedentes del pasillo, sonido de puertas que se abrían y cerraban. Intercalado, también algún grito corto y agudo, similar a otros que yo ya había oído antes. Me resultó imposible identificar si esos gritos sofocados traslucían miedo, sorpresa o placer.

Inesperadamente, se abrió con cierta violencia la puerta de nuestra habitación y, con ello, Elisa pareció sufrir una sacudida eléctrica, que me transmitió plenamente. Podía sentir su respiración junto a la mía, su piel junto a la mía, igualando poco a poco sus diferentes temperaturas. Incluso, podía escuchar o sentir o percibir de algún modo el latido de su corazón, tan desacompañado como el mío.

En el reducido y tenebroso campo de visión del que yo disponía, se hicieron visibles, de pronto, dos pies desnudos. Pies masculinos, sin duda. Al menos, esa fue la deducción que hice tras descubrir sendas svásticas tatuadas sobre la zona exterior de ambos tobillos.

Vaya, por supuesto que una chica también puede tatuarse una svástica donde quiera y hasta escribirse sobre la piel el texto completo de Mein Kampf, si se le antoja, pero yo no conozco ninguna que tenga tan mal gusto. Si tuviera que

apostar...

Nuevo ruido de puertas. No se trataba de portazos violentos sino simple sonido de pestillos y de picaportes. Uno, dos, tres, cuatro... Y cada uno, más cercano que el anterior. Como si alguien que se aproximaba por el pasillo fuese abriendo y cerrando a su paso las puertas de las habitaciones. Quizá echando un vistazo al interior de cada una de ellas. Buscando algo. O a alguien.

Si seguía en esa progresión, pronto nos llegaría el turno.

Los pies de la cruz gamada se alejaron de la cama.

Se produjo entonces un silencio largo. Treinta o cuarenta interminables segundos en los que un simple burbujeo intestinal nos habría puesto al descubierto. En medio de ese paréntesis, Elisa, que seguía sujetando mi mano con la suya, me obligó a deslizarla sobre su cuerpo. Despacio, la fue desplazando desde su estómago, muy poco por encima del ombligo, hacia arriba; hasta que mi dedo índice tropezó con el inicio de la curva de su pecho izquierdo.

Yo no lograba entender qué pretendía; además de que, para entonces, había roto a sudar como un trompetista de jazz con sobrepeso.

Un instante después, el cielo se iluminaba momentáneamente con un relámpago azulado, como un potentísimo golpe de flash. Y cinco segundos más tarde, el silencio que nos envolvía reventó en pedazos, destrozado por un trueno metálico y horrísono. Un trueno esdrújulo, que apretó el acelerador de nuestros corazones y nos hizo pegar un bote que nos levantó cuatro dedos del suelo. Sin apenas tiempo para recuperarnos de la impresión, llegó un segundo relámpago acompañado por otro trueno inverosímil, de sonido aún más seco y aterrador que el anterior.

Y con el tercero, que superó en intensidad a los dos precedentes, se fue la luz.

–Mierda... lo que faltaba –susurré al oído de Elisa.

Se apagaron todas las farolas; se calmaron algunos zumbidos que antes nos pasaban desapercibidos y que fueron sustituidos por el creciente rumor de la lluvia contra el tejado; se escucharon grititos lejanos, con un punto de histeria.

Y entre toda esa verbena tormentosa se intercaló una cercana sucesión de esfuerzos y gruñidos que yo traduje como un intenso forcejeo entre alguien que, desde el pasillo, intentaba entrar en nuestra habitación y el dueño de los pies tatuados, que trataba de impedirselo sujetando el picaporte y bloqueando la puerta con su cuerpo.

Fue en ese momento, aprovechando el trajín externo, cuando Elisa movió de nuevo mi mano hasta colocarla de lleno y directamente sobre su pecho izquierdo. Reconozco que aquel gesto me desconcertó por completo. Por sí mismo y por el momento elegido para llevarlo a cabo. No acababa de traducir su significado. En otras circunstancias lo habría interpretado como una invitación a seguir explorando su anatomía; pero no ahora. Ni me cuadraba ni lograba adivinar cuál se suponía que debía ser mi reacción. Por descontado, jamás antes en toda mi vida me había visto en una tesitura semejante. No me atrevía a retirar la mano pero tampoco a ir más allá y acariciarle la teta por mi cuenta, que es lo que el instinto me estaba pidiendo a gritos. Así que me limité a dejar la mano allí, quieta; pero en absoluto convencido de estar haciendo lo que ella esperaba de mí con aquel gesto suyo. En definitiva: me sentí como un perfecto idiota.

¿Por qué estos asuntos del amor y el erotismo son siempre tan complicados? ¿No podría alguien colgar un tutorial en Internet donde se explique paso a paso como reaccionar adecuadamente en cada circunstancia? A quien se decida, le auguro un éxito fulminante.

Lo cierto es que todo habría resultado más fácil si, a tres pasos de nosotros, no hubiese continuado el forcejeo, cada vez más violento, entre quien trataba de entrar en la habitación y quien intentaba impedirlo. Yo no sabía siquiera si prestar más atención al estupendo pecho izquierdo de Elisa o a lo que sucedía más allá de la cama que nos servía de refugio.

La cabeza parecía que me fuese a estallar.

Puesto que toda mala situación es susceptible de empeorar, como bien reza el principio de Murphy, algo cambió de repente; pero no fue para bien sino, al contrario, para elevar a cotas de emergencia nuclear mis tasas de desasosiego. Y lo que pasó fue que el pezón de Elisa comenzó a crecer y endurecerse contra la palma de mi mano, de una manera asombrosa, hasta adquirir un tacto casi metálico.

Jamás había visto nada parecido. Lo juro.

Por supuesto que había tenido la ocasión de acariciar el pecho de otras chicas anteriormente, así que tenía una idea bastante clara de cómo reaccionan a las caricias, al frío o al roce de las uñas, por ejemplo. Se tensan, se alzan y hasta, en ocasiones, parecen aumentar de tamaño solo con la excitación. Recuerdo que, en cierta ocasión, acaricié con un cubito de hielo los pezones de la que fue mi novia durante cuarto de secundaria. Y a los dos nos pareció asombroso hasta qué punto se le endurecían. Pero aquello no fue nada

comparado con esto. Podía sentir el pezón de Elisa contra la palma de mi mano como la punta de una broca de acero rápido. Apenas podía creerlo.

Y para terminar de arreglarlo, en medio de aquella borrachera de sensaciones, ella buscó mi mano libre, la derecha, me la condujo hasta su boca y comenzó a presionar con fuerza. Aunque yo seguía completamente desorientado, intuí que, con este último gesto, Elisa me pedía que no la dejase gritar.

Fuera de nuestro escondite, el forcejeo entre los dos hombres había entrado en un *impasse*, una especie de tregua. El tipo que permanecía fuera parecía haberse dado por vencido y el de las svásticas tobilleras, quizá pensando que el peligro había pasado, bajó la guardia. Craso error por su parte.

Un nuevo relámpago iluminó la escena justamente en el momento en que el hombre del pasillo irrumpió en el cuarto violentamente y por sorpresa. También fue el momento en que Elisa me mordió la mano que le tapaba la boca y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no ser yo quien lanzase un grito.

Entre el dolor y la oscuridad, me resultaba imposible dilucidar qué estaba sucediendo en la habitación. Apenas una imagen breve, de cuando en cuando, a ras de suelo y como en negativo, con cada relámpago que se colaba por la ventana. Solo tenía claro que, junto a nosotros, se había iniciado una feroz pelea. Lo tuve claro cuando los sonidos pasaron a narrar lo que las imágenes no mostraban: el derribo de diversos objetos, golpes contra las paredes, loza haciéndose añicos, pese al suelo de moqueta. Uno de los contendientes murmuró una frase que no llegué a entender, en un tono entre suplicante y sorprendido.

Ocurrió entonces algo difícil de explicar.

Elisa, sin dejar de morderme la mano, se tensó inesperadamente entre mis brazos de un modo brutal; como la ballesta de Guillermo Tell; con una fuerza casi demoníaca. No pude evitar pensar en la niña de El exorcista. Mi larga experiencia como espectador de series televisivas de médicos, me indicó de forma inequívoca que estaba sufriendo una especie de ataque. Imaginé a George Clooney en el papel del doctor Ross gritando: ¡Convulsiona! ¡Diez miligramos de epinefrina! ¡Atrás! ¡Todo el mundo atrás!

En condiciones normales, habría salido corriendo en busca de un teléfono para llamar a Urgencias. Pero estábamos desnudos bajo la cama de una habitación en la que dos tipos que ignoraban nuestra presencia se peleaban con furia. Imposible para mí tomar una decisión racional en medio de aquel escenario. Incluso una decisión irracional.

Completamente bloqueado por los acontecimientos, me limité a abrazar a Elisa con todas mis fuerzas.

Ella arqueaba la espalda de forma salvaje. Tanto, que acabó escapando de mi abrazo. Intenté sujetarla por todos los medios, lo juro, pero Elisa sufría convulsiones violentísimas y su piel húmeda y resbaladiza se me zafaba de continuo de entre los brazos. Era como tratar de sujetar un pez bajo el agua. Además, gruñía. Gruñía como un jabalí, pese a mis esfuerzos por taponarle la boca. De no ser por el fragor de los truenos y el de su propia pelea, aquellos dos tipos nos habrían descubierto de todas, todas.

Elisa sacudía la cabeza de un lado a otro, golpeaba el suelo con las piernas y los talones; y se retorció. ¡Demonios, se retorció como una anguila!

Para acabarlo de arreglar, la pelea, de pronto, se trasladó a la cama.

Cayeron los dos tipos sobre ella y sobre ella continuaron con su lucha, directamente sobre nosotros, mientras Elisa parecía seguir peleando consigo misma y yo contra ella y contra la posibilidad de que nos descubriesen.

A punto de rendirme, sintiendo que no podía más, que mis fuerzas se habían agotado y que ya no disponía de más adrenalina que volcar en el torrente sanguíneo, todo acabó de golpe. Por fortuna.

Elisa se sacudió en una serie de escalofríos intensísimos, como latigazos que le recorrieron el cuerpo de arriba abajo. Y cuando yo creía que iba a deshacerse definitivamente de mi abrazo, la tensión que cinco segundos antes casi la levantaba en el aire, se esfumó como por ensalmo y su cuerpo, de un segundo al siguiente, se tornó dócil. Pude sentir ahora, con infinito alivio, cómo se desmadejaba junto a mí. Y reconozco que me invadió una sensación de indescriptible euforia.

Casi al mismo tiempo, la pelea en la habitación también cesó de golpe.

Escuché abrirse la puerta del cuarto de baño, algunos gruñidos, un golpe impreciso, un sonido que traduje como la apertura de una ventana. Y, pasados unos minutos, la puerta de salida al pasillo que se abría y volvía a cerrarse. De todo ello deduje que al menos uno de los hombres había abandonado la habitación. Tal vez ambos.

Por primera vez en un rato larguísimo, logré llenar por completo de aire los pulmones y expulsarlo poco a poco. Me dolía horriblemente la mano derecha, a causa de los mordiscos de Elisa. Me dolían los brazos y las piernas, por los esfuerzos realizados al tratar de sujetarla. Me dolían las mandíbulas, a causa de la tensión. Me dolía la garganta como si hubiese estado animando sin parar a un equipo de fútbol durante todo un partido con su correspondiente prórroga.

Me dolía casi todo. Y aún no entendía casi nada.

LA MUERTE

Transcurrieron al menos cinco minutos de calma chicha. Cinco minutos de silencio envuelto por el telón de fondo de la lluvia en los cristales. Cinco minutos que me llenaron la cabeza de ecos y susurros, tras el guirigay padecido poco antes.

Luego, Elisa pareció despertar y comenzó a desperezarse con movimientos lentos y felinos, de gata de Angora. Se removió cadenciosamente mientras me pasaba la mano por la cara, como haría un ciego que quisiera leer mi rostro con los dedos. Luego, me revolvió el pelo.

–¿Qué ha ocurrido? –me susurró, por fin, junto a la oreja.

–¿No te acuerdas?

–No...

–Te has agitado más que las maracas de Machín...

–No hablo de mí –dijo, tras pasarse la lengua por los labios y tragar saliva con dificultad–. Yo ya sé lo que me ha ocurrido. Te pregunto qué ha sucedido ahí fuera.

–Ah... eso ya no lo sé... no estoy seguro. Yo creo que... había aquí dos tipos que se estaban peleando como fieras.

–¿Quiénes eran?

–¡Y yo qué sé! Solo les veía los pies, y aun eso, de cuando en cuando, a la luz de los relámpagos.

–Y... ¿se han marchado?

–Creo que sí. Hace ya un buen rato que he oído abrir y cerrar la puerta y, desde entonces, nada. Silencio Kelvin. Cero absoluto.

–Bien... en ese caso, deberíamos salir de aquí nosotros también.

Hizo amago de moverse, pero antes, me dio unos golpecitos en el dorso de la mano.

–Ya no hace falta que me sujetes la teta.

–Ah. Vale, vale...

Rodó sobre sí misma hasta salir de debajo de la cama y yo hice lo propio tras ella. La oscuridad seguía siendo total, pues incluso permanecían apagadas las farolas del alumbrado público. Sin embargo, los relámpagos continuaban enviando sus destellos intermitentes, aunque más débiles y lejanos,

proporcionando a la escena un cierto aire catódico, estroboscópico y difuso, como de televisor antiguo en blanco y negro y que, al menos, nos resultó suficiente para localizar la puerta y salir al pasillo.

Y apenas medio minuto más tarde, la electricidad volvió a correr alegre por los cables de suministro. Regresó la luz de las farolas y, con ella, la penumbra interior se hizo notablemente menos espesa.

Elisa y yo recorrimos un trecho del pasillo con precaución, hasta que ella se detuvo y apoyó la espalda a la pared, indicándome que hiciese yo lo mismo.

Al fondo del corredor, se abrió otra de las puertas y una silueta masculina ocupó el punto de fuga.

—¡Ven conmigo! —me susurró Elisa, al percatarse de ello.

Abrió la puerta de otra de las habitaciones.

—No, por favor, otra vez no...

Esta vez no se trataba de un dormitorio de invitados sino de un cuarto de baño común. Era muy grande, como todo en aquella casa. Además de la bañera, redonda, tenía una gigantesca cabina de ducha y una sauna de madera en la que se podían acomodar sin agobio seis u ocho personas.

Elisa abrió la puerta de la sauna solamente dos dedos. Luego, me empujó dentro de la ducha y corrió la cortina. Nos situamos en el rincón opuesto a los grifos, de pie, el uno junto al otro. Pero esta vez, ella se colocó a mi espalda y me abrazó, como si pretendiera protegerse con mi cuerpo.

Me respiraba junto al oído. Muy deprisa.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté, sin obtener más respuesta que su respiración apresurada—. Cálmate. Respira más despacio o te marearás. Más despacio y más profundamente. ¿Me oyes?

—Vale. Lo voy a intentar.

—Oye, Elisa... ¿qué está ocurriendo? ¿Por qué me has traído aquí? No entiendo nada.

Ella pasó su brazo derecho por debajo del mío y alzó la mano para cruzar su dedo índice sobre mi boca, ordenándome silencio. Luego, comenzó a moverse hasta colocarse delante de mí. Y se giró para que quedásemos los dos frente a frente. Y entonces, me besó muy despacio. Muy suavemente. Apenas un roce de sus labios sobre los míos.

Me quedé tan sorprendido que no hice ni dije nada. Me limité a cerrar los ojos y disfrutar del momento. Un largo y delicioso momento.

Y al instante siguiente, apareció la muerte.

Apartó la cortina de ducha de un tirón.

La muerte llevaba en la mano un cuchillo enorme.

Un cuchillo que, sin más ni más, clavó por dos veces en la espalda de Elisa.

Abrí los ojos. La sangre, oscura y densa, salió a borbotones, como un surtidor, manchando la cortina y el plato de ducha; salpicándome.

Elisa gritó una negación angustiada, se le doblaron las rodillas y se escurrió entre mis brazos. No llegué a parpadear, pero la visión de la sangre de Elisa, del terror de Elisa, de la muerte de Elisa, me nubló la vista; pese a la ceguera, reaccioné de forma instintiva, atenazando la mano que sujetaba el cuchillo. La mano de la muerte. Le clavé las uñas en la muñeca y le arrebaté el arma. Completamente fuera de mí, desquiciado, me abalancé sobre la muerte y le clavé su propio cuchillo en el pecho con todas mis fuerzas. Aunque le acerté en el mismísimo centro del esternón no hallé resistencia alguna y la hoja de acero se hundió en su cuerpo con toda facilidad.

La muerte tenía el semblante de alguien como yo. Y estaba tan desnuda como yo. Su sangre me salpicó la cara y convirtió mi rostro en el de un asesino.

La muerte gritó como un becerro mientras retrocedía trastabillando hasta chocar de espaldas contra la pared. Luego, con la mirada incendiada, se fue dejando caer, resbalando sobre los azulejos húmedos, lentamente, hasta quedar sentada en el suelo. Finalmente, la cabeza se le inclinó a un lado.

Y la muerte, murió.

El corazón me latía tan enloquecidamente que tuve que apretar los dientes para evitar que se me saliera por la boca. Sentí una simétrica doble punzada de dolor en la parte alta del cuello, tan intensa que me hizo gemir.

Me volví hacia Elisa, también sentada, aunque ella en el suelo de la ducha. Un reguero de sangre se perdía por el agujero del desagüe. Como en Psicosis, de Alfred Hitchcock.

Caí de rodillas, sin poder evitarlo, y el impacto resultó tan doloroso que pensé que me había fracturado las dos rótulas y me tendrían que poner unas de policarbonato.

—Esto no puede ser verdad —me dije—. No puede ser verdad. No puede ser. No puede estar pasando. No está pasando...

Cerré los ojos.

GAME OVER

En alguna parte, comenzó a sonar la alarma de un móvil.

Abrí los ojos de nuevo, esperando que los cadáveres de Elisa y su asesino se hubiesen esfumado; pero seguían allí.

Me incorporé. Tambaleante, ensangrentado, desnudo. Todavía armado con el cuchillo goteante de sangre, me dirigí a la puerta de la habitación, la abrí y salí al pasillo. En el mismo instante, algunas otras puertas también se abrieron. Y por ellas comenzaron a aparecer chicos y chicas tan desnudos, ensangrentados y tambaleantes como yo.

Contemplé estupefacto aquella extraña procesión. Varios de ellos pasaron ante mí sin siquiera dirigirme una mirada. Quizá sus ojos ya no les servían para ver.

Noté un movimiento a mi espalda.

Era el chico al que acababa de acuchillar. El que se parecía a mí y a la muerte al mismo tiempo. La sangre que manaba de su pecho le chorreaba hasta las ingles. Tenía la mirada perdida y arrastraba los pies, pero estaba claro que venía hacia mí.

Y detrás de él vi a Elisa, igualmente pálida como un cadáver.

Tuve un largo instante de pánico verdadero, de terror auténtico y paralizante, mientras intentaba apartar de mi memoria las más características escenas de La noche de los muertos vivientes, la mítica película de George A. Romero.

Duró solo hasta que alguien gritó en alguna parte:

—¡Fin del juego!

ASESINOS Y VAMPIRESAS

Unos minutos después, nos reuníamos en una de las salas de estar de la planta baja de la casa.

—¿Un juego? —exclamé, furioso—. ¿Queréis decir que no era más que un maldito juego?

—Una especie de juego de rol, sí —confirmó Elisa—. Asesinos contra vampiresas. Con sus reglas y tal, no vayas a creer. Toda una tradición en estas fiestas.

—¡Y por una vez hemos ganado los asesinos! —exclamó muy sonriente un tipo con el pelo de color zanahoria—. Cinco apuñalamientos contra solo cuatro dentelladas.

–¿Y por qué nadie me había avisado? –pregunté, rojo de ira—. ¡Podía haber sufrido un... una... una embolia gaseosa o qué sé yo!

–¿Por casualidad llegaste tarde a la fiesta? –me preguntó Elisa.

–¿Eh...? Pues... sí. Lo cierto es que llegué con retraso. ¿Qué pasa? ¿Ahora es un crimen ser impuntual?

–¡Mira que te dije que estuvieses aquí a las ocho! Por eso no te enteraste del programa de actividades y entraste en la casa cuando el juego ya había comenzado. Bueno, a mí me viniste bien, porque pude hacerte un chupetón, que hoy han estado difíciles.

–Y, a pesar de eso, hemos ganado los asesinos. ¡Cinco a cuatro! –insistió el pelirrojo, chocando palmas con otros dos chicos que también parecían encantados con el resultado.

Tanta alegría masculina me hizo sospechar que el premio por ganar el juego podía ser algo más que un simple diploma de cartulina.

–Un momento, un momento... –pidió entonces una de las chicas, igualmente cubierta de sangre desde las cejas hasta las uñas de los pies—. No estoy segura de que hayáis ganado. Falta el imbécil de mi novio. Si tiene chupetón en el cuello, estaríamos empatados a cinco. ¿Pero dónde se ha metido?

–Es verdad. ¿Dónde está Adolfo?

–Vamos a dar unas voces por la casa –propuso el tipo al que yo le había clavado su propio puñal en el esternón—. Igual no se ha enterado de que esto ya ha terminado y sigue aún de cacería.

En compañía del pelirrojo se acercó al hueco de la escalera y, haciendo bocina con las manos, ambos comenzaron a dar voces.

–¡Adolfo! ¡Adolfooo...!

–¡Adolfo, baja ya! ¡El juego ha acabado!

–¡Adolfooooo! ¡Chicooo...!

–Anda, que como esté dándose el lote con otra... ¡me va a oír!

Fue entonces, al escuchar cómo entonaba esa frase, cuando reconocí a la novia del tal Adolfo. Muy mona de cara y con el pelo a lo Grace Kelly. Rubia natural o muy bien teñida. Delgaducha, como le gustan a Nico. Sin marcas de bikini en la piel... Sin duda, era la chica a la que había visto al principio de la fiesta discutiendo en el jardín con el sosias de Hitler. Adolfo, naturalmente.

–¿Quién es? –le pregunté a Elisa, por lo bajo, señalándola con un gesto de las cejas.

–¿Esa? Es Mireia, la anfitriona de la fiesta. La hija de los dueños de la casa.

–¡Atiza...! Oye, y su novio... no será, por casualidad, uno muy alto, con bigotito y peinado con raya a la derecha.

–Ese mismo. Adolfo, se llama.

–Sí, sí, ya lo he oído. Adolfo, por supuesto. Vaya una pareja extraña. No pegan ni con cola.

–Si tú lo dices...

Había reproche en el tono de Elisa.

–Oye, no me entiendas mal, A mí, si se quieren, como si vienen de distinto planeta. Lo que pasa es que, a poco de llegar yo, los he visto discutiendo agriamente en el jardín. Y no sé si llamarlo «el imbécil» delante de todo el mundo es una forma moderna de cariño, pero hace mal efecto, ¿no crees?

Elisa se encogió de hombros.

–A lo mejor tienen un mal día. Pero lo cierto es que llevan mucho tiempo saliendo juntos. Más de un año, seguro. El verano pasado ya se habían liado.

–Desde luego, un año de relación a los dieciocho es un noviazgo en toda regla. Tiene mérito. Y no lo digo con segundas.

Elisa me miró con dureza. De pronto, sin embargo, dulcificó el gesto y el tono de voz.

–Bueno... ella sí tiene dieciocho. Él es algo mayor. Bastante mayor: veintitrés o veinticuatro.

–¡Huy, sí! Un anciano –Elisa sonrió un poquitín. Por Dios, qué guapa se ponía al sonreír–. Pero yo lo decía por ella, precisamente. Si empezaron a salir hace un año, ella tendría entonces solo diecisiete. Y él, siete u ocho años más. Eso sí me parece rozar el peligro.

Elisa no replicó.

–¿Y nosotros? –me preguntó poco después.

–Nosotros, ¿qué?

–Que si hacemos buena pareja, según tu personal criterio.

–¿Estás de broma? La hija de la Paqui y el hijo de la Concha. ¡Pero si estamos hechos el uno para el otro!

Ella sonrió, pero menos de lo que yo esperaba. A cambio, se me quedó mirando a los ojos de un modo nuevo para mí. Creo que ni mi madre me había mirado jamás así. De una forma tan dulce que, de haber sido diabético, me habría ocasionado una crisis glucémica.

–Es extraño. Casi no te conozco y, sin embargo...

–Sin embargo... ¿qué?

–Me... encantaría que tuvieras razón.

Eso era casi una declaración de amor.

«¡Hora de besarla, *atontao!*!» –gritaron como locas mis alarmas neuronales, al tiempo que las hormonas que regulan los asuntos de la atracción por el sexo contrario se zambullían por batallones en mi torrente sanguíneo.

Me puse algo nervioso, lo reconozco. Y también reconozco que, tras haber pasado un buen rato desnudos debajo de una cama y agarrándole una teta, tiene que parecer un poco ridículo que la perspectiva de besar a Elisa me pusiera nervioso. En realidad, ella ya me había besado a mí en aquella ducha, poco antes de que la apuñalaran. Pero es que eso era un juego de rol y ahora eran otras cosas las que estaban en juego. No sé si me explico.

Vamos, que la chica me encantaba y quería hacerlo bien. Todo lo bien de que fuera capaz.

Le acaricié el óvalo de la cara con la punta de los dedos, desde el lóbulo de la oreja hasta el mentón. Y cuando ella levantaba el rostro, entrecerraba los ojos y fruncía levemente los labios... una fugaz, clarividente e inoportuna asociación de ideas me provocó una punzada casi dolorosa en el estómago.

Elisa lo notó al instante.

–¿Qué... qué te pasa? ¿Y mi beso? ¿Dónde está mi beso?

Tenía que haber seguido adelante. Tenía que haberla besado, de todas formas, aun sabiendo que ya no podía sacar un sobresaliente. Podía haberme conformado con un notable bajo; incluso con un aprobado raspado. Pero no. El hechizo estaba roto y todo se había ido al traste. Ella había notado mi indecisión y yo ya no podía hacer nada por arreglarlo.

–¿Puedo saber qué te ocurre? –insistió ella.

–¿Tú sabes... sabes si el novio de Mireia lleva una cruz gamada tatuada en los tobillos?

Me miró seria como un brigadier de lanceros polacos.

–No puedo creerlo –murmuró–. Aquí estoy yo, esperando que me beses apasionadamente y tú... cambias de tema. ¿Pero de qué vas, tío?

–¿Cómo...? ¡No! No, no... por favor, no te enfades conmigo. Me temo que esto es importante, Muy importante, te lo aseguro.

La tomé la cara entre las manos y me acerqué a ella para mirarla al fondo de sus ojos sin fondo.

–Retomaremos lo del beso enseguida. Créeme. Y habrá merecido la pena esperar.

Por un momento, me pareció que iba a mandarme a hacer gárgaras pero, finalmente, suspiró. Supongo que mi comportamiento le pareció tan

extraterrestre que no fue capaz de enfadarse conmigo.

–Más te vale. O te arrancaré el bazo para hacer con él morcillas de arroz.

–Trato hecho.

–La verdad es que no me he fijado si el tal Adolfo lleva tatuados los tobillos. Se lo tendremos que preguntar a Mireia. ¿Te parece?

Mireia Hidalgo de Amezcoba y Gómez–Córdoba hablaba en un sofá con el tipo pelirrojo cuando los interrumpimos.

–Hola, Mireia. Mira, quería presentarte a mi amigo Ernesto.

–Encantado, Mireia –le dije, mientras intercambiábamos dos besos.

–Elisa, hija, no sé de dónde sacas a estos tíos tan buenos. ¿Qué tienes? ¿Un criadero?

El comentario me dejó un tanto descolocado, así que fue Elisa quien retomó la palabra.

–Verás... ya sé que queda un poco raro, pero Ernesto dice que puede ser importante.

–¿El qué?

–Quiere saber si Adolfo lleva tatuada una cruz gamada en los tobillos.

Mireia me lanzó una mirada de pedernal. Tardó en contestar.

–Conste, que todos los tatuajes que lleva se los hizo antes de conocerme. Pero... sí, así es. Lleva uno de esos símbolos nazis en cada uno de los tobillos. ¿Por qué? ¿Acaso sabes dónde está? Porque sigue sin aparecer y ya me estoy mosqueando.

–No es seguro, pero... quizá.

La dueña de la casa endureció el gesto, intuyendo algo raro en mi tono.

–¿Qué está pasando aquí? ¿Me la está pegando con otra? ¿Es eso?

–Por algo así no te habría molestado, Mireia.

–¿Entonces...?

En lugar de contestar, miré al pelirrojo.

–¿Podrías acompañarme? Prefiero no ir solo.

Él se dio cuenta enseguida de que pasaba algo extraño. Y de que podía ser grave. Parecía un tipo despierto y asintió enseguida.

–Desde luego que sí. Voy contigo.

–¡Eh, eh...! Aquí, la principal interesada soy yo, así que voy con vosotros – dijo Mireia, poniéndose en pie.

–Y yo también –añadió Elisa.

Alcé las manos en un vano intento de hacerles cambiar de opinión.

–A ver, chicas, seguramente no hay nada de qué preocuparse y creo que es

mejor que no...

–Esta es mi casa –me interrumpió Mireia–. Elisa y yo os acompañamos. ¡Y no hay más que hablar! ¿A dónde tenemos que ir?

Miré hacia lo alto.

–A la buhardilla.

LA QUINTA PUERTA A LA IZQUIERDA

Nos pusimos en marcha los cuatro de inmediato.

Con las luces encendidas, la casa parecía distinta. La escalera de caracol parecía distinta. El pasillo que cruzaba la buhardilla de parte a parte parecía distinto.

–¿Recuerdas cuál era la habitación? –le pregunté a Elisa–. En la que nos escondimos bajo la cama.

Al oírme, Mireia y el pelirrojo cruzaron una mirada divertida.

–Aquella –me respondió Elisa, con total seguridad–. La quinta del lado izquierdo.

Fui por delante. Llamé con los nudillos. Al no obtener respuesta, abrí la puerta y encendí la luz del cuarto.

No había duda de que Elisa había acertado: la cama no estaba deshecha pero sí la colcha muy arrugada, en señal de que alguien se había arrojado sobre ella. Y se apreciaban algunos signos de violencia por el resto de la habitación. Entre ellos, una figurita de Lladró sobre la moqueta, rota en tres pedazos.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó el pelirrojo.

–Hubo una pelea.

–¿Entre quiénes?

–Entre Adolfo y otra persona a la que no pude identificar –respondí.

Enseguida, los cuatro posamos la mirada en la puerta del cuarto de baño, que permanecía entornada.

Esta vez, Mireia se me adelantó.

Avanzó hasta allí, tomó aire y empujó la puerta para abrirla de par en par. Al momento, retrocedió dos pasos mientras se llevaba las manos al pecho, ahogando un grito y gimiendo una maldición, casi al mismo tiempo.

La escena que nos aguardaba tras aquella puerta es de las que nunca se

borran del recuerdo, por muchos años que uno viva.

Más que un cuarto de baño era un baño de sangre.

Y esta vez se trataba de sangre real, no como la que salía de los puñales de atrezo utilizados en el juego de las vampiresas.

Descubrimos a Adolfo metido en la bañera, en una postura difícil, como si hubiera caído allí desde lo alto. La cabeza estaba echada hacia atrás y tenía la garganta abierta de oreja a oreja. La sangre que había manado del degüello le cubría el tórax y el abdomen y se deslizaba lentamente por la loza, hasta el desagüe.

Y a todos se nos fue la vista hacia un detalle macabro.

–¿Qué... demonios es eso? –preguntó Elisa, señalando un trozo de tela blanco que le salía al muerto de la boca.

Apretando los dientes, me aproximé un poco más porque me pareció que el tejido llevaba marcadas unas letras.

–Creo que pone... Ocean.

–¡Oh, Dios...! –gimió Elisa–. Son unos calzoncillos.

El pelirrojo salió y echó a correr mientras gritaba como una rata histérica. Mireia, en cambio, parecía haberse quedado petrificada. Seguía con la vista fija en el cuerpo sin vida de su novio y desgranando entre dientes blasfemias que habrían condenado al fuego eterno a un cardenal emérito. Elisa, impresionada y temblorosa, se abrazó a mí.

–Creo que habrá que llamar a la policía –dije yo.

CONFIDENCIAS

Como si se hubiera entrenado la operación de antemano, varias duchas rápidas borraron la sangre de mentira, mientras se repartían bañadores para todos los asistentes a la *nude-party*, de manera que, cuando apareció la primera patrulla de la policía, apenas diez minutos más tarde, todos teníamos el aspecto de asistentes a una fiesta veraniega de lo más convencional. Eso sí, interrumpida por un incidente decididamente macabro.

Los agentes constataron de inmediato la presencia de un cadáver por muerte violenta y pusieron en marcha el baile propio de estos acontecimientos.

Nos reunieron a todos en el salón principal de la vivienda dando orden de que nadie saliese de allí por ningún motivo hasta prestar declaración y avisaron a comisaría y al juez de guardia para que se hiciera cargo del caso.

Aquellos veinte minutos que pasamos esperando la llegada de su señoría los recuerdo extraños, revueltos y silenciosos a un tiempo, repletos de cuchicheos, de preguntas susurradas y de sorpresas sinceras o fingidas. La noticia de la muerte de Adolfo prendió entre los invitados como un reguero de pólvora y asomaron las primeras lágrimas femeninas y las primeras maldiciones masculinas. Aquello era un verdadero marrón. Un marronazo. La clase de asunto en el que nadie quiere verse mezclado. Mucho menos, aquellos niños de papá.

Yo lancé una mirada general para localizar a Nicolás y, con no mucha sorpresa por mi parte, lo encontré sujetándole la mano a Jenny, la de Forrest Gump, que tenía el gesto desazonado, como si el barco de su padre se hubiera hecho a la mar de forma imprevista y a ella la hubiese pillado a bordo sin una mala biodramina que llevarse a la boca. Hacían una extraña pareja, aunque no realmente por el físico sino, más bien, por el aura que envolvía a cada cual. La desnudez nos equipara a todos de modo bastante eficaz, pero a Nico bastaba ponerle un bañador algo pasado de moda, como el que ahora lucía, para que emergiese a la superficie de inmediato su condición de afiliado a Comisiones Obreras, federación del metal, por tradición familiar. Jennifer, en cambio, desnuda o vestida, vestida de Pertegaz, de Zara, de baturra o con un simple bikini de topos verdes, como era el caso, no podía ocultar su pertenencia a la raza de los millonarios de nacimiento. La llevaba grabada a fuego en ese modo tan chic de mordisquearse los pellejos de las uñas y en el movimiento de cabeza que efectuaba tres veces por minuto para apartarse el flequillo de los ojos. Ese gesto que se puede aprender, claro está; pero que solo te sale de modo natural si has estudiado en un colegio trilingüe.

Y, pese a todo, yo estaba seguro de que Nico, mejor que nadie, sabría encontrar las palabras para conseguir que ella se sintiese mejor en aquellas circunstancias. Otra intuición de las mías.

Cuando los miré, Nicolás alzó la vista y me guiñó un ojo. Yo levanté el dedo pulgar como Tom Cruise en *Top Gun*. O, más bien, como Peter Ustinov interpretando a Nerón en *Quo Vadis?*

Luego, busqué con la mirada a Elisa que, con todo aquel follón, se me había extraviado, de nuevo.

Esta vez la descubrí al momento, sentada en un banquillo de estilo Imperio, con un bikini rojo de vivos blancos que le sentaba de maravilla (¿pero acaso había algo que no le sentase bien a esta chica?), con la cabeza apoyada en la pared, los ojos cerrados y la mano de un tipo con bermudas de flores apoyada

en su rodilla. Lo que me faltaba.

–Lárgate –le dije al muchacho de la larga mano, chasqueando los dedos delante de su nariz.

–¿De qué vas, tío? –me respondió él–. Me iré si me da la gana...

–¡Que te largues! –exclamamos a un tiempo Elisa y yo.

–Vaaale –claudicó el tipo, sorprendido al vernos tan coordinados–. Si os vais a poner así...

Cuando me senté a su lado, Elisa apoyó la cabeza en mi hombro.

–¿Dónde estabas?

–Buscándote.

–No vuelvas a dejarme sola, por favor –me reprochó, sin acritud.

–Descuida –le dije, besándole el dorso de la mano que tenía entrelazada con la mía–. Nunca más.

Transcurrió un minuto largo hasta que Elisa volvió a hablar.

–Vaya lío, ¿no? En especial, para nosotros.

–¿Por qué para nosotros?

Me miró con el ceño fruncido.

–¡Por Dios, Ernesto! ¡Estábamos allí! ¡Allí mismo! Alguien degolló a Adolfo en el baño mientras nosotros nos escondíamos debajo de la cama. Somos los principales testigos.

–Eso solo lo sabemos tú y yo.

–¿Y qué vamos a hacer? ¿Ocultárselo a la poli?

–La bofia.

–¿Eh?

–No se dice «la poli»; queda cutre. Se dice «la bofia».

–Está bien, Al Capone. ¿Le vamos a ocultar a la bofia que estábamos allí?

–No lo sé. Supongo que no, que tendremos que contarlo. ¿Para qué vamos a mentir? Nosotros no hemos hecho nada, no tenemos nada que ocultar. Lo más sensato es decir la verdad. ¿No crees?

Elisa suspiró.

–Imagino que sí. Lo malo es que... voy a resultar una muy mala testigo. Sobre lo que pasó en esa habitación no tengo más que un enorme lío en la cabeza. Todo muy confuso. Muy turbio. Incluso, con algunos... vacíos.

–¿Vacíos?

–Lagunas, ya sabes. Supongo que te darías cuenta de que...

Miraba al suelo. Se había puesto colorada. Coloradísima. La apreté contra mí.

–Ya que lo mencionas... lo cierto es que iba a comentártelo.

–¡Cómo no...! –replicó ella, un puntito molesta, al parecer.

–Y quiero que sepas que, se trate de lo que se trate, te ocurra lo que te ocurra, me importa un pimiento, ¿vale? ¡No! ¡Espera! Me he expresado mal. Muy mal. No he querido decir que no me importe. Quiero decir que no voy a darle importancia. Más importancia de la que tiene, al menos. No sé si me explico... Es verdad que me asusté un poco al principio pero, luego, ya he visto que se trataba de un problema pasajero. O intermitente. Bueno, lo que sea.

–¿Un... problema? –preguntó ella, parpadeando.

–Bien, estoy preparado para oírlo. ¿De qué se trata? ¿Epilepsia?

Elisa había alzado la cabeza y me miraba con los ojos muy abiertos. Seguía colorada, pero algo menos.

–O sea... ¿Me estás preguntando... si soy epiléptica?

–Ya te digo que me es indiferente. Lo único que me preocupa es saber si se transmite genéticamente.

–¿Eh?

–Que si podrían heredarlo nuestros hijos, en el caso de...

–¿Hijos? –me cortó ella—. ¿Hijos, has dicho? ¡Pero...! ¿De qué rayos estás hablando?

–Mujer, no digo en este momento ni a corto plazo. Hablo de una posibilidad futura...

–¡Ni una palabra más! –exclamó, alzando las dos manos ante mí—. Me parece que te confundes, Ernesto. Primero: que tú y yo acabemos por tener un hijo en común, tiene las probabilidades de un eclipse. Y segundo: no soy epiléptica.

–Vale, vale –repliqué, sonriendo—. Lo dices como si te hubiese acusado de morfinómana. La epilepsia no me parece nada vergonzoso. Ya estamos en el siglo veinte... ¡veintiuno! y te aseguro que estoy dispuesto a afrontar a tu lado lo que sea. No es necesario que te andes con paños calientes ni te pongas a la defensiva conmigo...

–¡Que no soy epiléptica, demonios!

En medio de aquel ambiente de murmullos y medias voces, Elisa había elevado el tono más de la cuenta y nos encontramos de inmediato con veintitantas miradas convergiendo sobre nosotros.

–Vale, bien, bueno, no hace falta que grites...

–Pero ¿tú eres tonto? –continuó ella, más bajito, pero en un tono mucho más

furioso. Y repitió—: ¿Eres tonto de remate? ¡Qué ataque epiléptico ni qué narices! Lo que me ha pasado hace un rato, debajo de aquella cama era que...

—¿Qué?

Puso los brazos en jarras, me miró a un ojo, luego al otro, suspiró hondo y alzó por fin la vista al techo.

—¡No me puedo creer que te lo tenga que explicar, Ernesto!

—¿No? Pues... a ver. Me parece... me parece que estoy un poco confuso. ¿Y si me das una pista?

—¡Qué pista ni qué...! —Me agarró del pelo de la nuca para acercarme a ella y me lo soltó al oído—. Me estaba corriendo, idiota. ¿Lo entiendes ahora o te lo deletreo?

No sé qué cara puse. No sé. De búho hipertenso, supongo.

—Sabes de lo que estoy hablando, ¿verdad? —insistió ella, ante mi silencio perplejo.

—¡Mujer, claro, claro...! ¡Je! ¡Ejem...! Quieres decir que tuviste un... que... el... la... un... ¿un orgasmo?

—¡Hombre, por fin! Premio para el caballero.

—Pero, pero... ¿en serio? Pero yo... ¿cómo iba a pensar...? ¡Si no estábamos haciendo nada!

—Hombre, nada, nada, tampoco, ¿eh? Te recuerdo que estábamos desnudos, me abrazabas por detrás y me sobabas una teta.

—¡Eh, eh...! ¡Te cogía una teta porque tú me habías puesto allí la mano, que conste!

—Solo intentaba que te dieras cuenta de lo que me estaba ocurriendo; para que me ayudases a evitar que nos descubrieran.

—¿Era eso? Pues, chica, no lo entendí. Lo siento, debo de ser muy lerdo y no lo entendí.

—No, si ya me he dado cuenta de que no entendiste nada de nada.

—No me negarás que se trata de algo bastante inusual. No voy a presumir de ser un experto en orgasmos, pero he salido con varias chicas y, vaya, que yo sepa, a ninguna le ocurría nada parecido. Madre mía... Madre mía... y... ¿te pasa así, sin más? ¿Sin tocarte ni nada?

—Ni nada.

—¡Cáramba...! Y, oye... ¿te ocurre muy a menudo? Más que nada, por estar más prevenido la próxima vez.

Elisa hizo una pausa que aprovechó para frotarse la cara con las manos.

—Me ha pasado solo dos o tres veces, hasta ahora —continuó después—. Digo

dos o tres, porque hay una de la que tengo duda. La primera.

–Ah, bueno... ¿Y no sabes a qué se debe?

Elisa ladeó la cabeza, al tiempo que fruncía los labios.

–Ahora ya tengo una ligera idea. Creo que tiene que ver con las situaciones de peligro. La vez anterior me ocurrió montando en la noria gigante, en el parque de atracciones. Nada más subir, tuve la sensación de que algo iba mal.

–¿Qué quieres decir? Te corriste... ¿y se rompió la noria?

–Se rompió esa misma noche, unas horas más tarde. Tuvieron que acudir los bomberos a rescatar a los pasajeros. Pero, de algún modo, yo intuí el peligro antes de tiempo. Igual que hoy: al entrar el asesino en la habitación... de repente, algo me ha dicho que aquello no formaba parte del juego sino que corríamos verdadero riesgo. Peligro de muerte. Y eso es lo que me ha llevado a excitarme sin poder evitarlo. Como un sensor de alarma. Es algo que no puedo controlar.

Abrí mucho los ojos. Menuda historia.

–Ya, ya, ya.... Desde luego, ha sido tremendo. Parecía que te estaban electrocutando.

Elisa me miró de nuevo y carraspeó.

–Sí, bueno... pero... lo cierto es que... siempre es así.

–¡Ejem...! Quieres decir... siempre que tienes un asesino cerca.

–No, no: siempre, siempre. La diferencia es que... a ver... en casos como el de hoy, me viene de forma espontánea. Sin provocarlo, quiero decir.

–Ajá...

–Pero, sean provocados o espontáneos, mis orgasmos son siempre más o menos así.

–¿Tan... intensos? ¿En serio?

–Tanto, que en algunas ocasiones, pierdo el contacto con la realidad.

–¡Caray! Oye, oye... ¿estás segura de que no es epilepsia?

–Seguro. Se lo conté a mi ginecóloga y... me hicieron unas pruebas, para descartarlo.

–¡Ah, vaya! –exclamé—. ¡O sea, que hasta fuiste al médico porque no te parecía normal! ¡Mira...! Me haces sentirme como un idiota insensible y resulta que no iba yo tan desencaminado.

Elisa se echó a reír. Me encantaba cuando reía así.

–¡Pues, mira, en eso tienes razón! Además, que esta vez ha sido especialmente violento. Por momentos, sentía que hasta me faltaba el aire. Yo creo que ha sido porque sabía que no podía gritar...

–O sea que, normalmente, gritas. Además.

–Pues sí. Grito bastante, sí. Esa es la verdad.

No sé qué cara puse en ese momento, quizá de pánico. El caso es que Elisa se me quedó mirando, muy seria. Y se produjo un silencio inesperado y algo tenso. Cuando volvió a hablar, había cambiado de tono.

–Oye, Ernesto... todo esto que te estoy contando... espero que...

Intuí lo que quería decirme. Alcé las manos de inmediato.

–¡Ni lo dudes! No se lo voy a contar a nadie. Jamás. Nunca. Seré una tumba. ¡Qué digo, una tumba! ¡Tres tumbas! ¡Tres tumbas egipcias! Esto queda entre nosotros, por supuesto. Entiendo que se trata de algo muy personal. ¡Qué digo, personal! Algo íntimo. Superíntimo. De hecho, estaba pensando qué podría yo contarte sobre mí para corresponder a tu confianza pero... es que no se me ocurre nada que se le pueda comparar. A tu lado, me siento una especie de organismo simple. Como un paramecio. O un ladrillo.

–Oye, Ernesto, que no...

–¡Ah, ya sé! Atiende: a los doce años me enamoré de una prima mía y le robé unas braguitas del cajón...

Elisa me tapó la boca con la mano.

–¡Para, para...! Aparte de que no quiero saber más sobre el extraño caso de las braguitas de tu prima... no me refería a eso.

–¿No? –pregunté, entre sus dedos.

Tenía unos ojos cautivadores, salpicados de motitas verdes y con pestañas largas y oscuras como alas de buitre. La mirase como la mirase, de cerca de o de lejos, en detalle o en conjunto, cada vez me gustaba más. La encontraba de un sexy insoportable.

–Ya sé que no lo vas a ir contando por ahí –me dijo–. Vamos, confío en ello. Lo que quería preguntarte es si... si esto que te he contado... no supondrá para ti un problema. Me refiero a... un impedimento para nuestra relación. Posible. Posible relación.

¿Me estaba diciendo, de manera indirecta, que admitía la posibilidad de liarse conmigo? ¿De liarse conmigo en el plano amoroso-sentimental? ¡Pero eso era algo maravilloso!

–¡No! –exclamé, de inmediato, firmísimo–. No, no, no, eso sí que no. Ningún impedimento. ¡Ni hablar! Qué va, qué va, qué va... ¿Por qué iba a serlo? Al contrario: ¡me encanta! ¿Qué pasa? ¿Que gritas mucho al hacer el amor? Pues ya nos iremos a vivir a una casita en el campo, para no molestar a los vecinos, mujer. ¡Faltaría más!

Con eso, conseguí que volviera a sonreír. Luego, me abrazó. Yo a ella, no sé. Pero ella a mí, me tenía ya en el bote.

–De hecho –continué, imparable– lo más llamativo de todo es eso de que puedas intuir el peligro. ¡Eso son superpoderes, Elisa! ¿Cómo los conseguiste? ¿Son de nacimiento o es que de niña dormías cerca del microondas?

–Será una forma de intuición femenina.

–Ni hablar. Eso lo tienen casi todas las mujeres y lo tuyo es un escalón superior, sin duda. Al nivel, por lo menos, de El Sexto Sentido.

–Con la diferencia de que yo no veo muertos.

–¿Ah, no? Bien, bien, bien. Algo es algo. No sabes qué alivio...

BARETA

Con todo aquel interesante diálogo, no nos habíamos percatado de que acababan de entrar en la sala varios policías de la brigada judicial. Y, de pronto, mientras Elisa y yo terminábamos nuestra rutilante conversación, el inspector jefe del grupo se nos plantó justo delante. Un tipo alto, moreno y grande, con un bigote como el que llevaba el locutor de radio Carlos Herrera antes de afeitárselo; al filo de la cincuentena, vestido con vaqueros y un Lacoste verde y que ocupó de repente todo nuestro campo visual.

Elisa, al sentirlo allí, tan cerca, me apretó la mano, impresionada. El policía se cruzó de brazos y nos dedicó una mirada larga e intensa, que rompió finalmente con una voz profunda como una mina de carbón.

–No me lo puedo creer –masculló, dirigiéndose a mí–. Ernesto García Sanpancracio. ¿Se puede saber qué diablos haces aquí?

Tragué saliva con dificultad.

–¿Yo? Pues... había una fiesta y estaba invitado.

–Vaya mala excusa –valoró él.

–¿Y tú? –pregunté a mi vez–. ¿Qué haces tú aquí, tan lejos de casa?

El poli abrió los brazos.

–Llevo aquí todo el verano. Desde el quince de junio. Me han destinado tres meses a este condenado pueblo como refuerzo de plantilla. Y cuando me toca atender mi primer homicidio, pregunto si hay algún testigo del crimen y todos te señalan a ti. Bueno, en realidad, a vosotros dos. Hay que fastidiarse.

–Eso digo yo: con la de policías que debe de haber en España y te tiene que tocar esto a ti. Hay que fastidiarse, en efecto.

El hombre del bigote y yo nos miramos de hito en hito, como dos pistoleros a punto de desenfundar para decidir quién vive y quién muere. De pronto, él chasqueó la lengua e hizo el gesto de correr un tupido velo.

–Bueno, ¿qué? –preguntó, a continuación, cambiando de tono–. ¿Me vas a presentar a esta preciosidad o voy a tener que pedirle que se identifique ante la autoridad?

Suspiré profundamente, antes de hacer las presentaciones.

–Esta es mi amiga Elisa Montoya. Elisa, te presento al inspector de policía Julián Baretta. Es un buen amigo de mi familia.

El nuevo chasquido de lengua de Baretta se escuchó ahora en toda la sala. Como el restallar del látigo de un domador de fieras.

–Oye, Ernesto, las cosas se hacen bien o no se hacen –me aconsejó–. ¿Cómo que amigo de la familia? ¿Cómo que amigo? ¡Soy tu padrino, demonios! ¿O es que ya no te acuerdas?

–¡Ay, sí! Disculpa, Julián, lo había olvidado. Como nunca me haces ningún regalo...

–Pero ¿qué regalos quieres que te haga con la mierda de sueldo que cobramos los policías? Eso sí: todas las semanas juego a la Primitiva y el día que me lleve el bote, cuenta con un buen pellizco.

–Mira, qué bien. De repente, ya no temo por mi futuro.

Baretta se volvió entonces hacia Elisa y le tendió la mano.

–Encantado de conocerla, señorita Montoya.

–Lo mismo digo, inspector.

–¿Eres la novia de Ernesto? ¡Y tú no digas nada! –me advirtió, señalándome con el dedo–. Responde, Elisa. No te sientas presionada. Habla con libertad. Pero no se te ocurra mentirme o pasarás la noche en el calabozo.

Ella respondió de inmediato y con una convicción que me sorprendió.

–Ya que lo pregunta, sí, inspector: Ernesto y yo somos novios.

–¡Vaya, vaya...! ¿Y desde cuándo?

–Desde hace unos... treinta segundos.

–Eres el primero en saberlo –le aclaré–. De hecho, lo has sabido antes que yo, incluso. Así que no les vayas con el cante a mis padres, ¿vale?

–¿Me tomas por un chivato? –replicó Baretta–. Solo quería saber el terreno que piso. Aclarado está. Y tú, chatica, a partir de ahora no hace falta que me llames inspector. Puedes llamarme Julián, que para eso eres la novia de mi ahijado.

–De acuerdo, inspector.

–¿Qué tal la tía Sole?

Mi pregunta, que pretendía ser una simple cortesía, provocó una extraña reacción en Baretta, que agachó la cabeza y se rascó la nuca durante un tiempo eterno.

–Bien –dijo, al fin.

–¿Le... ocurre algo malo? –pregunté, con temor.

–No. No, no, está bien, de veras. Estará bien, seguro. Supongo, vaya.

–¿Supones?

–Es que... es solo que... que nos hemos dado un tiempo.

–¿Un tiempo para qué?

–¿Cómo que para qué? ¿Eres tonto o estudias para serlo?

–Creo que quiere decir que se han separado temporalmente –me aclaró Elisa, por lo bajo.

Baretta asintió, con un cabezazo brusco.

–Eso es. Hace tres meses. Cuatro, ya. Esta... mierda de oficio –rezongó, a modo de explicación.

Me sentí desolado.

–¿En serio? ¿Lo habéis dejado? ¡Pero...! –me salió del alma–. No es posible, Julián... o sea... ¡no es posible!

–Eso mismo pienso yo, a veces. Pero lo es.

Soledad, la esposa de Julián Baretta, a la que yo llamaba «tía Sole» desde que aprendí a hablar, me caía rotundamente bien. Siempre me había parecido una mujer de bandera: hermosa, decidida, inteligente... De joven, había sido Miss Murcia con Gafas o algo por el estilo y era mi modelo femenino a perseguir desde la preadolescencia. Yo envidiaba a Julián por haberle echado el lazo a alguien así y quería encontrar para mí una mujer como la tía Sole. Todas mis novias, incluida Elisa, se parecían a ella de un modo u otro.

–No sabes cuánto lo siento, Julián –le dije, con verdadero pesar-. ¿Hay posibilidad de... de arreglarlo... o algo?

–Lo veo complicado, Ernesto; muy complicado. Pero... puedes seguir llamándola por teléfono siempre que quieras. Se alegrará mucho de que lo hagas. Ya sabes cuánto te quiere.

–Y yo a ella –dije, con un nudo en la garganta.

–Lo sé, lo sé... Y, por cierto, tus padres aún no saben nada, así que no les vayas a ir con el cante. Ya... ya se lo contaré yo cuando me parezca oportuno. ¿De acuerdo?

–Por supuesto. ¿Me tomas por un chivato?

–Te tomo por un inconsciente y un torpe, que es lo que siempre has sido. Y ahora, si no os importa, volvamos al trabajo. Contadme entre los dos todo lo que recordéis relacionado con el crimen.

En seis minutos y medio le hicimos un buen resumen mientras él tomaba notas en una libretita más que mugrienta. Al terminar, sacudió la cabeza.

–Pues vaya una birria de testigos –resumió–. De modo que estabais bajo una cama, a oscuras, solo visteis pies iluminados por los relámpagos de la tormenta; os pareció que peleaban pero no visteis el crimen porque se produjo en el cuarto de baño. Os fuisteis de allí sin saber que había un muerto. Y desde que salisteis de la habitación hasta que descubristeis el cadáver había pasado casi media hora. Lo único interesante es que, al parecer, el asesino no iba descalzo.

–Eso es. Lo que significa que no era un invitado a la fiesta.

–¿Todos los invitados a la fiesta iban descalzos?

–Todos íbamos descalzos –aclaré–. Era una fiesta... de bañadores.

–De bañadores pasados de moda, por lo que veo –apreció Baretta, al que no se le escapaba una–. Y... por cierto, que no hemos encontrado el bañador del muerto.

–Ah... ¿No?

–Supongo que os fijaríais en que estaba desnudo.

Elisa y yo cruzamos una mirada de reojo.

–Pues... la verdad es que yo solo me fijé en que le habían rebanado el cuello –respondió ella.

–Quizá el asesino se llevó su bañador –apunté.

Baretta asintió, despacio.

–Puede ser una explicación, desde luego. ¿Y, a cambio, le dejó sus calzoncillos metidos en la boca?

–En eso sí que nos fijamos –aclaré–. ¿No son los calzoncillos del muerto?

–No. No son de su talla. Y es un detalle bien raro.

–Como uno de esos crímenes rituales de las novelas nórdicas de serie negra.

–Tú lo has dicho: de las novelas. Y, hablando de todo... hay algo que no acabo de entender: ¿Qué hacíais vosotros dos debajo de la cama de la habitación del crimen?

Yo aún no había encontrado la primera palabra de mi improbable explicación cuando Elisa salió al quite.

–Escondernos –dijo ella, de inmediato–. Participábamos en un juego de rol:

asesinos contra vampiresas.

–¡Caramba...! Suena colosal –reconoció Baretta, con una sonrisa–. Y pensar que en mis tiempos nos parecía apasionante jugar al billar... En fin, espero que ese chupetón tumefacto que luce tu chico en la base del cuello se lo hayas hecho tú. Y no otra vampiresa.

Elisa sonrió, mostrando la dentadura superior.

–Cayó en mis garras como un panoli.

Justo en ese momento, apareció un policía de uniforme que se dirigió a Julián Baretta.

–Inspector... hemos encontrado lo que podría ser el arma homicida. Un cuchillo de grandes dimensiones, manchado de sangre. Estaba en el jardín, entre unos arbustos, justo debajo de la ventana del escenario del crimen.

–Pues ya sabéis: que lo procesen los de la científica, a ver si encuentran huellas dactilares –ordenó Baretta–. Lo dudo porque, desde que los venden en la sección de droguería del Mercadona, todos los asesinos de España usan guantes de látex, pero... por si acaso.

Los hombres de Baretta nos separaron a los chicos de las chicas y, en medio de un cierto choteo por parte de todos, dos agentes femeninas se las llevaron a ellas a otra sala para tomarles los datos y la primera declaración, mientras nosotros hacíamos lo propio allí mismo.

Antes de separarnos, Elisa me abrazó unos instantes y, luego, me revolvió el pelo.

–Cuando terminemos con esto, quedamos ahí fuera. ¿Vale? Recuerda que aún me debes un beso como Dios manda.

–Descuida, no se me olvida ni por un segundo.

MADDOX

Fue cosa de unos veinte minutos. Tras tomarnos a todos nuestros datos personales y declarar lo que cada cual hacía en los momentos cercanos al crimen, los policías nos permitieron marcharnos.

–¿Qué vas a hacer ahora? –me preguntó Nicolás, mientras nos vestíamos por fin con nuestra ropa en la habitación de los percheros–. Aunque parezca mentira, solo son las once y cuarto.

–He quedado ahora con Elisa, pero aún no sé qué haremos.

–Jenny y yo hemos hablado de ir a Maddox.

Maddox era la macrodiscoteca de moda. Llevaba fama de que entre sus paredes podía ocurrir cualquier cosa inaudita. Con el Maddox como escenario, se contaban las historias más increíbles. Seguramente, todas falsas.

–Para ir a Maddox necesitas que alguien te lleve en coche.

–Ahí está el truco: Jenny tiene coche. Y carné para conducirlo, por descontado.

–Caray. Eso significa que también tiene dieciocho años. Lo cual resulta fundamental para entrar en Maddox si aún eres menor de edad.

–¡Exacto! –exclamó un sonrientísimo Nicolás–. Si acompañas a una tía de dieciocho, nadie piensa que tienes diecisiete. ¡Je, je!

–El otro problema es que una entrada con consumición en el Maddox también te obliga a ser mayor de dieciocho. En este caso, de dieciocho euros.

–Invita ella. Le he dicho que me había dejado la cartera en casa.

–La bragueta.

–No, hombre, la cartera. ¿Cómo voy a dejarme la bragueta en casa?

–Digo, que te abroches la bragueta, calamidad.

–¡Ayvé...! Menos mal que te has dado cuenta –Nico adoptó aire de filósofo mientras se subía la cremallera–. Qué cosa tan curiosa, ¿no te parece?

–¿El qué?

–Hemos pasado la tarde todos en pelotas, pero si ahora Jenny me hubiese cazado con la bragueta abierta... me habría muerto de vergüenza. Lo cual me resulta inexplicable pero lógico. Gracias por el aviso, ¿eh?

Cuando salimos al paseo marítimo, Jenny ya estaba allí y, en cuanto vio a Nicolás, trotó como una gacela Thompson para echarse en sus brazos. Lucía una minifalda de esas que mucha gente confundiría con un cinturón ancho, y unos zapatos con tacones de vértigo que debían de valer, ellos solos, más que todo lo que yo he vestido a lo largo de mi vida, incluido el traje de primera comunión. Estaba despampanante, hay que reconocerlo.

Justo en ese momento, apareció a toda prisa un Jaguar de color tabaco metalizado, conducido por un matrimonio de mediana edad; ella, al volante, con el semblante más serio que un fiscal del Supremo. Él, a su lado, parecía asustado. Pararon en doble fila, entre dos de los coches-patrulla, bajaron del auto y se dirigieron presurosos a la entrada de la casa.

–Son los padres de Mireia –nos informó Jenny.

–Pensaba que estaban de viaje –dije.

–¡Qué va! Es que son muy enrollados. Les dejan la casa a sus hijos para hacer tres fiestas cada verano. Una al principio, otra al final y otra en medio,

que era esta. Bueno, eso hasta ahora. Después de lo que ha pasado hoy, dudo mucho que haya ninguna otra fiesta nunca más.

–¿Y... ellos saben que son fiestas *nude*?

Jenny se encogió de hombros con un gesto tan chic, que a Nicolás y a mí nos crujieron las cervicales.

–Eso ya no lo sé.

Nico y Jenny estaban dispuestos a esperar a Elisa para irnos juntos los cuatro a Maddox. Les dije que me parecía bien. Pero tras otros veinte minutos de espera, Elisa seguía sin aparecer. Y aunque Nico y Jenny no se aburrieron lo más mínimo porque estuvieron comiéndose vivos a besos, finalmente los vi tan impacientes que les propuse que se fueran sin nosotros.

–¿Y no la puedes llamar al móvil? –me preguntó él.

–Ni siquiera sé si tiene móvil. Y mucho menos, se me ha ocurrido pedirle el número. Tampoco tenía dónde apuntarlo.

–Es raro que tarde tanto –comentó Nico–. ¿No puede ser que saliera antes que nosotros y se haya marchado?

Cabía esa posibilidad, claro. Que hubiera cambiado de opinión en el último momento. Pero era una opción que yo no quería contemplar.

–Vete a saber. Yo voy a esperarla un poco más. Marchaos o se os va a hacer demasiado tarde. Ya iremos juntos a Maddox otro día. Aún queda mucho verano. Id y pasadlo bien.

Jenny se acercó a darme dos besos.

–Aunque me haya liado esta noche con Nico, la invitación sigue en pie –me susurró al oído.

Nos sonreímos. Me empezaba a parecer una tía estupenda.

–Invítala a horchata –le dije a Nico en voz baja, mientras intercambiábamos un apretón de manos de colegas–. Con eso, la tienes en el bote.

–¡Anda ya...! Tú, lo que quieres es que la cague y quede delante de Jenny como un muerto de hambre. ¡Ay, qué mala es la envidia...!

–Bueno, pues nada. No he dicho nada. Allá tú y tu Rolex de imitación.

Se fueron los dos cogidos de la mano y subieron al coche de Jenny, un Mini Cooper clásico restaurado, de color verde oscuro, con la bandera inglesa pintada en el techo, monísimo. Lo que más me impresionó fue descubrir que lo había aparcado allí mismo, a treinta metros de la puerta del chalé de los Hidalgo. No sé si queda claro: cualquiera con dinero puede comprarse un Mini Cooper, pero encontrar aparcamiento en pleno agosto en el paseo marítimo... ¡caray! eso solo está al alcance de gente con estrella. Empezaba a

sospechar que Jenny era de esas.

GREEN

En cambio, yo parecía súbitamente abandonado por la fortuna.

Esperé allí, como un pasmarote, casi una hora más. El relente de la noche y la humedad que había dejado la tormenta empezaban a apoderarse de mis huesos. Estaba a punto de rendirme y tomar las de Villadiego, cuando se abrió la puerta de la casa y salieron Julián Baretta y tres de sus hombres, dos de los cuales eran mujeres, por cierto.

–¿Qué haces aquí, todavía? –preguntó mi padrino, al verme–. No me digas que tu chica se ha esfumado.

Abrí los brazos en un universal gesto de desolación.

–Sí, eso parece. ¿No la has visto por la casa?

–No. Pero es una casa muy grande. Igual se ha perdido y no encuentra la salida.

–Lo dudo. Llevo hora y media esperándola. Le habría dado tiempo de encontrar la salida hasta del laberinto de Creta. Hemos debido de entendernos mal. O quizá haya salido por otra puerta. En fin... qué le vamos a hacer. *Alone again*. ¿Alguna novedad sobre el crimen?

Baretta miró ligeramente a un lado y otro.

–No debería contártelo, pero resulta que sí había huellas en el cuchillo que encontramos. Ahora las están procesando. Si se trata de alguien que esté fichado, tendremos un sospechoso.

–Eso son buenas noticias, supongo. Pero no te veo muy contento.

–No, no lo estoy. Hay algunas cosas que no acabo de entender. Pequeños detalles.

–¿Por ejemplo?

Julián se rascó concienzudamente el mentón antes de responder.

–¿Cómo es que hay huellas dactilares en el cuchillo pero no las hay en la manilla de la ventana que abrieron para arrojarlo al jardín?

–Muy sencillo: la ventana ya estaba abierta. El asesino no necesitó tocar la manilla.

Mi padrino me miró con sorpresa y sonrió.

–¡Pues claro! Esa es la explicación, sin duda. Me encanta que seas tan listo. Lo tacharé de mis preocupaciones.

–Lo malo... es que no estaba abierta.

Bareta arrugó el entrecejo.

–¿Cómo dices?

–Oí cómo el asesino abría la ventana.

–¿Estás seguro?

–Sí. En el momento no supe identificarlo, pero ahora que me dices esto... ese ruido que oí era el de la falleba de la ventana abriéndose. Estoy seguro.

–Vaya... de modo que seguimos teniendo un detalle por aclarar.

–Estoy convencido de que encontrarás la solución, Julián. Mi padre siempre dice que eres el tipo más listo y perseverante que ha conocido. Todo se irá.

–Sí, supongo... Y hablando de andar, ¿quieres que te lleve a casa en el coche patrulla? Podemos poner la sirena y las luces azules, como cuando eras pequeño. Recuerdo que te encantaba.

Sonreí, empujado por los recuerdos.

–No sé si es buena idea. Aún es pronto. Mi padre se preocupará si aparezco por casa antes de las cuatro. Y si está tomando la fresca en el balcón y me ve bajar de un coche patrulla, igual le da un ictus.

–Entonces, podemos ir a echar una partida de billar –propuso Bareta–. Para hacer tiempo, digo.

Me pareció una buena opción.

–Vale. El que pierda, paga las cervezas.

Bareta me miró de soslayo, con media sonrisa en la boca.

–¿Quieres decir que ya puedes tomar alcohol?

–Legalmente, desde hace dos meses.

–Joder, cómo pasa el tiempo... De acuerdo, entonces. Pero eres un iluso si crees que puedes ganarme. Todo lo que sabes de billar te lo he enseñado yo. Con gran esfuerzo por mi parte, dicho sea de paso, porque eras un zote con el taco y las bolas.

–He mejorado mucho en los años que llevamos sin vernos, aunque no lo creas. Y a ti, como siempre, se te van las carambolas por la boca, padrino.

Los hombres de Bareta se llevaron los coches y nosotros decidimos ir caminando hasta el Green, un bar de billares con mucho ambiente, que es lo que se dice de los sitios cutres para que parezcan menos cutres.

Cuando estábamos llegando, una chica muy joven vomitaba en un rincón oscuro cerca de la puerta del local, en medio de grandes aspavientos. De

pronto, se dejó caer de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Baretta chasqueó la lengua con disgusto y se le acercó.

–¡Eh! ¿Te encuentras bien? –le preguntó, acuclillándose junto a ella.

La chica desgranó otra serie de arcadas, escupió, eructó y se irguió, muy lentamente, limpiándose los labios con el dorso de la mano.

–Perfectamente, abuelo –dijo, en tono turbio y tambaleándose.

Vestía un mini-short y una blusa ligera bajo la que, incluso a la escasa luz de las farolas, se apreciaba sin dificultad que no llevaba sujetador.

De pronto, se inclinó hacia Baretta, que tuvo que sujetarla para que ella no se le echara encima. Mantuvieron un extraño forcejeo, como un baile breve, en medio del cual saltaron varios de los botones de la blusa, de manera imprevista.

–¡Eh! ¿Qué haces? Déjala en paz.

Un tipo algo mayor que yo, grande y blando, con una gorra de los Knicks con la visera vuelta hacia atrás, acababa de surgir de la oscuridad. Se acercó a Baretta en dos zancadas y lo empujó mientras la enlazaba a ella por el talle con muy poca delicadeza. Yo me puse en guardia, dispuesto a intervenir, pero Baretta me detuvo con un gesto.

–¿Qué pretendías, abuelo? –continuó el de la gorra–. Querías tocarle las tetas a mi novia, ¿eh? ¡Pero qué veo! ¡Si le has roto la blusa! ¡Maldito viejo verde! ¡Te voy a denunciar! ¿Lo oyes? ¡Ahora mismo voy a ir a la policía! ¡Se te va a caer el pelo, por intentar abusar de una menor!

A Baretta se le endureció el gesto. Puso los brazos en jarras y se encaró con el chico, hablándole en un tono suave.

–Vamos, hombre, no te pongas así, que no ha pasado nada. No perdamos la calma. Seguro que podemos arreglar este asunto entre nosotros. Sin acudir a la policía. Sin tener que denunciar a nadie. ¿A que sí?

El chico chasqueó la lengua divertido, triunfante.

–No sé, no sé... a los pervertidos como tú hay que atarlos en corto. Pero, en fin... si nos das algunos pavos para priva, quizá podamos dejarlo correr, por esta vez. ¿O qué?

–Claro. Claro que sí. ¿Qué te parecen... cien euros?

Se les abrieron los ojillos a ambos al escuchar la cifra. Él estuvo a punto de aceptar, pero la chica se le adelantó.

–Lo más justo sería cien euros... por cada una –dijo, señalándose las tetas, que asomaban por la abertura de la blusa, estupendas y provocativas.

–Doscientos, entonces –concluyó Baretta.

–Eso es. Doscientos.

–No sé si llevo tanto dinero encima...

Echó mano al bolsillo interior de la chaqueta, simulando buscar su cartera; pero, en su lugar, lo que sacó fue la placa de policía; y con un gesto rápido, se la plantó al chaval a cuatro dedos de la nariz. De inmediato, él soltó a la chica. Ella se cerró el cuello de la blusa con una mano.

–No... no era más que una broma –dijo el chico, con voz temblorosa–. Un... un juego inofensivo, agente.

–Inspector –les aclaró Baretta–. ¿De quién ha sido la idea?

Él enterró la mirada en el suelo. Ella, no.

–Mía –admitió él, tras un silencio.

Baretta se volvió hacia la chica.

–Y a ti te ha parecido excelente. ¿no? La cosa más ingeniosa del mundo. Seguro que has pensado que a nadie antes se le había ocurrido algo semejante para sacarle la pasta al primer maduro que cayese por aquí.

Ella ni siquiera desvió la mirada.

–No tenemos dinero y aún queda mucha noche...

–¿Cómo te llamas? –cortó Baretta.

–Paloma.

–¿Cuántos años tienes, Paloma?

–Dieci... –pareció dudar– ... siete.

Baretta apretó las mandíbulas para evitar soltar un exabrupto.

–Vamos a hacer una cosa, Paloma. Entra al bar y pide un Trinaranjus. Invito yo. No se te ocurra marcharte de aquí antes de que yo me vaya. Y si te veo beber una sola gota de alcohol, aunque sea un sorbo de una caña de otro, dormiréis los dos en comisaría. En el cuarto de las ratas. ¿Me he explicado con claridad?

–Sí, inspector –respondió de inmediato el de la gorra.

–Y tú, ponte el sujetador –dijo Baretta señalándole el abultado bolsillo del pantaloncito–. Y la próxima vez, piénsalo dos veces antes de aceptar participar en algo así.

Paloma lanzó sobre mi padrino otra de sus miradas de hormigón armado. Sin siquiera volverse de espaldas, se despojó de la blusa y le obedeció, colocándose parsimoniosamente el sujetador, muy bonito y de color azul, sin escatimar toda clase de manipulaciones, hasta que quedó a su gusto. Desde luego, tenía una delantera de primera división. Luego, se puso de nuevo la blusa, le hizo un nudo con las puntas de los faldones y, dándonos la espalda, se

dirigió al bar. Su acompañante la siguió, él sí enterrando la mirada en el pavimento. Solo entonces me acerqué a Baretta.

–Vaya mierda... –susurró, mirando a la pareja–. ¿Quieres hacer una apuesta segura, Ernesto? Pues hazlo a que antes de terminar este verano volveré a cruzarme con esa chica. Y será para llevarla detenida... o para meterla en una ambulancia. Vaya mierda.

Gané la primera partida al billar americano y Julián me ganó la segunda.

En medio de la tercera, la del desempate, mientras parecía que estudiaba la posición de las bolas, así, como si tal cosa, Baretta me confesó, sin preámbulo alguno, de sopetón, que tenía novia.

Tuve que sujetarme a la mesa para no caerme de culo. Me quedé pasmado. De cartón-piedra. De cartón-piedra pintado a la ténpera.

–Vaya... te has dado mucha prisa en buscarle sustituta a la tía Sole –le dije, cuando logré reaccionar, en el tono más hiriente que encontré entre mi amplio registro.

Golpeó la bola blanca y metió la número 7 en la tronera de la esquina. Luego, se incorporó y dio tiza al taco durante un rato largo.

–Oye, Ernesto, verás... me prometí no hablar nunca mal de ella, pero... la verdad es la verdad. Y la verdad es que tu tía Sole... se dio más prisa que yo.

–¿Más prisa que tú? No entiendo.

–Quiero decir que nos separamos, precisamente, porque ella estaba saliendo con un tipo... y se le había olvidado comentármelo. ¿Me explico ahora?

Baretta volvió al juego y metió la 9 y la 10, mientras a mí se me desmoronaba un ídolo de la infancia. Sin poder evitarlo, me encontré con que unos lagrimones gordos como globos de feria me rodaban mejillas abajo.

–Maldita sea... ¿Por qué me haces esto esto, Julián? ¿Por qué me lo has contado? Sabes de sobra que habría preferido no saberlo.

Me alargó su pañuelo. De tela, no un mero kleenex.

–Te lo cuento porque eres mi ahijado, porque no se lo he contado a nadie todavía... y porque mi novia viene de camino y, antes de presentártela, quería que lo supieras.

Abrí los ojos de par en par.

–¿Qué demonios estás diciendo? ¿Que viene...? ¡Oh, no! ¡No, no, no, Julián! ¡No puedes hacerme esto! ¡No quiero conocerla! Hace dos horas aún creía que tú y la tía Sole seguíais juntos. No voy a saber ni qué cara ponerle.

–Lo siento, Ernesto. Tengo mis razones. Y cada vez pierdo menos tiempo pensando qué es lo más conveniente. Hago en cada momento lo que creo que debo hacer y, si meto la pata, asumo las consecuencias.

–¡Me voy! ¡Me voy a casa!

Bareta me sujetó por el brazo.

–Demasiado tarde. Mira, ahí llega.

Apreté los dientes, rabioso. Podía haberme marchado por la puerta trasera pero la curiosidad me pudo.

–Es la del pantalón vaquero y la camisa negra.

Terminé de enjugarme las lágrimas. Por suerte, el cargadísimo ambiente del local me serviría de excusa para justificar la irritación de los ojos.

Era bastante más joven que la tía Sole. Menos de cuarenta, seguro. Y no tenía nada, pero nada, nada que ver con ella. El pelo corto, aunque sin llegar a *garçon*, negro antracita, y una mirada intensísima, de esas capaces de partir en dos un adoquín, coronada por dos cejas espesas, con mucha personalidad.

Buscaba a Julián con la mirada y, al dar con él, sonrió. Y ahí cambió todo.

Recuerdo que pensé: «Dios mío, qué sonrisa. A su lado, hasta la de Maribel Verdú parece la mueca de un enfermo del tétanos». Espectacular.

Y aún se le volvió más luminosa cuando Julián, tras besarla en los labios, me señaló con el pulgar por encima de su hombro.

–Edurne, te presento a mi ahijado Ernesto. Ya te hablé de él.

–¡Hala! –exclamó ella, volviéndose a mirarme–. ¡Pero qué guapo!

Cambiamos dos besos. Me gustó su olor. Me gustó que tuviera exactamente mi estatura. Me gustó que llevase las uñas largas y pintadas de azul. Tuve que admitir que me había caído mejor de lo que yo esperaba.

Julián, de inmediato, se nos acercó y la enlazó por la cintura. Se besaron de nuevo y se miraron a los ojos. Se les veía muy felices y eso me desarmaba porque, por encima de cualquier otra consideración, lo que uno debe desear siempre es la felicidad de la gente a la que quiere. Eso, al menos, es lo que me enseñó mi madre.

Fueron a la barra y ella se pidió una cerveza. Mientras esperaban que el camarero se la trajera, Bareta le habló al oído.

–Han asesinado a Adolfo Cascallana.

Ella tardó un par de segundos en reaccionar pero, después de ese instante, perdió de golpe la sonrisa.

CAPÍTULO CUARTO

9 DE AGOSTO

ERNESTO

Esa mañana, la siguiente a la del asesinato, Ernesto se pateó la playa arriba y abajo en busca de Elisa, sin el menor resultado. No sabía qué pensar. Era como si se la hubiera tragado la tierra. Intentó localizar también a su madre, la Paqui, pero de ella no tenía un recuerdo claro y perfectamente la podía haber pasado por alto entre el gentío de bañistas que abarrotaban la arena más cercana al rompiente de las olas y los primeros metros del mar.

A quienes sí vio, por auténtica chiripa, fue a los padres de Nicolás y se acercó a saludarlos.

–Nico aún debe de estar durmiendo –le informó su madre–. Esta noche ha vuelto tarde. Pero tarde, tarde. ¿No estabas con él?

–No, no... estuvimos juntos en una fiesta, hasta cerca de las doce, pero a la salida, él se marchó con una chica.

–Con una chica, ¿eh? ¿No te fuiste con ellos?

–¿Eh...? N... no, no. Yo estaba esperando a otra, y no....

–Caray, qué manera de ligar la vuestra –comentó su padre–. Con lo difícil que estaba en mis tiempos.

–Sí, sí, estaría muy difícil, pero al final ligaste conmigo –replicó su esposa–. ¡Aún te quejarás!

–No, mujer. Me refiero a que, en lo que llevamos de verano lo he pillado besándose con más chicas diferentes de las que he besado yo en toda mi vida.

–Eso tampoco es mucho decir, porque la verdad es que eras bastante torpe, Eladio.

–¿Torpe, yo?

–Con esto del ligoteo, quiero decir. Vamos, que si no te llegas a topar conmigo, igual te quedas para vestir santos.

–¡Es que eran otros tiempos, Maricarmen! ¡Y deja de sacarme los colores

delante de Ernesto, ¿quieres?

–No se preocupe por mí, don Eladio. Yo, como si fuera transparente.

Tras llegar hasta el rompeolas del puerto deportivo, Ernesto decidió regresar con su familia y preguntarle a su madre por la Paqui, la madre de Elisa. Ella arrugó la nariz.

–No sé dónde viven, hijo. Solo sé que bajan a la playa más o menos frente a la residencia de funcionarios de la Diputación. ¿Qué pasa? Que ahora has descubierto que te gusta su hija y no sabes qué hacer para localizarla, ¿verdad? Los hombres, siempre igual. ¡Siempre a destiempo! ¡Habértelo pensado ayer, que te lo puse bien fácil!

–Pero si ya nos vimos ayer por la noche, mamá. Es ahora cuando no la encuentro.

–¿Ah, sí? Entonces, es que fuiste demasiado atrevido con ella y la chica se asustó. Ya se veía que era muy modosa. No intentarías besarla ya en la primera cita, ¿verdad?

–¿Besarla? ¿Yo? En absoluto. ¿Por quién me tomas?

–Entonces, sería al revés: que no le hiciste suficiente caso, ella esperaba más y ahora no quiere saber nada de ti.

Ernesto suspiró y le dijo a su madre que sí, que eso sería, para no entrar en explicaciones embarazosas. Y hacia el final de la mañana volvió a recorrer la playa de punta a punta. Sin resultado.

EDURNE

Eduarne Villalta había invitado a comer en su casa a Julián Baretta. Lo hacía de cuando en cuando desde que se conocieron, pero siempre era con la condición de que no comparase su comida con la de su exmujer ni con la de ninguna otra mujer del mundo, especialmente su madre, porque sabía que llevaba las de perder. Era una muy discreta cocinera, por decirlo con misericordia.

Para compensar en parte esa torpeza culinaria, solía cocinar ataviada tan solo con un delantal sorprendentemente corto en el que podía leerse «Vete a freír espárragos».

–Por suerte para los ineptos de la cocina, que somos muchos, los italianos inventaron la pasta; y hasta un tonto sabe cocer unos spaghetti y abrir un tarro de salsa boloñesa –comentó Eduarne mientras realizaba la segunda de esas

operaciones—. A fin de cuentas, lo importante, lo que hagas, es ponerle cariño, ¿no crees?

Bareta, que parecía algo distraído desde su llegada, sonrió, abrazó a Edurne por detrás, metiendo las manos por dentro del delantal, y le besó la base del cuello.

—Estoy de acuerdo, sí. Aunque creo que la pasta, en realidad, no la inventaron los italianos sino que la trajo Marco Polo de sus viajes a China.

—Tonterías. Si le dices eso a un siciliano te mete una cabeza de caballo dentro de la cama.

Edurne giró sobre sí misma para quedar frente a frente con Julián y lo besó en los labios.

—Me gusta cómo sabes —musitó después.

—¡Vaya! Me lo has quitado de la boca, nunca mejor dicho. Así que lo cambiaré por... me encanta el sabor de tu piel después de cocinar.

Se besaron de nuevo. Pero Edurne ya conocía lo bastante bien al policía como para distinguir sus buenos besos de los besos solo regulares. Y aquel era un beso de segunda categoría.

—Te noto raro, Julián. ¿Me vas a decir qué te pasa o lo tengo que adivinar?

Bareta estuvo tentado de mantener la farsa, pero enseguida se dio por vencido y asintió.

—Te lo explico mientras comemos.

Aún la besó una vez más y, luego, escurrió los spaghetti, los echó en una fuente, les añadió la salsa y queso parmesano rallado en el momento, además de una pizca de pimienta verde. Los puso en el centro de la mesa y después distribuyó vasos, platos y cubiertos.

Mientras, ella se quitó el delantal, lo colgó en un ganchito al lado de la nevera y, dejando a Bareta con la boca abierta, pasó frente a él camino de su dormitorio, de donde regresó ya vestida con una braguita de bikini y una camiseta de Kukuxumusu.

Julián dejó que Edurne se sirviera y, cuando se llevó a la boca el primer tenedor de pasta, rompió a hablar.

—Me han quitado el caso y se lo han dado a un tal Coriolano.

No hacía falta aclarar qué caso. Desde anoche, el de la muerte de Adolfo Cascallana era «el caso».

Ella esperó a tragar los spaghetti para responder, porque sabía que a él no le gustaba la gente que habla con la boca llena.

—Andrés Coriolano. Lo conozco. No es un mal policía. Sigüenza tiene buena

opinión de él.

–Esta mañana, a primera hora, ya teníamos los resultados de las huellas dactilares del cuchillo. También las hemos encontrado en un vaso con restos de whisky que había en el escenario del crimen. Eran todas ellas de un tipo que estaba fichado.

–¿Y el ADN del calzoncillo que estaba en la boca del muerto?

–Eso tardará más, pero damos por hecho que será del mismo sujeto. Hemos ido a detenerlo a su casa pero no estaba; los vecinos nos han indicado dónde trabajaba y allí lo hemos localizado. Se trata de un tipo joven, de veintipocos años, pero con una ficha policial más larga que el expreso Costa Brava. Una vez en comisaría, me he pasado dos horas interrogándolo. Y al final de la mañana, va el comisario Couto y me manda recado para que pase por su despacho... ¿y qué te crees que me dice?

–Que eres el policía más guapo que ha tenido bajo su mando.

–Pues no, precisamente.

–Entonces, ya te lo digo yo.

–Me dice que, por si acaso la instrucción del caso se prolonga, prefieren pasarle el asunto a alguien que sea de plantilla. Y que deje el tema en manos de Coriolano.

Edurne mimó un gesto de leve indiferencia.

–Dicho así, parece una decisión razonable. ¿Qué es lo que te ha puesto realmente de tan mal genio?

Bareta enrolló en el tenedor una nueva porción de spaghetti.

–Lo que me ha dejado fuera de juego ha sido que, a los diez minutos, el comisario ha convocado a los medios de comunicación a una rueda de prensa que se celebrará esta misma tarde para hacer público que ya hemos detenido al asesino.

Edurne arqueó las cejas mientras rallaba un poco más de parmesano sobre su plato de pasta.

–Y... ¿cuál es el problema? –preguntó después-. Me acabas de decir que, en efecto, lo habéis detenido.

–Ya. Pero es que el tipo dice que él no fue.

La detective rio.

–¡Hombre, Bareta, no me fastidies! Hasta los criminales pillados in fraganti niegan siempre haber cometido sus delitos. Alguien con tu experiencia debería saberlo.

–Sí, ya, pero... precisamente mi experiencia me dice que aquí hay algo raro.

No sé... Este muchacho cuenta con mucha convicción una historia muy rara. Demasiado estrafalaria para ser un simple invento. Las pruebas en su contra son abrumadoras y, sin embargo, sigue en sus trece. Se la he hecho contar once veces. ¡Once! De delante atrás y de atrás adelante. Y no ha incurrido en contradicciones. Asegura que le tendieron una trampa, que estuvo desde las ocho y media de la tarde en una habitación del hotel Mediterráneo, donde había quedado con una mujer madura llamada Hortensia, con la que tenía una aventura amorosa. Que esa mujer le dio a comer una tarta empapada con una droga con sabor a anís, que lo dejó inconsciente hasta bien avanzada la madrugada. Y que el cuchillo hallado en el escenario del crimen con sus huellas, en realidad lo usó para cortar esa tarta. Según él, de allí también salió el vaso de whisky y el calzoncillo.

Edurne no se molestó en disimular su sorpresa.

–He oído historias raras pero, en efecto, esta es de las buenas. Habréis comprobado lo del hotel.

–Por supuesto.

–¿Y...?

–No hay prueba alguna de que estuviera allí –dijo Baretta, con aire ausente–. Nadie lo vio entrar ni salir esa tarde. Tampoco quedó grabado por las cámaras de vigilancia.

–¿Y él cómo lo explica?

–Dice... que la mujer le pidió total discreción porque está casada. Y como es instalador de equipos de vigilancia, sabe perfectamente cómo esquivar las cámaras.

Al escuchar aquello, una campanita comenzó a sonar en algún lugar profundo del cerebro de la detective. Pero se trataba de un sonido aún muy tenue, como emitido con sordina, y no quiso interrumpir por ello el relato de Julián.

–Recuérdame que te pregunte algo, más tarde –le dijo, simplemente–. Sigue, sigue, que esto está más interesante que El conde de Montecristo.

–En la habitación donde el tipo dice que se vio con la mujer de la tarta, no hay rastro alguno que confirme su historia. No falta nada del minibar y los vasos estaban intactos. Y el vaso con sus huellas pertenece a la vajilla de la casa de Hidalgo.

–¿Habían ocupado la habitación?

–Según el libro de registro del hotel, en ella se hospedó anoche una mujer de Barcelona que ha dejado el hotel esta mañana a primera hora, con toda

normalidad. Una tal Francisca Aguilar.

–La única coincidencia es que se trata de una mujer.

–Solo ese detalle concuerda con la historia del sospechoso: una mujer de mediana edad, frisando en los cincuenta. Pero le hemos mostrado al chaval la foto del DNI con el que ella se registró y ha dicho que no se trataba de la misma. Que podía tener un cierto parecido con ella pero, con toda seguridad, no era la misma persona.

Edurne abrió los brazos.

–O sea, que él mismo desmonta su propia coartada, sus huellas están en el arma homicida y en un vaso que se hallaba de la escena del crimen; y su calzoncillo apareció en la boca del muerto. Hombre, Bareta... yo diría que sí hay base suficiente para montar una acusación y reunir a la prensa.

Bareta perseguía por su plato los últimos spaghetti, que se resistían a dejarse atrapar.

–Ya, pero... ¿por qué es todo tan raro? ¡No lo entiendo! ¿Quién mata a alguien y luego se quita el calzoncillo y se lo mete a la víctima en la boca? Es asqueroso.

–Cuando la gente se pone hasta el culo de pastillas, a veces hace cosas muy raras.

–¿Y el móvil? No encuentro una razón para el crimen.

–¿El sospechoso y víctima se conocían?

–Pues... sí. Eran amigos. No íntimos, pero amigos.

Edurne miró a Bareta con intensidad; como si fuera a confesarle algo importante. Sin embargo, se conformó con una frase banal:

–El móvil del crimen acabará haciéndose evidente, ya lo verás.

El policía afiló su mirada en la de su chica.

–¿Estás intentando decirme algo, Edu?

Ella frunció los labios antes de volver a hablar.

–Creo que no debo. Faltaría al secreto profesional. Y puesto que te han dejado fuera de la investigación, mejor me callo. Seguro que Coriolano y su equipo acaban por descubrir la verdad.

–Espero que así sea, porque yo, cuanto más lo pienso, menos sentido le veo –reconoció Bareta–. Parece... el guion de una mala película.

–O el argumento de una mala novela.

–¿Qué quieres decir con eso?

Edurne rio.

–Ha sido un simple comentario. Seguramente tienes razón: quizá la culpa es

de las películas y las series de televisión. Últimamente, se ven cosas tan raras en la tele que los asesinos sienten la necesidad de ser creativos para que los tomen en serio.

El policía se llevó un canto de pan a la boca y lo masticó pensativamente hasta convertirlo en una pasta dulce, creando un silencio de casi un minuto.

–¿Qué es eso que has dicho que ibas a preguntarme? –le dijo de pronto a Edurne, buscándola de nuevo con la mirada.

–¿Yo? ¡Ah, sí...! No es más que un palo de ciego pero... el sospechoso ese al que habéis interrogado... ¿no trabajaré, por casualidad, en Electrónica Murillo, cerca del puerto deportivo?

Los ojos de Bareta empequeñecieron.

–Tomaré tu silencio por un sí –se respondió Edurne a sí misma–. La siguiente pregunta es: ¿se llama Mario?

Bareta ya no disimuló su asombro.

–¿Cómo demonios lo sabes? En efecto, se llama Mario. Mario Gros.

–¿Mario Gros? –Edurne no pudo evitar echarse a reír de nuevo, con carcajadas limpias y frescas–. ¡Naturalmente! ¡Supermario Gros!

–¿Supermario? ¿Qué rábanos significa...? –preguntó un Bareta cada vez más perplejo.

Ahora fue la detective la que tardó una eternidad en responder.

–Significa que algo huele a podrido en el país del oso Mantecoso.

–¿El oso Mantecoso...? ¿De qué hablas? ¿Has bebido, Edurne, cariño? Parece que me estás hablando en clave.

La detective se había quedado muy, muy seria.

–No sé en qué momento Gonzalo Hidalgo ha dejado de ser el principal sospechoso de la muerte de Cascallana.

–En el momento en que tenía una perfecta coartada.

–Una coartada refrendada exclusivamente por su mujer.

Bareta frunció los labios y permaneció pensativo. Edurne insistió:

–Pudo hacerlo. Piénsalo y verás.

–Quizá –concluyó él, tras ladear la cabeza–. Pero ya no es mi caso. Que lo resuelva Coriolano.

En ese instante, sonó el teléfono móvil del policía, que resopló, lo tomó en la mano y lo contempló con desconfianza.

–Es un número con el prefijo de esta provincia –dijo, comprobando la pantalla antes de contestar–. Pero no es ninguna dependencia policial; al menos, ninguna de las que tengo en mi agenda. ¿Quién puede ser?

–Contesta y lo averiguarás.

–Sí, claro... ¿Diga...? –preguntó Baretta, tras oprimir el botón verde. Y sonrió de inmediato—. ¡Hombre, Ernesto! ¿Qué te cuentas, maño? ¿Ya has asimilado la derrota de ayer al billar? ... Vale, vale... ¿Cómo dices...? –se volvió hacia Edurne, divertido—. ¿Que si puedo darte el número de mi novia? ¿Qué número? ¿El de la talla de sujetador? –preguntó entre risas, ganándose un pescozón de Edurne, que se había levantado para retirar los platos—. ¡Ah, el número de teléfono! ¿No te parece un poco descarado? Lo siento, pero si te la quieres ligar, tendrás que trabajártela sin mi ayuda. Tú solito ... ¿Cómo? ... Ah, bueno, eso ya es otra cosa. ... Pues, mira, precisamente la tengo aquí, conmigo. Estamos terminando de comer en su casa, que también es su despacho, así que si te puedes pasar enseguida, te invitamos a postre y café. Bueno, te invita ella, claro. Y luego, podéis hablar de negocios. ... Apunta: apartamentos Ballenato, bloque efe, tercero a. ¿Sabes dónde es? ... Vale, te esperamos. ¿Cuánto tardas? ... Bien.

Tras colgar, Baretta se encontró con el ceño fruncido de Edurne.

–Era mi ahijado Ernesto –dijo, tras mantener unos segundos el suspense—. Dice que viene hacia aquí. Que quiere contratar tus servicios como detective.

–Hombre... por fin algo de trabajo.

–Hazle un buen precio, que es como de la familia.

DESAPARECIDA

–Mi novia ha desaparecido.

–¿Cómo? –exclamó Baretta—. ¿La chica de ayer? ¿Luisa?

–Elisa.

–Eso, Elisa. ¡Y no hables con la boca llena, por Dios!

Ernesto miró a su padrino y alzó los ojos al cielo mientras tragaba un bocado de la ración de tarta helada que le había servido Edurne al llegar. Continuó de inmediato.

–Anoche, ya lo sabes, habíamos quedado a la salida de la casa de los Hidalgo, pero no apareció. Y esta mañana, tampoco estaba en la playa. Me extraña muchísimo que no haya intentado ponerse en contacto conmigo. Es como si se la hubiera tragado la arena. Estoy preocupado.

Edurne y Baretta cruzaron una mirada brevísima.

–Ha transcurrido muy poco tiempo para suponer que le ha ocurrido algo

malo –dijo la detective–. Pero podemos intentar hacer algunas pesquisas.

–Oye, Ernesto... –intervino Baretta–. Conociste a esa chica ayer por la mañana. No sabes gran cosa sobre ella. Cuando le pregunté por vuestra relación me dijo que hacía treinta segundos que era tu novia y creo que fue bastante precisa. ¿Estoy en lo cierto?

–Sí. ¿Qué quieres decirme con eso?

–Pues... hombre, que apenas la conoces. Quizá estaba anoche esperándote en la calle y, antes de que tú salieses, acertó a pasar por allí un buen amigo que le propuso un plan mejor que el tuyo. Y se fueron juntos. Y se lo pasaron tan bien que quizá aún siguen juntos.

A Ernesto se le alargó la expresión del rostro.

–¡Vamos, Julián, no seas cruel con el chico! –intervino Edurne–. Eso que dices es muy poco probable.

–¡Ah, vaya! Es más probable que la haya raptado una banda de traficantes de esclavos en pleno paseo marítimo, ¿no?

–No le hagas ni caso, Ernesto. Tiene un mal día –aseguró la detective, cogiendo bolígrafo y una libreta–. Anda, dame sus datos y veré qué puedo averiguar. ¿Cómo se llama?

–Elisa. Elisa Montoya.

–¿Has traído una foto suya?

–N... no. No tengo ninguna foto.

–¿Es que no me has oído? –intervino Baretta–. Llevaban treinta segundos como pareja. ¡Treinta segundos! Ni tiempo de fotografiarse.

–¿Sabes dónde vive?

Ernesto negó, cabizbajo.

–Tampoco. Mi madre dice que, seguramente, cerca de la residencia de la Diputación. Pero no sé más.

Baretta alzó los brazos y los agitó como si estuviese dirigiendo el aterrizaje de un Jumbo.

–¡Por Dios, ya basta! Por ese camino no llegamos a ningún sitio. Anda, Edu, alcánzame mi móvil, ¿quieres?

–¿Para qué?

–Para comérmelo entre pan, si te parece. ¿Para qué va a ser? ¡Para hacer una llamada, demonios! A ver si os puedo echar una mano, par de inútiles.

–¿Ves cómo está insoportable? –le dijo Edurne a Ernesto.

Baretta terminó de marcar y se llevó el aparato a la oreja. Le contestaron enseguida.

–Hola, Marifé. ¿Me pasas con el subinspector Armillas, por favor? ¡Gracias! ... ¿Armillas? Oye, que soy Baretta. Hazme un favor: coge las filiaciones que se tomaron anoche de los asistentes a la fiesta de la casa del crimen. Necesito los datos de una de las chicas. ... Eso es. Se llama Elisa. Elisa Montoya. Busca su ficha y díctame toda la información que haya sobre ella. Sí, espero...

Baretta, con sonrisa de suficiencia, le hizo un gesto a Edurne para que estuviera dispuesta a tomar nota de todo. La espera fue más larga de lo previsto pero, al fin...

–Sí, Armillas, dime, dime... ¿Cómo...? ¿Cómo que no...? ¿Estás seguro? No estará con las de los chicos... ¿Cómo es posible? Oye, mira, repásalo todo otra vez y, si la encuentras, me llamas a este número, ¿vale? Recuerda: Elisa Montoya. Es importante. Gracias.

Cuando oprimió el botoncito rojo de su teléfono, la expresión de Julián Baretta se había ensombrecido.

–Esto no me lo esperaba: me ha dicho Armillas que no figuran los datos de ninguna Elisa en el atestado de ayer.

–¿Y eso cómo puede ser?

–Pues... o se han extraviado, cosa difícil aunque no imposible... o los agentes no llegaron a tomárselos.

El siguiente minuto fue de silencio sepulcral. Lo rompió Edurne.

–¿Y sus padres? ¿Qué sabes de ellos?

–Me dijo que... que se habían divorciado hace unos años. Ella debe de estar aquí solo con su madre. Se llama Paqui.

Edurne arqueó las cejas.

–Paqui. ¿Solo sabes eso?

–Quizá... quizá mi madre sepa algo más.

Baretta le lanzó su móvil y Ernesto marcó el número de su casa. Mientras escuchaba la señal de llamada, se secó el sudor de la frente con el antebrazo libre.

–¿Oye? ¿Mamá? Mamá... soy yo. ... Tu hijo. ... Tu hijo mayor. ... Ese. Oye, escúchame. ¿Sabes cómo se llama tu amiga Paqui? La madre de esa chica tan mona que me presentaste ayer en la playa. ... Sí, claro, Paquita, eso ya me lo imagino. Digo, si sabes su apellido. ... ¿Aguilar? ... Ah, Aguilar. Paquita Aguilar. ¿Y no sabrás algo más de ella, algún dato que...? ¿No? Vale, déjalo. No, no, no pasa nada; simple curiosidad. Gracias, mamá.

Ernesto había colgado un tanto apresuradamente porque Baretta acababa de

ponerse en pie con una expresión de asombro en el rostro tan perfecta que ni Marcel Marceau la habría conseguido mejor.

También Edurne había fruncido el ceño.

–¿Ocurre algo, Julián? –preguntó Ernesto.

El poli y la detective se miraron.

–Paquita Aguilar –murmuró ella-. Es decir... Francisca Aguilar.

–¿Qué pasa? –preguntó el chico.

–¡Demonios! –exclamó Baretta, llevándose la mano a la boca-. ¡Es el nombre de la mujer que se registró en la habitación quinientos siete del Hotel Mediterráneo! ¡La habitación de la increíble coartada de Mario Gros! Y ahora, que a nadie se le ocurra decir que puede tratarse de una coincidencia.

BÚSQUEDA

Corrieron los tres a la comisaría.

Ante el propio comisario y el inspector Coriolano, Baretta no tardó ni diez minutos en exponer las nuevas claves del caso y la importancia que para su resolución podía tener el localizar a Paquita Aguilar.

Los pasos para lograrlo se dieron con rapidez. Desde el Hotel Mediterráneo les facilitaron todos los datos del carnet de identidad de la mujer, entre los que figuraba su domicilio en Barcelona. A partir de ahí, mientras unos funcionarios intentaban el camino de localizar a su exmarido a través del Registro Civil, otros contactaron con el Registro de la Propiedad. Cuatro gritos bien dados del comisario Couto pusieron a trabajar a los empleados de la oficina registral, que localizaron la dirección del apartamento de playa cuya propiedad compartía Francisca con su ex. En efecto, estaba situado en un bloque de apartamentos en segunda fila de playa, justo detrás de la residencia de veraneo para funcionarios de la Diputación de Tarragona.

–¡Vamos allá! –exclamó Baretta.

Acudieron en dos coches-patrulla a toda traca. En uno, Baretta al volante, Edurne y Ernesto. Dos agentes más y el inspector Coriolano, en el otro.

Ernesto tenía una mala sensación. Las sirenas de los autos eran como lamentaciones. Gritos desgarrados que le ponían de punta el vello de la espalda. Hubo un momento en que habría preferido que aquel recorrido no terminase nunca, que Baretta llegase al extrarradio de la ciudad y de allí se incorporase a la autopista de la costa y que hubiesen seguido por ella hasta el

final del continente; o hasta acabar el mundo.

Un frenazo seco lo sacó de sus ensoñaciones.

—¡Ya estamos!

Se trataba de un segundo piso, al que subieron a la carrera. Andrés Coriolano localizó el apartamento, pulsó el timbre con insistencia y aplicó el oído a la puerta. Veinte segundos después, golpeó repetidas veces la hoja de madera con la palma de la mano abierta.

—¡Policía! ¡Abran ahora mismo o echamos la puerta abajo! ¡Somos la policía! ¡Abran!

Por fin, se oyó descorrer de cerrojos y la puerta se abrió dos palmos. Al otro lado, apareció el rostro asustado de Paquita Aguilar. Ernesto, ahora sí, la reconoció enseguida.

Bareta, Coriolano y los otros dos agentes sacaron sus placas y las mostraron en columna.

—¡Policía! —repitió Julián—. ¿Podemos pasar?

—N... no —dijo la mujer.

—¿Cómo dice? —bramó el inspector.

—Bueno... sí.

Entraron los seis en la vivienda y cerraron la puerta. El piso era muy pequeño y apenas había sitio para todos. Fue Bareta quien llevó en todo momento la voz cantante.

—Es usted Francisca Aguilar, ¿verdad? —preguntó.

—S... sí, soy yo.

—¿Dónde está su hija?

La mujer estaba a punto de romper a llorar.

—No... no lo sé —gimió.

Eduarne Villalta decidió intervenir. Fue hacia la mujer y la tomó de las manos.

—Escúcheme, Paqui: somos la policía. Los buenos. Estamos aquí para ayudarla; pero tiene que confiar en nosotros.

La mujer parecía respirar con dificultad. Se la veía indecisa y confusa. Pidió sentarse en un sillón y lo hizo en una butaca que pareció estar a punto de devorarla. La voz de la mujer se hizo más lejana.

—Me han advertido... que vendría la policía a interrogarme. Y que si hablaba con ustedes... ¡no volvería a ver con vida a mi hija!

—¿Quién le ha dicho eso?

—No lo sé... un hombre, por teléfono. Que no dijera nada, que no saliera de

casa, que no hablase con nadie y todo se arreglaría en unos días. Que no saliera de casa –repitió–. Que no pisase la calle.

Bareta se acuclilló a su lado.

–¿Se hospedó usted ayer en el Hotel Mediterráneo?

La mujer aspiró una difícil bocanada de aire. Pareció a punto de asentir pero, finalmente, negó con un movimiento de cabeza.

–Sin embargo, alguien se registró allí con su carné de identidad.

Paquita cerró los ojos. Temblaba como el pasajero de una motocicleta. Por tres veces estuvo a punto de hablar. Por tres veces se arrepintió en el último segundo. Bareta esperó, sin mover ni un músculo. Por fin, la mujer se decidió.

–Fue... mi amiga Lorena.

–¿Lorena Gómez-Córdoba? –inquirió Coriolano–. ¿La mujer de Gonzalo Hidalgo?

–Sí –dijo la madre de Elisa, de modo casi inaudible, pero afirmando con la cabeza una y otra vez–. Me pidió... que le prestase durante dos días mi carné de identidad. Y el de conducir.

–Supongo que le preguntaría para qué.

–Claro, claro... Me dijo que... que tenía una aventura.

–¿Qué clase de aventura? –preguntó Coriolano.

–Ya saben: una aventura amorosa... con un chico joven. Quería ir a un hotel para... bueno, para eso, ya saben; para acostarse con él. Pero, claro, no podía registrarse con su propio nombre. Con una peluca y lentillas postizas nos parecemos bastante. Somos muy amigas desde niñas y le dije que sí, que podía contar conmigo.

–¿No pensó que eso la podía perjudicar? –le preguntó Coriolano.

–¿A mí? No. Quiero decir que no lo pensé. Lo cierto es que, aunque esté mal decirlo, me... alegró que le fuera a poner los cuernos a su marido, el famoso escritor. Me cae tan mal ese hombre... Siempre me cayó mal, desde que se conocieron. Yo creo que ha sido un aprovechado. Pero Lorena se sintió deslumbrada por él desde el primer instante, no sé por qué. Era bastante atractivo, eso sí. Pero era un escritor. O sea, un vago.

Los policías se miraron. La historia de la mujer corría riesgo de empezar a parecer un barco a la deriva.

–¿Le pidió Lorena alguna otra clase de ayuda, además de que le prestase su documentación?

Paquita parpadeó. Dejó de mirar al vacío y miró a Bareta.

–Yo... tenía que ir esta mañana al hotel, a primera hora. Subir por un

ascensor procurando no ser vista, y bajar por otro, simulando que dejaba entonces la habitación. Debía pagar la factura. Todo ha salido bien.

–¿Cómo sabía cuál era el número de la habitación?

–No lo sabía. He dicho que no lo recordaba y el recepcionista lo ha buscado en el ordenador.

–¿Tiene la factura?

La mujer negó.

–Lorena me dijo que me deshiciese de ella. La he roto en trozos pequeños y la he tirado a un contenedor azul.

–Muy minuciosa –reconoció Edurne.

–¿Cómo la ha pagado? –preguntó Coriolano.

–Lorena me dio doscientos euros. Me ha sobrado algo. Yo... contaba con que no me lo reclamaría.

–¿Y después?

–Justo al volver a casa, ha sonado el teléfono y era esa llamada que les he explicado. He visto entonces que mi hija no había vuelto a dormir. Y poco después, he oído por la radio que anoche se cometió un asesinato en la casa de Lorena y... por Dios, por Dios, por Dios, estoy muy asustada. Muy asustada.

VIGILANCIA TOTAL

–Está retenida en la casa del paseo marítimo, seguro –afirmó Baretta, con toda convicción, aspaentando como un siciliano—. Tiene que estar allí, es la única explicación posible. ¡Me juego la paga de Navidad! No pudo salir del chalé de los Hidalgo sin haber dejado los datos a nuestros hombres. Si no los tenemos, es porque sigue allí dentro.

–¿Estás seguro de que no pudo escapar? –quiso saber el comisario Couto.

Baretta negó con rotundidad.

–Ya con los primeros hombres que llegaron, cubrimos las tres entradas: la principal, la de servicio y la del garaje. Y después de eso, Ernesto y yo estuvimos hablando allí con Elisa. Quedaron en verse a la salida, pero ella no apareció. Nuestros agentes no llegaron a tomarle la filiación. Y esta mañana llaman a su madre para decirle que está secuestrada. La única respuesta válida para todas esas circunstancias es que Elisa ya no salió de la casa de los Hidalgo. Y, por tanto, sigue allí. Yo no tengo ninguna duda.

–Yo tampoco –se sumó Ernesto.

–Y las sospechas sobre Hidalgo y su mujer empiezan a ser abrumadoras – valoró Edurne–. Su coartada se desmorona.

Tras regresar de la casa de Paquita Aguilar, el inspector Baretta, Coriolano, Edurne, Ernesto y el comisario Couto se habían reunido en el despacho del último para analizar la nueva situación y decidir el siguiente movimiento. Baretta se mostraba partidario de una acción inmediata.

–Ni siquiera tenemos que pedir una orden de registro: la casa de los Hidalgo es el escenario de un homicidio. Podemos movernos por ella con libertad para investigar.

–Yo no estoy tan seguro –dijo el comisario–. Esa casa es muy grande y la orden judicial se circunscribe al escenario del crimen. Quizá deberíamos solicitar una nueva orden al juez, más explícita. Pero, para eso, tenemos que llevarle pruebas y no meras conjeturas. Además, nuestro sospechoso oficial sigue siendo Mario Gros, ¿no es así?

–La declaración de Francisca Aguilar ha cambiado las cosas radicalmente, me parece a mí –intervino Baretta–. Lo que nos ha contado, da visos de realidad a la descabellada historia de Mario Gros. Y sitúa a la mujer de Hidalgo en un lugar distinto del que nos dijo. Tenemos que interrogar a fondo a Lorena Gómez-Córdoba. Yo creo que ella tiene la clave que une a Gros con los verdaderos autores del crimen.

–Es posible –aceptó Coriolano– pero eso supone poner en peligro a la chica secuestrada. No podemos movernos hasta saber dónde la tienen retenida. Lo mejor sería vigilar el chalé de los Hidalgo las veinticuatro horas y esperar que algún indicio nos confirme que la muchacha Montoya sigue allí. Entonces estaríamos ante un delito flagrante y sí podríamos decidir intervenir. Con los GEO, si es preciso.

–Estoy de acuerdo –dijo Couto–. Mientras tanto, mantendremos la apariencia de que Gros es nuestro único sospechoso.

Baretta se opuso en redondo.

–Podemos pasar días esperando que los secuestradores cometan un error; e ignoramos en qué condiciones la tienen retenida. A Francisca Aguilar le han dicho que soltarán a su hija pasados unos días, pero... quizá tengan otros planes. ¡Hay que actuar ya! Nuestras probabilidades de éxito son altas. Y si no encontramos a la chica, al menos habremos descartado ese escenario.

–Pero habremos descubierto nuestro juego y en ese caso sí podría peligrar la vida de la chica –admitió Edurne.

–Lo siento, pero no voy a autorizar una acción en la casa –decidió el

comisario, tras meditarlo unos segundos—. Por ahora, nos limitaremos a hacer lo que propone el inspector Coriolano y esperar acontecimientos. Ordena vigilancia permanente, Andrés.

—¡Es una pérdida de tiempo que juega en nuestra contra! —protestó Baretta—. ¡Perdemos el factor sorpresa! ¡Multiplicamos el riesgo!

—Aquí el que manda soy yo y la decisión está tomada —concluyó Couto.

A LA MIERDA LOS PLANES

Cuando Edurne, Baretta y Ernesto salieron de la comisaría, el cielo se había encapotado y soplaban un viento racheado que anunciaba tormenta. Otra más de las de aquel verano. La detective, el policía y su ahijado sabían, sin haber cruzado una palabra, que lo iban a intentar por su cuenta y riesgo.

—¿Estáis de acuerdo conmigo? —preguntó Baretta.

—Yo, sí.

—¿Y tú, Edurne? Casi no has abierto la boca en el último rato.

La detective torció el gesto.

—Solo intentaba pensar con frialdad. Couto y Coriolano parecen muy convencidos de estar haciendo lo correcto. A lo mejor tienen razón.

—¿Y tú qué piensas?

—Creo que se equivocan. Que los atenaza la responsabilidad. Es un asunto gordo, que va a salir en los medios de comunicación. Primero, un crimen. Ahora, un secuestro... me parece que, simplemente, están eligiendo la opción menos arriesgada. La que ellos creen que reduce sus posibilidades de meter la pata: esperar. Su error, creo yo, es que se comportan como si se enfrentasen a delincuentes profesionales. Y en este asunto, todos los personajes, al menos todos los que conocemos, giran en torno a una figura protagonista: Gonzalo Hidalgo. Pero Gonzalo Hidalgo no es un criminal. Por tanto, no hay que esperar que se comporte como tal.

Ernesto y Baretta cruzaron una mirada de admiración.

—¡Toma resumen preciso y contundente! Esta es mi chica —afirmó el policía, con orgullo.

—Pero entonces... ¿estás con nosotros? —le preguntó Ernesto.

—Por supuesto que sí —afirmó Edurne, con convicción—. Creo que las posibilidades de que Elisa esté retenida en casa de los Hidalgo, son importantes. Y creo que debemos intentar ir a por ella.

–Estupendo. Pero, en ese caso, habrá que trazar un plan –propuso Ernesto.

–¡A la mierda los planes! –exclamó Baretta–. Ya has oído a Edurne: no tratamos con delincuentes profesionales. Lo único que hay que buscar es una manera de entrar en la casa sin despertar sospechas. ¿Crees que la sirvienta te reconocería?

–¿Rosalinda? Casi seguro que sí. Mi amigo Nico y yo creo que nos hicimos de notar ayer algo más de la cuenta.

–¡Cómo no! Siempre montando el numerito –gruñó Baretta–. En ese caso, no tenemos más remedio que meterte en la casa sin que ella te descubra. En principio, es un problema pero, si lo solucionamos, se convierte en una ventaja. Tú eres de los tres quien mejor conoce la casa. Si, además, nadie sospecha que estás allí, podrás moverte por ella con mayor libertad. ¿Alguna idea al respecto, Edurne, cariño?

La detective frunció los labios y aceró la mirada.

–Lo cierto es que sí –respondió de inmediato.

UNA MIERDA DE PLAN

Baretta y Edurne llamaron a la puerta de la mansión de los Hidalgo de Amezcoba. Llevaban con ellos una maleta Samsonite muy grande y muy negra, con ruedas, recién comprada y que acababan de sacar con dificultad entre ambos del maletero del coche patrulla.

La criada peruana abrió la puerta unos segundos más tarde.

–Buenos días, Rosalinda. Soy el inspector Baretta. ¿Se acuerda de mí? Ella es la agente Villalta. Traemos este material para los compañeros de la Científica que están trabajando en el escenario del crimen. ¿Podemos pasar?

La criada, seria e inmóvil, tardó en responder.

–Creo que sus compañeros ya se fueron.

–Pero volverán. Volverán. Nosotros solo tenemos que dejarles el material. ¿Nos permite pasar? Y, conste, que se lo pregunto por mera cortesía, porque nos dirigimos al escenario de un crimen y podemos pasar sin su permiso.

Baretta se colgó una semisonrisa de la cara. La criada apretó las mandíbulas.

–Sí, cómo no. Pasen ustedes.

Entraron empujando la Samsonite, que se desplazaba por el suelo de mármol como una seda.

–Tenemos que subir el bulto hasta la buhardilla –dijo Baretta–. A la habitación del crimen. Y esto pesa como un demonio. ¿No habrá algún ascensor interior, por casualidad?

–Hay un montaplatos que une la cocina con las otras dos plantas.

–¡Estupendo! ¿Cree que podrá con esto? Se trata de un... un trumberoscopio, un aparato de precisión, bastante delicado. Pesa unos setenta kilos.

–No sé cuánto peso admite el montaplatos –dijo Rosalinda–. Será cuestión de probar. Si no puede con ello, tendrán que subirlo a mano.

Lo más dificultoso fue colocar la Samsonite sobre la plataforma del montaplatos, donde solo cabía en posición vertical. Milagrosamente, Baretta y Edurne lo lograron sin producirse hernia alguna ni tampoco contracturas musculares importantes.

A continuación, Rosalinda apretó el botón del último piso. El montaplatos comenzó a ascender sin aparente dificultad.

–Allá va. Es lento pero seguro –explicó la sirvienta–. Su aparato estará arriba dentro de un par de minutos. Ustedes suban por la escalera de caracol.

Cuando Baretta y Edurne se reunieron con la maleta en la buhardilla, rápidamente la sacaron del montaplatos, la colocaron tumbada sobre el piso, soltaron los cierres y abrieron la cremallera. Cuando levantaron la parte superior, se liberó una bocanada de calor humano. En el interior apareció Ernesto, enrollado sobre sí mismo, como las tripas de un caracol, empapado en sudor y con los primeros síntomas de asfixia.

–Dios santo... –suspiró, intentando desentumecerse–. ¡Qué mal lo he pasado! He tenido la sensación de que me cocía en mi propio jugo. Dadme un minuto para recuperarme.

–Descuida. Tómate el tiempo que quieras. Nosotros estaremos en la planta baja, conversando con la mujer del escritor. Le mencionaremos a Francisca Aguilar, a ver qué tal le sienta saberse objeto de sospechas.

–Suerte –le deseó Edurne.

Un minuto después de quedar solo, Ernesto comenzó la búsqueda de Elisa recorriendo una por una las habitaciones de la buhardilla. Se propuso ser minucioso y no pasar por alto ningún lugar en el que Elisa pudiera estar confinada. Miró debajo de las camas, en los cuartos de baño y dentro de los armarios.

Pero conforme avanzaba, abriendo y cerrando puertas, escrutando rincones, arrojándose al suelo para mirar bajo las camas, sus sensaciones no mejoraban. El ímpetu y la esperanza con los que había iniciado la búsqueda se diluyeron

rápidamente. No tenía en absoluto la sensación de estar, con aquella operación, cerrando el cerco sobre el paradero de Elisa sino que, al contrario, crecía en su cabeza la molesta intuición de que se equivocaban. Aumentaba su convicción de que cometían un error.

Pasados diez minutos frenéticos, en los que abrió y cerró innumerables puertas, tantas como desengaños, Ernesto se detuvo, jadeante.

Comenzó a desesperar. La casa de los Hidalgo era enorme y sus recovecos, casi infinitos. No podía seguir así, esperando dar con Elisa por mera exploración. La estrategia tenía que ser otra.

Se detuvo, respiró hondo y cerró los ojos.

Estaba enamorado. Un niño gordo, rubicundo y con dos ridículas alitas en la espalda le había clavado una flecha en el corazón con el nombre de Elisa Montoya grabado en el astil. Nunca le había ocurrido algo así. Y si le había ocurrido, jamás le había dolido tanto. Eso tenía que servirle de algo.

Inspiró profundamente y centró en ella su pensamiento.

Evocó su primer encuentro. Sus ojos, su sonrisa, su silueta de guitarra española apenas empañada por aquel bikini tan pequeño. Su perfecto contraluz al alejarse por la arena. Elisa de lejos, llegando a la fiesta la tarde anterior. Elisa desnuda por primera vez, saltando sobre él a traición en medio de la penumbra de aquel mismo pasillo donde ahora se encontraba. El contacto húmedo y excitante de su piel, de sus labios...

Ernesto se acarició con los dedos el chupetón que ella le había marcado en el cuello. Casi podía sentirla estremeciéndose después entre sus brazos, bajo la cama de aquel cuarto en el que alguien había asesinado salvajemente a un chico como ellos, por alguna razón desconocida o tal vez sin razón alguna. La última Elisa, adorable con aquel bikini prestado, sonrojándose como una amapola al hacerle partícipe de un secreto tan íntimo que quizás era eso: su secreto. Él, abrumado por semejante demostración de confianza tenía que corresponder ahora a esa confianza. Deseaba a Elisa con todas sus fuerzas. Deseaba estar a su lado, hacerla reír de nuevo, librarla del peligro, robarle el corazón. Y lo deseaba tanto que estaba seguro de poder sentirla en la distancia.

Aunque procurando siempre el sigilo, se lanzó escaleras abajo frenéticamente, empujado por la intuición. Despreció la planta intermedia. Llegó a la planta principal y se detuvo, la cabeza inclinada hacia delante, los brazos extendidos, cerrados los ojos. Como un zahorí, tratando de reconocer el flujo que debía conducirlo hasta ella.

Abrió los ojos y se dirigió a la cocina, a la que echó un vistazo panorámico. Vio el montaplatos, cuyo mando solo tenía tres botones: esa planta, la principal y la buhardilla.

Eso le hizo pensar si habría un sótano en la casa.

Miró a su alrededor. Vio a su izquierda una puerta algo más pequeña de lo normal. Comprobó que daba paso a una despensa muy bien surtida. Estanterías llenas de víveres a la izquierda y dos grandes frigoríficos a la derecha. Y al fondo...

Al fondo, otra puerta.

Probó a abrirla pero estaba cerrada con llave. Sin pensárselo dos veces, la descerrajó de una patada. Al otro lado, descubrió un tramo de escaleras descendente y supo, de algún modo, que estaba en el buen camino. Se lanzó por ellas.

Desembocó en un pequeño distribuidor decorado de manera muy austera. Sobre una mesita, un jarrón con flores de plástico, dos sillas sencillas, una rinconera con fotografías enmarcadas. Retratos de personas de tez oscura. En una de las paredes, dos carteles turísticos sobre el Coricancha, el fabuloso tesoro pedido de los incas y otro sobre Machu Picchu.

No había duda de que se trataba de la vivienda de Rosalinda, la sirvienta peruana. Aquel distribuidor, al que se abrían un pequeño cuarto de baño y dos minúsculas habitaciones en disposición de semisótano, con solo unos tragaluces cercanos al techo, asomados a un rincón oscuro del jardín.

Ernesto abrió de inmediato la primera de las tres puertas que tenía a su alcance y el corazón le hizo una cabriola.

Allí estaba.

–¡Elisa!

Atada de pies y manos a los cuatro extremos de una cama turca; vendados los ojos y amordazada con lo que parecía una media de mujer metida en la boca. Seguía vestida con el bikini rojo de topes con el que la había visto por última vez.

–Tranquila, Elisa, estoy aquí –le dijo ansiosamente, mientras la liberaba de la mordaza y le quitaba después la venda de los ojos. La besó en los labios, pero ella giró la cara violentamente. Necesitaba aire, no besos.

Ernesto vio que tenía la mirada turbia, que intentaba hablar pero no conseguía articular más que sonidos inconexos. Enseguida se percató de que Elisa se hallaba aturdida, quizá bajo los efectos de algún tranquilizante.

–Ya está, ya ha pasado todo, estoy aquí –le susurró al oído mientras trataba

nerviosamente de deshacer el nudo de la cuerda que le sujetaba la muñeca izquierda. Era un nudo difícil y estaba muy apretado. Y Ernesto tenía tantas ganas de aflojarlo que no lo conseguía ni por asomo. Alzó la vista y buscó por la habitación un cuchillo u otra herramienta con la que cortar la cuerda. No vio nada que le sirviese. Respiró hondo y volvió a intentar aflojar la ligadura con los dedos mientras Elisa comenzaba a retorcerse en el lecho.

–Quieta, quieta, Elisa... Ya casi lo tengo.

Por fin lo logró y ella comenzó a mover el brazo, mientras insistía en hablar, sin conseguir articular más que sonidos incoherentes.

–¡Quieta, por favor! Déjame que te suelte. ¡Es cosa de un minuto! ¡Para, mujer!

Pero Elisa no paraba. Al contrario, se agitaba cada vez más violentamente. Intentó agarrar a Ernesto por la muñeca, pero él se zafó e insistió en intentar liberarle la otra mano. Se esforzaba por hablar pero no solo se sentía aturdida sino que, además, tenía la boca seca, abrasada la garganta e hinchada la lengua. Lanzó un gemido gutural. Logró entonces enganchar con el pulgar de la mano ya libre una de las tiras delanteras del bikini. Jaló de ella con todas sus fuerzas y logró arrancarse el sujetador. El cordón le rasgó la piel de la espalda, produciéndole un intenso dolor.

Ernesto tuvo un momento de perplejidad. Durante medio segundo sintió un chispazo de deseo, al contemplar el pecho desnudo de Elisa. En esas cinco décimas, incluso le dio tiempo de confirmar que, en contra de la opinión de Nico, Elisa tenía unas tetas perfectas; no muy grandes, cierto, pero perfectas.

En la sexta décima de segundo, Ernesto no pudo evitar fijarse en sus pezones, oscuros como la noche, y pensar cuánto le gustaban, de qué modo irracional le atraía mirarlos así, firmes como puntas de flecha. Firmes...

Con el siguiente movimiento del segundero, Ernesto también cayó en la cuenta de que algo no iba bien.

Todo cambió en el lapso de un parpadeo. La pasión se trocó en miedo. Solo por confirmar sus sospechas, Ernesto alargó la mano y acarició el pecho izquierdo de la chica.

–Ay, Dios... –murmuró, mientras se le encogía el estómago.

Al instante se dio cuenta de que Elisa estaba terriblemente excitada. La miró a los ojos y pudo ver en ellos una parte de frenesí y dos partes de terror. No había duda: estaba a punto de sobrevenirle uno de sus orgasmos espontáneos y eso solo podía significar una cosa: peligro inminente.

Un sonido de gozne metálico le llegó por la espalda.

Ernesto se volvió hacia la puerta del cuartito, pero lo hizo tarde. Bajo el umbral se dibujaba ya la silueta de Rosalinda, la criada, que se abalanzaba sobre él blandiendo un objeto largo como una maza y de aspecto amenazador, que no logró identificar.

Intentó esquivar el golpe pero lo consiguió solo en parte. El impacto iba dirigido a su frente y habría resultado mortal, quizás; pero le alcanzó de refilón en el lado derecho de la cabeza, sobre el hueso temporal, para terminar descargando toda su energía entre el cuello y el hombro, haciéndole ver las estrellas.

Ernesto sintió que iba a perder el conocimiento. Sin embargo, se resistió a ello con un esfuerzo enorme de su voluntad. Su instinto de supervivencia le gritaba que, si se desvanecía, sería el fin. El fin de ambos. El suyo y el de Elisa; que ya no volvería a despertar. Y no podía permitirlo. Deseaba hacer mil cosas junto a Elisa, pero morir a su lado, ahora, no era una de ellas.

Se revolvió, en medio del dolor, un dolor agudo que era como un vendaje que lo volvía torpe y se lanzó ciegamente contra la mujer, encogiendo los hombros, como un jugador de rugby en pleno placaje. Era menuda y la derribó con facilidad. Ambos se golpearon contra el armario, que crujió escandalosamente.

Elisa sintió una convulsión incontrolable, mientras le sobrevenía una oleada de placer que fue incapaz de disfrutar a causa del pánico que la desbordaba. Ahora sí, gritó. Gritó con todas sus fuerzas al darse cuenta de que podía volver a hacerlo. Un grito salvaje, sin modulación, procedente solo de la garganta. Se retorció sobre el lecho, aún atada por los tobillos y la muñeca derecha, mientras Ernesto y Rosalinda continuaban con su lucha, trabados el uno en el otro. Un nuevo espasmo le subió como una lenta centella desde el hueso sacro hasta la nuca, curvándole la espalda. Y después otro. Y otro más a continuación, hasta hacerle sentir que le faltaba el aire, que la realidad temblaba ante sus ojos y que el mundo callaba. Y cuando parecía que aquel castillo de fuegos artificiales llegaba a su fin, todo volvió a empezar. Interminable montaña rusa sin freno. Estar casi inmovilizada multiplicaba en ella las sensaciones, pero también la angustia. Aspiró una agónica bocanada de aire y así pudo volver a gritar hasta que se le vaciaron los pulmones. Imaginó, sintió, soñó que llegaba corriendo al borde de un precipicio imposible y saltaba al vacío sin pensárselo. Y caía. Caía y caía, eternamente, hacia un fondo lejano y desconocido. Un fondo sin fondo.

Y, por fin, sin saber por qué, todo terminó.

Hubo un último resplandor, un estallido cegador y deslumbrante, la traca final; y, acto seguido, alguien apagó la luz. Tinieblas y silencio. Frío y calor. ¿La muerte? –se preguntó Elisa–. ¿Será esto la muerte? ¿Cómo saberlo? ¿Acaso alguien ha vuelto del otro lado para contarnos cómo es? Deseó que no lo fuera, deseó seguir viva porque no estaba segura de que allá, en el más allá, pudiese estar, respirar, reír junto a Ernesto García, amar hasta desfallecer a ese idiota que le había dejado el corazón como una alcachofa. Quería estar con él. O, al menos, quería probar cómo era estar con él, a su lado, hacer planes. Apenas habían tenido tiempo de nada. Alguien debería concederles una nueva oportunidad. Una prórroga, al menos, aunque no la merecieran.

En ese momento, alguien que no era ella entró en su sueño y gritó:

–¡Quieta! ¡Policía! ¡No se mueva o disparo!

En su pelea con Ernesto, Rosalinda había logrado una posición de ventaja. El adorno de alabastro que enarbolaba al comienzo de su ataque se había roto en tres pedazos. En el curso de la lucha había logrado hacerse con el mayor de los trozos y, con él en la mano, estaba a punto de acabar con el chico. Brazo en alto, la peruana se disponía a golpearlo en la cara con todas sus fuerzas cuando aquella voz de mujer la hizo vacilar.

–¡Quieta! ¡Policía! ¡No se mueva o disparo!

La sorprendió eso, sobre todo: que fuera una voz femenina. Si se hubiese tratado de un hombre, quizá habría desoído la orden y continuado impertérrita con su intención de estampar aquellos tres kilos de alabastro en el rostro de Ernesto; pero oír a sus espaldas una voz de mujer gritando ¡policía! la desconcertó lo suficiente como para pararse a pensar durante un instante si merecía la pena rematar el gesto y acabar con todo.

–¡Suelte lo que lleva en la mano! –gritó una Edurne firmísima–. ¡Suéltelo o le vuelo la cabeza! ¡No se lo piense o morirá! ¡Tres! ¡Dos! ¡Uno...!

La mujer suspiró, inclinó la cabeza, colocó el brazo en horizontal y, abriendo la mano, soltó el fragmento de alabastro, que cayó al suelo produciendo un ruido siniestro.

Edurne, a quien le corría por las venas más adrenalina que sangre, sintió entonces un enorme alivio. Por Ernesto, por Elisa y también por ella misma, que ya no se vería obligada a apretar el gatillo de su pequeña Taurus PT–22, que casi nadie sabía que llevaba siempre encima. Había sido la más rápida en llegar hasta allí, alertada por los gritos de Elisa aunque, instantes después, era Baretta el que entraba en escena y se encargaba de inmovilizar y esposar a la

servienta de los Hidalgo.

Ernesto se incorporó con torpeza, hasta quedar sentado en el suelo, aún bastante grogui, doliéndose sobre todo del hombro derecho. De pronto, recordó a Elisa y se arrastró hacia la cama en la que ella aún permanecía atada. La vio desmadejada, aparentemente inconsciente.

–¡Elisa...! –la llamó en un susurro, mientras le acariciaba una mejilla y le daba cachetitos en la otra–. Elisa... ¿estás bien? ¡Elisa! ¡Háblame, Elisa!

Ella gimió ligeramente y abrió los ojos muy despacio mientras fruncía el ceño, tratando de adivinar dónde se hallaba. Tenía los labios tan resecos y adheridos entre sí, que le resultó doloroso abrir la boca.

–¿Cómo te encuentras? –insistió Ernesto, hablándole quedo.

La chica logró fijar la mirada en los ojos de él; solo entonces sonrió con la mitad de la boca.

–De... maravilla –farfulló.

–¿Qué...?

Ella lo atrajo hacia sí con su única mano libre, para hablarle al oído.

–Que estoy de maravilla, digo. Tú ya sabes... –susurró, con dificultad–. Ya sabes.

–Ah... bien –sonrió Ernesto, al comprender–. Bien, bien. Muy bien. Lo entiendo, sí: mientras a mí me molían a palos, tú lo estabas pasando de maravilla, ¿no? Vale, vale. No digas nada más, que ya lo he entendido y no hace falta que los demás se enteren.

–Pero desátame ya esta otra mano... que necesito... abrazarte.

–Y yo te debo un beso como Dios manda desde ayer por la noche.

CAPÍTULO QUINTO

11 DE AGOSTO

INTERROGATORIO

Julián Baretta entró en la sala de interrogatorios, donde ya le esperaba Gonzalo Hidalgo, esposado, sentado ante la mesa. A su derecha, su abogado, Martín Pallarés.

Baretta consultó su reloj de pulsera, un Seiko digital comprado en un bazar de Melilla cuando hizo la mili y que seguía funcionando a la perfección treinta años después.

Luego, de una carpetilla de cartulina azul que traía consigo, sacó una fotocopia y se la plantó delante a Hidalgo, sobre la mesa.

–Su mujer ha confesado que se prestó a seducir a Mario Gros, siguiendo las instrucciones que usted le dio, y fabricó pruebas falsas con la intención de inculparlo del asesinato de Adolfo Cascallana.

Gonzalo Hidalgo se limitó a echar un vistazo desenfocado al texto, sin leer ni una sola palabra. Luego, chasqueó la lengua. Baretta sacó un segundo folio de la carpetilla.

–También su criada, Rosalinda Atacama, ha confesado que retuvo contra su voluntad a Elisa Montoya, siguiendo indicaciones que usted le dio, para asegurarse de que la madre de Elisa, Francisca Aguilar, obedeciera sus órdenes y evitase hablar con la policía.

Baretta sacó un tercer papel y también lo plantó bajo las narices del escritor.

–Esto es una declaración del gerente de los multicines Astrolabio. Ayer, en el curso del primer interrogatorio, usted aseguró haber estado con su mujer viendo «Piratas del Caribe» en el pase de las veinte quince. Nos aseguró que incluso se habían quedado a ver los títulos de crédito. Misteriosamente, ni usted ni su esposa recordaron que la sesión estuvo interrumpida durante veinte minutos porque hubo tormenta, un rayo destruyó un transformador y falló el suministro eléctrico en toda la comarca. De hecho, cuando ustedes salieron

con su coche del aparcamiento subterráneo, a las veintidós treinta y siete, la película, que se proyectaba con retraso, aún no había terminado.

–¿Quién podía imaginarlo? –se preguntó Hidalgo, con resignación.

Una cuarta fotocopia pasó de la carpetilla a la mesa.

–Por último, la declaración de Mario Gros, admitiendo que instaló en su casa seis minicámaras por indicación de su hijo Gonzalito; que ideó un sistema para hacerse con copia de todas las grabaciones y que pretendió chantajearlo con la amenaza de hacerlas públicas. Evidentemente, la pena por extorsión en grado de tentativa a la que él se enfrenta es muy inferior a la prevista para el asesinato. Que es a la que se enfrenta usted.

Hidalgo se limitó a pasear la vista por el techo de la sala.

–La cárcel debe de ser un lugar estupendo para escribir novelas.

–Espero que su mujer piense lo mismo, porque a ella también le van a caer un fajo de años, como cómplice necesaria.

–Yo asumo toda la responsabilidad. El plan era mío. Yo soy el único culpable.

–Esa actitud le honra, pero las cosas no funcionan así, como ya le habrá explicado su abogado, imagino.

Bareta recogió lentamente los cuatro documentos y los guardó en la carpetilla. Entrelazó las manos y las colocó sobre la mesa, mientras miraba al escritor fijamente, con una mueca de desagrado.

–No sé hasta qué punto su mujer era consciente de lo que usted pretendía; eso lo decidirá el juez. Pero usted... usted no tiene disculpa alguna. Actuó con total premeditación. Dígame, Hidalgo: ¿Por qué demonios mató a ese chico? ¿Solo porque no le caía bien? ¿Porque no lo veía adecuado como pareja de su hija? ¿O lo mató porque le pareció muy ingenioso echarle la culpa del crimen a Mario Gros y así acabar con dos pájaros de un tiro?

–El plan era perfecto, no me lo niegue. Si todo hubiese salido bien, me habría quitado de en medio, de un golpe, a un futuro yerno indeseable y a un chantajista de pacotilla pero bastante molesto. De hecho, estoy pensando en utilizarlo como argumento para una de mis novelas.

–¡No me fastidie, Hidalgo! –ladró Bareta, con desprecio—. ¿Un plan perfecto, dice? Usted está sentado aquí porque su plan era una mierda y tenía más flecos sueltos que un mantón de Manila.

–Sin duda, usted lo habría hecho mejor –ironizó Hidalgo.

–Reconozco que era tan descabellado que quizá nos habría mantenido ocupados durante unos días. Pero cometió un error tras otro. El último y más

grave fue retener, sin ninguna necesidad, a la hija de Francisca Aguilar.

–Me pareció una medida de refuerzo de mi estrategia. Una forma de garantizarme que la señora Aguilar no se iría de la lengua.

–Pero sirvió para todo lo contrario. Fue la peor decisión posible.

–¡Quién podía imaginarlo!

–¿Quién? Cualquiera que no se creyese Hércules Poirot. Es usted una mala persona, Hidalgo, un psicópata capaz de matar a un semejante a sangre fría pero, sobre todo... es un guionista lamentable y un mal escritor.

Bareta había intentado imprimir a sus palabras el tono de máximo desprecio. Hidalgo aparentó no sentirse afectado, pero solo consiguió esbozar una sonrisa imbécil. El policía decidió entrar a degüello. Le apetecía.

–¿Acaso piensa que sus novelas no se venden porque tiene mala suerte? ¿Porque los lectores, pobrecillos, carecen de criterio y por eso prefieren a González Ledesma o a Henning Mankell? Sus novelas, señor Hidalgo, no se venden porque son pedantes, ridículas y pretenciosas. La semana pasada intenté leerme «Disparos al atardecer» y no pude pasar del tercer capítulo.

–¡Vaya cosa! Seguro que cuando intentó leer el Quijote, tampoco fue capaz de pasar del tercer capítulo.

–Se equivoca, Hidalgo. Yo no he intentado nunca leer el Quijote.

–Pues yo sí lo he leído. De pe a pa.

–Lo dudo mucho. Y si lo hizo, no aprendió con ello lo suficiente. Leyendo su novela, tuve la sensación de que me tomaba usted por tonto. Y lo último que debería hacer un escritor es creerse más listo que sus lectores.

–Si usted lo dice... Al menos, sí he aprendido que lo peor que puede hacer un criminal es creerse más listo que su propio destino.

–Eso es cierto, también. En su caso, debería haberse conformado con ser el creador del Oso Mantecoso.

Hidalgo rechinó los dientes.

–Por Dios... no se puede usted hacer idea de cuánto odio a ese oso.

–¡Qué cosas! A mí, en cambio, me cae de puta madre, el animalico.

Hidalgo le lanzó una mirada acuosa mientras Bareta se levantaba. Antes de que saliera de la sala, el escritor llamó su atención.

–¿Quiere saber por qué lo hice, Bareta?

–No –mintió el policía.

–Lo hice porque podía. Porque tengo el temple y el ingenio suficientes para trazar un crimen perfecto y decidí demostrarlo. La vida me lo puso en bandeja al juntar mi destino con el de dos indeseables como Mario Gros y Adolfo

Cascallana. No podía escurrir el bulto. Tenía que demostrar que podía acabar con ellos y salir indemne. Así de sencillo. Por desgracia, la mala suerte también cuenta. Yo no mandé a mis neuronas a luchar contra los imprevistos.

Julián Baretta sintió deseos de estrangularlo allí mismo pero se limitó a apretar los dientes procurando que no se le notase y a darle la espalda sin una sola palabra más.

Cuando salió al pasillo le sobrevino una náusea profunda, de esas que parecen llegar no tanto del estómago como del intestino grueso. En lugar de dirigirse a su despacho, buscó con prisa la puerta de la comisaría y salió a la calle, a respirar una bocanada de aire limpio.

Al hacerlo, Percibió con nitidez el olor salado del Mediterráneo. Y eso lo alivió. Pero lo alivió mucho más escuchar que en su móvil había comenzado a sonar el politono que le había adjudicado al número de Edurne.

Tras apretar la tecla verde, mientras se acercaba el aparato a la oreja, alzó la vista hacia un cielo totalmente limpio de nubes.

EPÍLOGO

Hace poco, mientras emborronaba estas cuartillas, se cumplieron diez años de aquel verano inolvidable.

Poco tiempo después, Julián Baretta dejó la policía y se asoció con Edurne Villalta para abrir una nueva agencia de detectives a la que, en un alarde de imaginación, bautizaron «Villalta y Baretta, investigaciones». Cada año, durante los meses de verano, se trasladan a la costa Dorada, donde siempre hay trabajo: matrimonios que se ponen los cuernos o hijos que llevan a sus padres a desconfiar. Se mantienen en plena forma y están tan enamorados como el día en que se conocieron. O quizá más.

Yo, de mayor, quiero ser como ellos.

Jennifer y Nicolás, a pesar de sus diferencias sociales y de la distancia entre Valladolid y Zaragoza, siguieron viéndose a hurtadillas de sus respectivas familias durante todo el año siguiente. Cuando, algún tiempo después, ella se quedó inesperadamente embarazada, decidieron oficializar su relación. Ahora viven en los Estados Unidos, en Florida, y tienen tres niños. Jenny es decoradora de interiores para yates. Para yates muy grandes, de esos que casi nunca se hacen a la mar. Nico, después de estudiar Físicas en la Complutense, hizo un máster en astronomía en el Tecnológico de Massachusets costeado por su suegro y ahora trabaja en la NASA. Su equipo descubrió hace poco una nueva galaxia y la llamaron Jenny Gump.

Elisa y yo nos dedicamos desde hace cuatro años a investigar sobre el terreno el comportamiento de los hielos polares frente al cambio climático. Durante nueve meses al año vivimos prácticamente aislados, en pequeñas bases árticas o antárticas, lejos de todo. Es una vida solitaria y plácida, muy plácida. De hecho, Eli no ha vuelto a tener nunca más otro de aquellos orgasmos no provocados. Aunque sí ha tenido muchísimos de los otros, los normales. Y la mayoría de ellos, han sido cosa mía.

Vivir así tiene la ventaja de que, cuando hacemos el amor, puede gritar cuanto se le antoje, sin miedo a que los vecinos llamen al 092 creyendo que

nos ocurre algo grave.

En cambio, tiene el inconveniente de que solo muy raramente puedo contemplarla alejándose en bikini por la arena de una playa, iluminada a contraluz por el sol del atardecer.